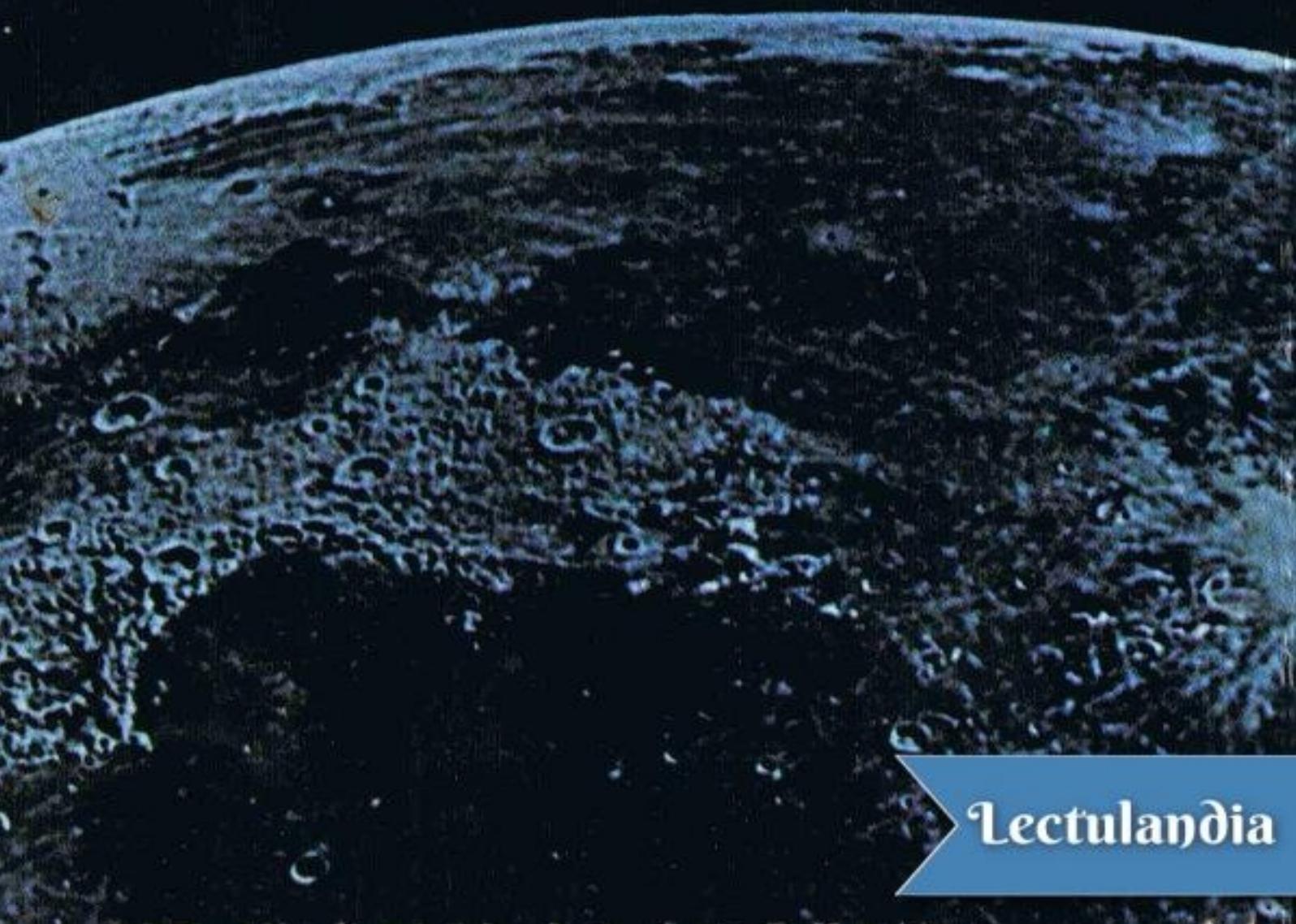




# OTROS MUNDOS OTROS TIEMPOS

S. GARDNER / ASIMOV / STURGEON / K. DICK Y OTROS



Lectulandia

El presente volumen ofrece al lector algo más que una excelente selección de obras cortas de ciencia ficción, pues las narraciones que incluye contienen elementos de intrigante acción policíaca y de amor extravagante que son inusuales en el género.

*Otros mundos* son aquellos que vivieron los neoyorquinos bajo un nuevo Diluvio —a resultas del desplazamiento de los Polos—, según cuenta Erle Stanley Gardner en *Nuevos mundos*: la descripción de las trágicas consecuencias y fascinantes aventuras originadas por tal catástrofe en una ciudad como Nueva York.

*Otros mundos*, también, son los de la remota estación interplanetaria de control del asteroide Y-3 narrados por Philip K. Dick en *Flautistas en el bosque*. O el terrorífico mundo del bosque poblado de árboles carnívoros descrito en *El pecado de Hyacinth Peuch* por Eric F. Russell.

Y *otros tiempos* los que recorrió el científico que viajó hacia el futuro y fue asesinado en su itinerario por el tiempo, según narra Charles E. Maine en *La carretera J*. Para no hablar de los que contempló *El hombre que vio el futuro*, el pobre brujo medieval que murió en la inquisitorial hoguera.

Aunque no todo es tragedia y terror en *Otros mundos*, *otros tiempos* como lo demuestra la tierna historia de amor de aquel pintoresco personaje de Robert Bloch que se enamoró de un robot femenino en la narración *El metal que te encanta tocar*.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **Otros mundos, otros tiempos**

ePub r1.0

Titivillus 01.04.15

Título original: *Other Worlds, Other Times*  
AA. VV., 1969  
Recopilación de Roger Elwood y Sam Moskowitz  
Traducción: Carlos Peralta

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Contenido

*Nuevos mundos (New Worlds, 1932)*, Erle Stanley Gardner, con introducción de Sam Moskowitz

*La carretera J (Highway J, 1953)*, Charles Eric Maine

*El pecado de Hyacinth Peuch (The Sin of Hyacinth Peuch, 1952)*, Eric Frank Russell

*¿A la abeja le importa? (Does a Bee Care?, 1957)*, Isaac Asimov

*El metal que te encanta tocar (The Tin You Love to Touch, 1951)*, Robert Bloch

*Sombra, sombra en la pared... (Shadow, Shadow, on the Wall..., 1951)*, Theodore Sturgeon

*El hombre que vio el futuro (The Man Who Saw the Future, 1930)*, Edmond Hamilton

*Flautistas en el bosque (Piper in the Woods, 1953)*, Philip K. Dick

# NUEVOS MUNDOS

Erle Stanley Gardner

Introducción de Sam Moskowitz

Ningún libro ha influido más sobre la literatura mundial que la Biblia, y tampoco la ciencia ficción ha sido inmune a su influencia. Un catálogo de toda la ciencia ficción que en todo o en parte ha recibido de la Biblia su inspiración, sería en sí un proyecto bibliográfico de gran envergadura; uno de los temas más trágicos y fascinantes derivados de esa fuente es el de Noé y el Arca. *Nuevos mundos*, de Erle Stanley Gardner, se basa en la premisa de un desplazamiento de los Polos que ha causado un segundo Diluvio, y describe vivamente las consecuencias y aventuras que la catástrofe origina.

*Nuevos mundos* pertenece a la gran tradición de la catástrofe mundial y es una historia sensacional, extrapolada a partir de serias consideraciones. Habría que preguntarse, entonces, en qué la narración de Erle Stanley Gardner se diferencia de otras excelentes del mismo tema que la precedieron. Ciertamente la más clásica, *El segundo Diluvio*, por Garret P. Serviss (1911), en que Cosmo Versal repite la hazaña de Noé y construye un arca gigantesca para auxiliar a la Humanidad, es difícil de mejorar. En un concurso auspiciado por *Wonder Stories* en su edición de febrero de 1933, se propuso otra posibilidad para el salvamento de —por lo menos— un fragmento de la Humanidad: en *La amenaza lunar (The Moon Doom)*, una narración inconclusa de Nathaniel Salisbury, los continentes se inundaban cuando la Luna se acercaba demasiado a la Tierra. Los jurados William Lichtenstein, Wesley P. Baird y Clinton Earle Fiske la completaron, turnándose, en tres entregas más, con siete hombres y mujeres que lograron sobrevivir circundando la Tierra en un objeto volador semejante a un satélite hasta que la inundación retrocedía. *El diluvio*, de S. Fowler Wright, fue un *best seller* en 1928, y la RKO la convirtió en una película presentada en 1933 con el mismo nombre. En *El diluvio* ciertos cambios en la superficie de la Tierra anegan los continentes y eliminan a la mayor parte de la Humanidad. La novela estudia la psicología humana en las condiciones posteriores al diluvio y especulan sobre la naturaleza de la nueva sociedad que emergerá.

Dicho simplemente, *El segundo Diluvio* involucraba el derrumbe de una civilización por obra de un desastre acuático; *La amenaza lunar* representaba el tipo de narración vinculado al ingenio científico humano aplicado a la supervivencia, y *El diluvio* constituía una exploración de la naturaleza humana. *Nuevos mundos* no cae

dentro de ninguna de estas tres categorías, pero está escrita para llenar deliberadamente una necesidad psicológica del lector de ciencia ficción.

*Nuevos mundos* subraya el conocimiento que tiene el autor de que los relatos de catástrofes, independientemente de la naturaleza del desastre, son tan populares porque liberan al individuo vicariamente de las responsabilidades de la familia, la ley y la conciencia, al suprimir todo aquello que ata, reprime o inhibe. Gardner se preocupa especialmente de usar el cataclismo como un medio para poner a un pequeño grupo de individuos frente a inusitadas aventuras. En tanto que describe gráficamente la catástrofe, porque es hecho demasiado excitante para pasarlo por alto, incorpora elementos de los cuentos del Oeste, de la jungla y policiales para señalar el suspense personalizado. El desastre puede ser tremendo, pero simboliza para el lector el fin del viejo orden, y la fuga. Todas las leyes han caducado, y el lector, identificándose con uno de los sobrevivientes, puede borrar la pizarra y empezar de nuevo.

Phil Bregg era un forastero en la ciudad, y lo sentía hasta el fondo. Le pesaba el corazón, tenía nostalgia, y estaba harto de la lluvia que había comenzado la noche anterior. En las zonas ganaderas del Oeste había visto violentos aguaceros, pero nunca con lluvia como la que azotaba la ciudad. Como era un extraño, no comprendía que la lluvia era un fenómeno inusitado. Ni siquiera le asombró encontrar la calzada inundada hasta la acera.

Ahora, bamboleándose en el Metro, mientras el tren se agazapaba sobre los carriles, estudió a las personas que tenía enfrente; sus ropas despedían vapor, y tenían los pies mojados. Era todavía muy temprano.

La vida en la gran ciudad estaba bien para los que la habían elegido, no para él. Ociosamente leyó los titulares de un periódico que alguien tenía en la mano: «Inundaciones sin precedentes arrasan el país.»

Phil Bregg bostezó. Luego sus ojos percibieron el subtítulo: «Arizona anegada.»

De sus labios brotó una involuntaria exclamación. El hombre del periódico levantó la vista, vio la mirada de Phil clavada en el titular, y lo miró con desaprobación. Phil, con la rápida cordialidad de los espacios abiertos, trató de dar una explicación.

—Arizona es mi Estado —dijo—. Vi que estaba lloviendo allí, y eso no pasa nunca.

En su Estado, la observación hubiera provocado una sonrisa, un saludo, quizás un apretón de manos. En el Metro de Nueva York solamente hizo que la gente lo mirara con una curiosidad fría e impersonal.

Phil sintió que se ruborizaba bajo la piel bronceada. Sus grandes manos se sentían torpes e incómodas. Le parecía que era todo manos y pies, se sintió avergonzado, y sin embargo comprendió amargamente que eran los demás quienes hubieran debido sentirse avergonzados.

Una mano le tocó la manga. Bajó la vista: una muchacha le sonreía.

—Pasé un invierno en Arizona —dijo ella— y sé cómo se debe sentir. Es curioso que esté lloviendo. Pero si en Tucson...

Nada en su vida le había parecido a Phil tan bueno como esa mano, el sonido de esas palabras y esa mirada amistosa.

—Tucson, señorita —dijo—. ¿Conoce usted el lugar?

Bruscamente, el tren se quedó inmóvil.

Phil miró las paredes negras y olvidó las palabras que tenía en la lengua. Se sentía como enterrado vivo. Sus ropas húmedas estaban pegajosas. Se olía en el aire la humedad de la muerte.

—Ug —dijo.

La figura de la muchacha parecía tensa, mientras miraba por la ventana.

Había más adelante una luz roja entre los rieles. Un hombre llegó corriendo. El conductor bajó su vidrio, y hubo un rumor de voces. De las tinieblas brotó la parte posterior de otro tren que retrocedía lentamente.

Su propio tren empezó a retroceder, ganando velocidad.

La muchacha lanzó una exclamación.

—Pasa algo más adelante. Llegaré tarde a la oficina.

El tren continuaba retrocediendo, así como el otro.

—¿Qué ocurre? —preguntó un hombre, pero nadie contestó su pregunta.

Un silbato sonaba en forma intermitente. Luego se encendieron las luces, y el coche se detuvo.

Un guarda ladraba órdenes.

—¡Abajo todo el mundo...! Tienen que subir y dirigirse a su destino por medio de los transportes de superficie. ¡El Metro está interrumpido!

Hubo un sofocado coro de protestas. Alguien pedía que le devolvieran el dinero. Otros clamaban por una explicación.

—¡Rápido! —dijo el guarda—. Hay agua en el Metro.

Phil Bregg no conocía las grandes ciudades, pero sí conocía a los hombres y sabía lo que era una emergencia. Sintió en la voz del hombre algo muy parecido al pánico.

—Apresurémonos —dijo—. Parece serio.

Tomó del brazo a la muchacha que había estado en Tucson.

Ella dejó que él le abriera paso a través de la multitud; juntos giraron por las escaleras en el centro de una confusa e hirviente masa de personas.

Emergieron a la oscura luz del día, y les saludó la lluvia. La calzada estaba cubierta de agua: algunos taxis se movían lentamente, y aquí y allá se veían coches detenidos. La gente, hundida hasta los tobillos, miraba la calle con la boca abierta.

La lluvia caía sin interrupción del cielo plomizo.

—He visto aguaceros en Arizona —dijo— y a veces a uno se le mojan los pantalones, pero no creo haber estado tan empapado en mi vida.

La muchacha tenía expresión de preocupación.

—Esto es grave —dijo—. El agua está subiendo. Se siente la corriente en los pies.

Phil señaló los elevados rascacielos cuyas torres se perdían en la humedad.

—Por lo menos podemos trepar tanto como queramos.

Ella asintió.

—Entremos en alguno. Quiero telefonar a mi oficina.

Subieron por las escaleras de mármol, abriéndose camino a través de la multitud de personas que buscaban refugio. Mojados, silenciosos, parecían ovejas

apelotonadas en una isleta en medio de un río durante la crecida.

Entraron a un salón donde todo parecía normal y cotidiano. En un ángulo había una tienda de tabaco. Un ordenanza uniformado dirigía el tráfico de los ascensores: un gran tablero de luces de colores mostraba los desplazamientos de las cabinas.

—Lo siento —dijo una voz—, pero no pueden estacionarse aquí. Si tienen algo que hacer, pueden subir.

—Querría un teléfono —dijo la chica.

El hombre uniformado hizo un gesto con su mano enguantada.

—Lo lamento, pero esto es una emergencia. No pueden quedarse en el salón. Son órdenes.

Se volvió para hablar con una mujer de cara asustada que tenía en brazos a un niño lloroso.

—Lo siento: no pueden quedarse aquí...

Las palabras se perdieron ante el ruido de dos docenas de personas que entraban al mismo tiempo. Porque el agua en lugar de fluir silenciosamente junto al edificio había elevado su nivel, con una ola en miniatura, en unos buenos cincuenta centímetros.

Phil empujó a la muchacha hacia un ascensor.

—Puede conseguir un teléfono en una de las oficinas de arriba —dijo—. Aquí va a haber un tumulto.

La chica se dejó llevar. La puerta se cerró y la cabina ascendió.

—Se debe haber roto un dique en alguna parte —dijo ella—. No puede ser que tanta agua proceda de la lluvia. Y seguramente los desagües estarán obstruidos. ¡Por Dios, me aterra pensar en la gente apretujada en el Metro! ¡Espero que el agua no siga subiendo!

El ascensor subía.

—Directo hasta el piso treinta —dijo el ascensorista.

—El treinta —dijo ella.

La cabina se detuvo bruscamente; experimentaron una leve sensación de mareo; se abrieron las puertas y bruscamente se apagaron las luces. El ascensorista tocó la puerta, y movió el control de un lado a otro.

—Suerte que pidieron parada —dijo el hombre, sonriendo—. Se ha cortado la corriente.

Phil Bregg tomó instintivamente el brazo de la muchacha.

—Busquemos un teléfono —urgió.

Caminaron por el corredor probando las puertas: todas estaban cerradas. Aquí y allá encontraron personas que pasaban corriendo a su lado. De la calle, muy abajo, llegaba un vago rumor de inundación. Era tan parecido al ruido del tráfico que durante un rato ninguno de los dos le prestó atención.

Finalmente encontraron una oficina abierta, abandonada. La muchacha se acercó al teléfono, lo probó y murmuró una exclamación.

—No hay línea —explicó.

Por las ventanas parecía crecer el rumor; por debajo se escuchaba una nota aguda, un gemido ululante que parecía un chillido compuesto de diversos elementos.

—Quiero mirar abajo —dijo ella—. Parece que el tráfico se ha reanudado. Puedo conseguir un taxi.

Avanzó hasta una de las ventanas de la oficina desierta, miró afuera, dejó escapar un breve grito y dio un salto atrás, con la mano en la garganta.

—¿Qué ocurre?

Ella señaló la ventana.

—¡Mire!

Phil apretó su cara contra el vidrio.

Los edificios formaban un cañón de cemento. La cumbre era irregular, ahuecada aquí y allá por edificios de menor altura. Phil, poco acostumbrado a esta orografía de acero y cemento, no pudo ver nada anormal durante uno o dos segundos, hasta que sus ojos enfocaron la calle, a través de la superficie húmeda del vidrio, una cinta delgada donde se movían objetos oscuros.

Al principio creyó que el tránsito había recommenzado. Luego vio que avanzaba sólo en una dirección, y que no se movía por sus propios medios: una torva y rugiente avalancha oscura arrastraba los coches y hacía girar unos puntitos negros que eran personas mientras los impulsaba hacia delante aceleradamente.

Aquí y allá había gente que nadaba tratando de resistir la corriente. Un hombre se aferró a la ventana de un edificio al pasar a su lado, y trató de meterse en el interior: sus movimientos parecían penosamente lentos y deliberados, y Phil hubiera querido gritarle que no se durmiera.

Después advirtió que era la fuerza de la corriente lo que le impedía subir. Sus músculos lucharon contra esa fuerza, y el hombre logró meterse por la ventana.

Otro hombre fue arrastrado hasta esa misma ventana, y trató de hacer lo mismo: el agua le obligó a soltar la ventana y lo arrastró al centro del torrente.

Phil localizó la fuente del ruido: el agua chocaba contra las salientes de los edificios y se rompía en altas masas de espuma, como cuando un torrente de montaña encuentra una roca sumergida.

—Estamos muy lejos de abajo —dijo—. ¿Por qué no subimos hasta el último piso y miramos la ciudad desde lo alto? Tal vez veamos de dónde viene el agua.

—Son quince pisos —respondió ella.

—Será un buen ejercicio —dijo él.

Ella asintió, pálida, tensa. Empezaron a subir. En alguna parte del gran edificio de oficinas una muchacha gritaba histéricamente: las puertas de caoba y el revestimiento de mármol de los pasillos reflejaban el eco de sus gritos.

Se detuvieron dos veces a descansar, y luego treparon hasta el último piso.

—Hay una torre —dijo la chica—. Veamos si está abierta.

Encontraron una escalera de caracol, y siguieron subiendo hasta una puerta abierta. La lluvia azotaba la abertura rectangular y el agua corría por los escalones formando charquitos.

Phil la tomó del codo, y salieron al exterior, desafiando la lluvia. Mientras lo hacían, el enorme rascacielos tembló apenas, como si un escalofrío recorriera la estructura de cemento. La torre parecía oscilar.

—La debe mover el viento —dijo Phil.

Lucharon para llegar al borde del terrado. Ahora el viento soplaba con menos violencia, pero las gotas de agua les picaban en la piel.

El agua siseaba en la calle. No había coches arrastrados: Phil pensó que la corriente debía ser ya demasiado profunda.

Había en cambio innumerables puntos negros que se debatían, giraban, gritaban y desaparecían de la vista. La esquina era un vasto remolino al que esos puntos negros eran aspirados como pajas.

De pronto cesó la lluvia.

Las nubes se abrieron por un instante, y se vislumbró el sol.

—Escampa —dijo Phil.

Aparentemente, había dejado de llover en una zona bastante grande. El retazo de cielo azul se agrandó. Los cálidos rayos del sol brillaron tranquilizadores.

De un pequeño ático situado sobre el terrado salió apresuradamente un hombre: traía en la mano un instrumento similar al sextante del capitán de un barco. Se detuvo y alzó el instrumento hasta la altura de sus ojos.

Permaneció así un momento, dorado por el sol, recortado sobre el cielo sobre el alto edificio. Luego bajó el instrumento, leyó a través del cristal de aumento el ángulo obtenido, sacó un reloj y aparentemente reparó por vez primera en Phil y en la muchacha.

Miró a ambos con los ojos muy abiertos.

—¡Más de cinco grados de diferencia con el plano de la eclíptica! —exclamó—. ¿Me escuchan? ¡Más de cinco grados!

Phil Bregg dio un paso adelante, interponiéndose entre el hombre y la muchacha.

—Está bien, señor —dijo en tono calmoso—. Se habrá roto algún dique y el agua está subiendo, pero pronto bajará.

El hombre hizo un gesto de impaciencia.

—Están locos —dijo—. ¿No ven lo que ocurre? El agua no va a bajar. Va a subir y subir. ¡Es el fin de la raza!

Se volvió y caminó rápidamente hacia su ático.

—Se ponen igual cuando hay una estampida —dijo Phil, sin dejar de tranquilizar con su sonrisa a la muchacha—. Ya está aclarando. El agua empezará a bajar dentro

de unos momentos. Cuando se rompe un dique el agua sube rápidamente y baja con la misma rapidez.

Sin embargo, en su alma había una inquietud que su voz manifestaba.

La muchacha asintió valientemente, pero se le ensancharon los ojos y gritó:

—¡Oh! ¡Mire! ¡Mire!

## II

### *El principio del fin*

Calle abajo, muy lejos, se erguían las torres de uno de los más altos rascacielos, coronadas por una torre central. Toda la estructura estaba punteada en forma regular por los rectángulos pequeños y oscuros de las ventanas, que contrastaban con la blancura del edificio.

Esa torre estaba ahora un poco inclinada. Mientras la muchacha la señalaba, la torre volvió a inclinarse, se detuvo, y luego empezó a caer.

Era una caída lenta y majestuosa, como la de un gigante del bosque bajo el hacha de un leñador. El edificio se movía cada vez más rápido, pero el colapso total pareció llevar una eternidad.

Cuando la torre central alcanzó un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, se desprendió la parte superior. La albañilería rota se derrumbó en una lluvia de escombros.

Ése fue el principio de la repentina desintegración del rascacielos, que parecía partirse por media docena de sitios. La velocidad de la caída aumentaba. Finalmente el edificio se desvaneció entre las construcciones menores que lo rodeaban.

Durante un instante hubo silencio: el rascacielos simplemente había desaparecido. Luego surgió una tremenda nube de polvo y se alzó un gran surtidor de agua: uno o dos segundos más tarde se oyó un impacto estremecedor que conmovía la conciencia, golpeaba los tímpanos, parecía reverberar en el suelo y el aire.

Como si hubiera sido una señal, las nubes volvieron a cubrir el sol y se descargó nuevamente la lluvia torrencial.

El hombre salió corriendo del ático.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

Los labios de la chica se movieron sin poder articular un sonido.

—Uno de los edificios se cayó —dijo Phil, en voz que la excitación hacía chillona.

Empezaba a reconocer su propio riesgo.

El hombre asintió.

—Cimientos socavados por el agua... El suelo cede —dijo—. Seguramente habrá también terremotos.

Su voz parecía ahora, en cambio, calma y controlada.

Phil gritó:

—Estamos en peligro. Salgamos de aquí. ¡Ya se está moviendo! ¡Vámonos!

—Peligro —dijo el hombre—. No hay peligro. Nuestra suerte está sellada. Yo esperaba que, como éste es un lugar alto, funcionaran las fuerzas compensadoras del equilibrio... Pero aparentemente hay un retardo, o bien mis cálculos estaban equivocados...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Phil.

El hombre se encogió de hombros.

—Es el fin. Miren... Tengo un observatorio en la torre. Hace años lo predije. No el momento preciso... Con un margen de error de algunos años... Los periódicos hablaron mucho de mí hace un tiempo, pero ahora todo el mundo se ha olvidado. Ya no soy ni siquiera una broma. Y precisamente ahora está ocurriendo, exactamente como lo había dicho. Es inevitable en términos astronómicos, y la Historia lo confirma. Pero los hombres nunca escuchan.

—¿Cómo? —dijo Phil—. ¿De qué está hablando?

—Del diluvio —respondió el hombre—. Todas las tribus primitivas tienen la tradición de una enorme inundación que se tragó la Tierra. Llovió y las aguas se elevaron. Por todas partes hay pruebas geológicas de esa inundación. Por supuesto, así expresado no es posible: no podría llover tanto como para justificar que el agua se elevara tanto como dicen las leyendas.

»Pero hay otro factor. Los Polos han cambiado de posición. Está probado que el Polo llamado Norte estuvo antes en un lugar donde abundaba la vida tropical, y que el clima cambió instantáneamente.

»Se han encontrado mastodontes helados, rodeados de hielo; se conservan desde hace miles de años, y tienen el estómago lleno de hojas y raíces de plantas tropicales. Sin embargo, su carne está suficientemente conservada para que sea posible cocinarla y comerla. ¿Qué significa esto? A la mañana recorrían los campos y comían, y a la noche estaban muertos, congelados, y así han estado durante miles de años.

»Los Polos cambiaron de lugar. Eso modificó las mareas, viejos continentes se sumergieron, otros afloraron, y el agua de los océanos se desbordó. Es perfectamente lógico que estos fenómenos fueran acompañados por terribles lluvias, a medida que el aire caliente se condensaba en los climas fríos que acababan de aparecer. Esto llevó a la creencia de que el diluvio fue causado por las lluvias. No fue así: las lluvias fueron sólo uno de los factores.

»La causa del diluvio fue el cambio de posición de los Polos. Lo que cuenta la Biblia es, en líneas generales, totalmente correcto. Excepto que la gente, confiando en

su limitado poder de observación y el rudimentario conocimiento de su época, atribuyó la causa a la lluvia.

»El mismo tipo de razonamiento que le llevó a usted a pensar en la ruptura de un dique.

El hombre cesó de hablar y miró los dos rostros.

—Entonces... —dijo la muchacha—, ¿es otro diluvio? Yo pensaba que no habría más...

El científico rió.

—No es otro diluvio. Es meramente un cambio de los Polos. Es posible considerarlo filosóficamente: la Naturaleza progresa constantemente, por medio de una serie de movimientos ondulantes. Construye, mantiene, destruye, y reconstruye sobre las ruinas de la destrucción. Ésa es la ley del progreso.

El edificio volvió a oscilar.

Phil tomó a la chica del brazo.

—Por lo menos —dijo—, podemos luchar por defendernos. Vamos hasta el nivel del agua, y cuando el edificio empiece a derrumbarse podremos saltar a la corriente.

El científico volvió a reír.

—¿Y qué harán cuando estén en el agua?

Phil Bregg apretó las mandíbulas.

—Seguir luchando —dijo—. Seguramente la Naturaleza es bastante fuerte para destruirme, pero nadie podrá decir que me di por vencido sin pelear.

El científico le miraba con ojos pensativos.

—Cada vez que ha ocurrido una destrucción en gran escala —dijo— la Naturaleza ha salvado a unos cuantos miembros de la especie... Esa actitud, joven, está de acuerdo con la evolución, y me parece que les acompañaré en su camino, mientras pueda seguir funcionando en este nivel de conciencia. Será interesante ver lo que la Naturaleza hace con ustedes. Aguarden un momento: buscaré el equipo de emergencia que tengo preparado para esta ocasión.

Entró al trote en su ático.

La muchacha se estremeció.

—Parece demasiado cruel, demasiado terrible... ¡Toda una ciudad!

Phil movió la cabeza con solemnidad.

—No toda una ciudad —dijo—. Todo un mundo.

Si pensaba agregar algo, le interrumpió la llegada del hombre, con un gran saco de lona colgado del hombro con una soga.

Phil miró la figura delgada y el voluminoso saco, y sonrió.

—Perdón —dijo—. Usted puede ser un tigre para la ciencia; pero acerca de cómo se empaca un saco hay muchas cosas que ignora. Permítame que le muestre cómo se hace.

Lo tomó de los hombros del científico, hizo algunos diestros movimientos, dispuso la soga en la forma de un arnés, y se echó el saco al hombro.

—Ya está —dijo—. ¿Ve cómo queda? Bien pegada a la espalda. Así no hay que estar luchando todo el tiempo para conservar el equilibrio...

Un enorme ruido ahogó sus palabras.

—Ha caído otro rascacielos —dijo Phil sombríamente.

El científico señaló a lo lejos.

—¡El horizonte está cambiando!

Era cierto. Desde donde estaban podían ver las viejas torres de los altos edificios de la zona más antigua de la ciudad: caían como árboles en una tempestad. En ese preciso instante dos construcciones se derrumbaban simultáneamente.

—Los que se encuentran en terrenos más bajos caen los primeros. El océano carcome sus cimientos... Es exactamente como yo pensaba... Y, saben, llegaron a tenerme en observación en el pabellón de los psicópatas porque me atreví a pronosticarlo. Ante la prueba de que había ocurrido en el pasado, y la seguridad absoluta de que volvería a ocurrir en el futuro, y la evidencia de que la Naturaleza destruye lo viejo antes de empezar a construir lo nuevo, esa gente, que se sentía segura, quería internarme porque me atreví a decir la verdad. Y lo habrían hecho si no hubieran terminado por pensar que era «inofensivo», simplemente alguien que causaba risa...

»Todo porque me atreví a leer la primera página del libro de la Naturaleza, abierta para que todos pudieran leerla. Les hablé de la precesión de los equinoccios, del movimiento de los Polos, de las variaciones de la Estrella Polar, de los equilibrios inestables y las tensiones cambiantes, y se rieron. ¡Que se rían ahora!

Phil le dio un golpecito en el hombro.

—Es así, amigo, pero nos vamos, y más vale que no pierda tiempo si quiere ver lo que pasa después.

### **III**

#### *En el agua*

Phil Bregg abría la marcha descendente por la escalera en espiral. De vez en cuando el edificio sufría oscilaciones premonitorias de un destino que no podía demorarse mucho.

—Comienzan los terremotos —dijo el otro hombre—. A medida que se desarrollen las nuevas tensiones gravitacionales habrá un incremento de las anomalías. Y será interesante ver si la órbita misma de la Luna será afectada. Si no lo

es, se producirán mareas entrecruzadas que torcerán la estructura de la Tierra. De hecho hay una ley de límites de la marea: dentro de esos límites las mareas pueden destruir la sustancia de...

Se interrumpió cuando la construcción se tambaleó, ebria, sobre sus cimientos.

—¡Rápido! —gritó la muchacha.

Phil Bregg, acostumbrado a los peligros, le sonrió.

—Tenemos tiempo. Bajar es más fácil que subir, y vamos a buen paso. Pronto llegaremos al nivel del agua.

Pero ya era difícil avanzar. Las escaleras eran de liso mármol, y la sacudida del edificio las había dejado inclinadas. Pero el trío continuaba su descenso, tratando de ir lo más aprisa posible.

Sólo en una ocasión se encontraron con otras personas. Con una persona, un hombre que corría por un pasillo y que les gritó algo incomprensible, pero no le oyeron y no se atrevían a esperar.

Hacía rato que no llevaban la cuenta de los pisos: les dolían las rodillas por el esfuerzo de mantener el equilibrio sobre los escalones inclinados, y no tenían idea de si aún les faltaban dos pisos o veinte, ni de la altura del agua.

Bruscamente, al dar vuelta a un recodo de la escalera, vieron por un corredor que habían llegado al nivel de inundación.

Las ventanas estaban destrozadas por la fuerza de la corriente y los escombros que arrastraba. El agua era barrosa y turbulenta, un mar de objetos flotantes. Aquí y allí se veía gente a la deriva, braceando frenéticamente hacia cualquier construcción que pareciera prometer amparo, o aferrados a algún objeto flotante.

—¿Qué piso es? —preguntó el científico.

—Creo que el octavo —dijo la muchacha.

De pronto Phil lanzó una exclamación de asombro.

—Miren —dijo.

Había una puerta desvencijada; el vidrio que formaba la parte superior estaba roto. Al lado había un tabique de vidrio armado; le faltaba un gran trozo en el centro, pero aún se podía leer un letrero:

*Alco Motorboat Corporation.*

Y detrás del tabique, sostenido por soportes de madera, había un crucero a motor bastante grande, de aspecto esbelto y marino, y una escalera de caoba que llevaba desde el piso hasta su borda.

—¡Entremos! —dijo Phil.

La muchacha movió la cabeza.

—No vamos a poder sacarlo...

—Debe ser muy pesado —dijo el científico—, pero espere un instante... ¡Miren!

Mientras hablaba, el edificio volvió a oscilar.

El piso se movía y el agua crecía. El crucero se deslizó de sus soportes, hizo astillas la escalera de caoba, se inclinó suavemente y empezó a resbalar por el suelo

inclinado.

—¡Apártense! —gritó Phil.

Se hicieron a un lado. La embarcación atravesó una mampara de madera y vidrio opaco donde se podía leer: «Presidencia», que se disolvió instantáneamente en un estallido de fragmentos de cristal y, majestuosamente, avanzó hacia aguas más profundas hasta que se detuvo junto a la pared opuesta, totalmente a flote en agua de dos metros de profundidad.

—Una botadura perfecta —dijo Phil—. Personalmente pienso que se trata de un buen presagio. Ésa es la pared exterior. Si pudiéramos destruirla, estaríamos listos para hacernos a la mar.

—Un momento —dijo el científico—. Hay una posibilidad. Si podemos traerla un poco más acá y romper la pared entre esas dos grandes ventanas, calculo que pasaría... En el saco de emergencia hay dinamita. Déjeme buscarla.

Extrajo un envoltorio de seda impermeable y lo abrió. Luego se acercó a la pared, preparó la carga y lanzó una exclamación de decepción.

—¡Cerillas! —dijo—. Por supuesto, me olvidé. Y las que tengo en el bolsillo están mojadas.

Phil rió.

—En mi tierra rural es difícil no coger algunos hábitos... Tengo una cajita impermeable en el pantalón.

Se la arrojó: el otro hombre la cogió ansiosamente en el aire, encendió una cerilla y luego brotó una sibilante columna de humo azul.

Corrió hacia ellos.

—¡Rápido! —dijo—. Alejémonos.

Salieron al corredor exterior, y la explosión se produjo casi en seguida.

Estaban impacientes por ver qué había sucedido. De pronto ese crucero que flotaba tan serenamente parecía un refugio seguro, una isla de estabilidad en medio de un mundo fuera de quicio.

El explosivo había cumplido su finalidad. La pared exterior del edificio tenía un enorme agujero irregular por donde el agua se movía gorgoteando.

—Ahora, a sacarlo afuera —dijo Phil—. Debe tener algún motor...

Pero no había contado con la fuerza de la corriente. Ya se había formado un remolino en el agua, y la embarcación giraba sobre sí misma. La quilla rozaba el piso de baldosas de la sala de exposición.

—De cualquier modo, lo primero es subir a bordo —dijo.

Tomó el brazo de la chica y la condujo por el piso inclinado hasta el costado de la embarcación, pero la cubierta estaba muy por encima del agua.

—La voy a izar —dijo. La tomó de las piernas y la alzó en vilo hasta que ella pudo aferrarse de algo y trepar a bordo—. Ahora busque una soga.

—Hay una —dijo ella.

—Espléndido. Ate una punta y tíreme la otra.

Ella lo hizo.

—Ahora usted y el equipo de emergencia —dijo Phil.

Ayudó al otro hombre y luego le alcanzó el saco. Inmediatamente trepó por la soga hasta la cubierta.

—Muy bien —dijo—. Tenemos un bichero, y hasta un bote salvavidas... Todas las comodidades.

Desató el bichero, una cosa de bronce pulido y mango de caoba.

—Bueno, amigos, al mar.

Pasó el bichero por una anilla y presionó con todo su peso. Lentamente, la embarcación empezó a salir del remolino que giraba en la habitación y su proa emergió del boquete abierto en el muro.

Casi de inmediato la corriente exterior se apoderó de ella y le cambió el rumbo, y la popa golpeó violentamente contra el costado del edificio. El impacto hizo que Phil perdiera pie: rodó, se asió de algo y lanzó una exclamación de angustia. Estaba seguro de que el casco se había averiado. Pero estaba sólidamente construido, y resistió. Escoró un poco, una ola elevó la proa y de pronto se encontraron en el centro de la corriente, ganando velocidad entre las construcciones a ambos lados.

—Tenemos que hallar una forma de gobernarla —gritó Phil—. Si la corriente nos lanza contra las casas nos haremos pedazos. ¿No se puede poner en marcha el motor?

El científico no respondió. Estaba demasiado ocupado con sus observaciones.

Fue la chica, de pie en la proa, quien les advirtió del peligro. El crucero se dirigía en línea recta hacia las ruinas de una estructura semiderribada. Justamente adelante había un edificio en construcción, cuyas vigas de acero sobresalían del agua negra como dientes amenazantes listos para recibirlos.

Phil Bregg corrió.

—¿Cuánta soga hay? —preguntó.

—Un rollo entero de la más fina. Y un poco menos de la gruesa.

Phil asintió. Sus manos bronceadas hicieron velozmente un nudo corredizo y un lazo: lo hizo girar sobre su cabeza hasta que ganó suficiente velocidad y lo arrojó, enlazando limpiamente la punta de una viga. Phil amarró la soga a la embarcación, y le gritó a la muchacha que tuviera preparado el cabo grueso.

Luego la soga se tensó como la cuerda de un arco, Phil aflojó la tensión cediendo cuerda, y la nave giró. Una vez afirmada, el joven hizo un doble lazo y sostuvo firmemente la línea. La corriente hervía junto a la proa, y la soga zumbaba.

—Tal vez podamos quedarnos así por un rato. El cabo grueso servirá cuando tengamos la oportunidad de arrojarlo. Con el cabrestante creo que podemos reducir un poco la distancia.

Se volvió sonriendo, con la sonrisa de un hombre acostumbrado a una vida difícil al aire libre cuando sabe que corre graves riesgos.

—Será mejor que nos quedemos aquí... Si se corta la amarra estamos perdidos.

Señaló un lugar donde una estructura derrumbada obstruía la corriente, formando una especie de presa que el agua rebalsaba en grandes turbulencias. Un barco pequeño, allí, seguramente naufragaría o sería violentamente arrojado contra el obstáculo: sus ocupantes, lanzados a la corriente, serían succionados hacia abajo.

En ese momento el científico se acercó.

—Ya están funcionando las fuerzas compensadoras de las tensiones —observó—. Sin duda habrán observado la peculiar agitación del agua, y el balanceo de las casas... ¡Allá se va nuestro rascacielos! Hay un terremoto de violencia creciente.

El gran edificio donde se habían refugiado se derrumbó estrepitosamente. El horizonte era cada vez más liso. Los derrumbamientos no eran ahora ruidos distintos, sino una vasta y única cadencia destructiva, un siniestro rugido de fuerzas tremendas que reducían a polvo las obras del hombre.

Ya no estaban entre las ruinas de una ciudad, sino en un mar turbulento y amenazante que iba cubriendo los escombros.

Por el horizonte se acercaba una vasta ola, una poderosa muralla de agua.

—¡Rápido! —gritó Phil—. ¡Todos a la cabina y a cerrar todo! Es nuestra única esperanza.

Empujó a la muchacha y al hombre de ciencia, y descendieron a la estrecha cabina.

—Quizás haya gasolina en él...

No pudo terminar la frase. El barco se sacudió. Sintieron el tirón cuando se cortó la amarra, y luego fueron impulsados violentamente hacia arriba. Todo lo que estaba suelto en la cabina era impulsado de un lado a otro, y no había forma de mantener el equilibrio.

Phil sintió que su cabeza golpeaba contra la cocina, trató de enderezarse y no le respondieron las piernas. Cayó al suelo y perdió la conciencia mientras la embarcación giraba y giraba.

## IV

*A la carrera ¿hacia dónde?*

Sintió una leve náusea y un terrible dolor de cabeza. Oía voces que rozaban su conciencia sin transportar significado. Lentamente, poquito a poco, empezó a recordar dónde estaba. El desastre, el terremoto, el ataque final del maremoto.

Las palabras ya no eran meros sonidos; su cerebro entendía el sentido.

—... debe ser un incendio...

Quien había hablado era la muchacha.

—Yo diría que es un volcán, bastante lejos... Debe haber varios en erupción —respondió el hombre de ciencia.

Phil se incorporó. El ruido era bastante fuerte. El interior de la embarcación estaba casi a oscuras, pero era visible a una media luz rojiza que iluminaba en forma vaga y poco natural los objetos.

—Hola —dijo Phil; le latía la cabeza.

Se le acercaron con aire de preocupación.

—¿Está bien?

—Como nuevo —dijo Phil—. ¿Qué ocurrió?

—Subimos y dimos vueltas. Nos sacudimos en forma. Usted recibió un golpe en la cabeza y estuvo inconsciente varias horas. El cielo está cubierto de nubes y de una especie de polvo, y hay una luz rojiza... El profesor Parker piensa que es un volcán.

—De modo que usted es el profesor Parker. Yo soy Phil Bregg, de Fairbanks.

Miró a la chica.

—Mi nombre es Stella Ranson —dijo ella.

Phil advirtió que lo habían colocado en una de las literas de la cabina, y bajó los pies.

—Parece que navegamos sin inconvenientes —dijo—. ¿En qué se puede ayudar?

El profesor movió la cabeza.

—El mar está comparativamente en calma. Tengo motivos para creer que los terremotos continúan, y que son de considerable magnitud. Hemos encontrado bastante gasolina y un poco de queroseno. Nos movemos un poco, pero sin violencia, y no hay prácticamente viento. La lluvia continúa... ¿la escucha sobre cubierta?

—Bueno —sonrió Phil—. Las cosas podrían estar peor. ¿A qué hora comemos?

—Tengo algunas raciones concentradas en el saco de emergencia —dijo Parker—. Estábamos pensando encender la cocina y calentar algo de sopa. Tendremos que mantenernos con raciones bastante escasas por un tiempo, hasta que... em... haya un cambio.

—¿Agua potable?

—El barco está muy bien provisto —respondió Parker—. Evidentemente lo usaban para una demostración final: debían traer al posible comprador, preparar una comida y cerrar el negocio.

—Entonces debería haber algunas latas.

—Todavía no hemos encontrado nada... Sin embargo hay utensilios de cocina.

Phil les sonrió.

—Si me consiguen un poco de harina, tocino y polvo de hornear seguramente podré hacer algo —dijo.

Parker y la chica sonrieron.

—Bueno —dijo ella—, comamos, bebamos y alegrémonos, porque mañana... Pero se detuvo cuando comprendió las implicaciones.

El profesor Parker no permitió que el brusco silencio se prolongase.

—No quiero que se formen una impresión equivocada... Yo no tengo título de profesor... Y en estos últimos años más bien ha sido empleado como una ironía.

Era un hombre pequeño, delgado, patéticamente honesto, de mirada inteligente.

—¡Nadie tenía por qué reírse de usted! —dijo Stella, en su defensa—. ¡Estaba en lo cierto, y es terrible que los periódicos le maltrataran así!

Phil asintió.

—¡Así se habla! —dijo—. Ahora, si me consigue ese concentrado, profesor, encenderé el fuego y daré un vistazo. En un yate como éste suele haber montones de compartimientos difíciles de encontrar... Tal vez encontremos todavía algo de harina.

Se acercó a la cocinita, la encendió, dio presión al tanque y pronto hubo un alegre fuego. Y entonces, para su alegría, vio que los otros dos habían pasado por alto enteramente un pañol detrás del sumidero. Lo abrió, un letrero decía: «Provisiones sugeridas para una dieta equilibrada durante seis semanas de crucero.»

Phil les sonrió.

—Probablemente no está calculada según la idea de la comida que puede tener un vaquero sano, pero durará un tiempo.

Y se entregó a la preparación de su comida de campamento.

La muchacha lo miraba pensativamente.

—Mañana me haré cargo de la cocina. Tengo bastante experiencia. Pero esta noche quería verlo cocinar.

—Tal vez mi cocina sea peor que la inundación.

Se arremangó y miró en derredor.

—Estaba pensando en agua para lavarme ¡y está lloviendo a cántaros! Podemos buscar cubos y llenar el tanque... Debe haber uno muy grande, puesto que anunciaban cruceros de seis semanas.

—Entonces —dijo Stella—, llenen ustedes el tanque y yo me ocuparé de esto. La cena de campamento puede quedar para otro día.

Se hizo cargo de las funciones de cocinero de a bordo, mientras los dos hombres salían a cubierta. Bajo la lluvia dispusieron unas cubiertas de lona a manera de colectores y con los cubos que colocaron debajo fueron llenando tanques. La muchacha les invitó a compartir una comida sabrosa y humeante. Fueron tales los estragos que hizo el saludable apetito de Phil que éste resolvió refrenarlo en el futuro, para que las provisiones encontradas no duraran mucho menos de seis semanas.

Después de comer continuaron transportando agua. Phil, que trabajaba en cubierta, se empapó por completo. Pero el tanque estaba casi repleto, y la embarcación, en cambio, perfectamente seca y estanca en su interior. Un barquito

seguro y marino.

No había prácticamente marejada, y Phil interrogó al profesor acerca de esto.

—Sí —dijo el profesor Parker—. No creo que estemos exactamente en un mar. Por lo que pienso, somos arrastrados por un gran cuerpo de agua que acaba de hacer irrupción. Nos dirigimos hacia el Noroeste, o a lo que hubiera sido el Noroeste en la brújula anteriormente. Ahora no sé lo que ocurre: la brújula cambia todo el tiempo, y estoy seguro de que se trata de un fenómeno magnético y no de un cambio de nuestro rumbo.

»Si seguimos adelante terminaremos por llegar a tierras más altas, si la Tierra no está demasiado cambiada. Pero debemos recordar la existencia de tremendas corrientes: es perfectamente posible que estemos derivando en una marea que avanza a una velocidad que sería increíble si la Tierra misma no estuviera cambiando de posición.

—¿Le parece que es así? —dijo Phil.

Un fulgor fanático apareció en los ojos del hombre mayor.

—Sé que es así —dijo—. Yo les dije que iba a ser así, y se rieron de mí porque sus ideas científicas, que se fundaban en la estabilidad de la Tierra, no coincidían con las mías...

Phil asintió.

—¿Organizamos turnos para mantener la guardia? —dijo.

El profesor se encogió de hombros.

—No sirve de nada. Pero yo quiero hacer algunos cálculos y revisar mis datos. No hay ninguna razón para que ustedes dos no se vayan a dormir. Si ocurre algo, les despertaré.

Phil se miró la ropa mojada.

—Está bien —dijo—. Adelante hay un camarote: Miss Ranson puede ocuparlo. Yo me quedaré en la cabina principal, y trataré de secar mi ropa.

La muchacha asintió.

—¿Me despertarán si me necesitan?

El profesor dijo que sí.

Phil se quitó las prendas empapadas.

—Es una chica maravillosa —dijo.

Pero el hombre de ciencia no le hizo caso. Estaba sobre la mesa y, a la luz eléctrica procedente de la batería del yate, trazaba afanosamente cifras sobre una hoja de papel. Los ojos le brillaban de excitación.

Phil se acostó en una litera y se tapó con un cobertor. La lluvia resonaba en el techo de la pequeña embarcación y, acunado por su efecto hipnótico, se durmió casi instantáneamente.

Despertó cuando sintió que le tomaban del hombro. Abrió los ojos y vio la luz del

día y la cara del profesor.

—¿Por qué no me llamó a montar guardia? —preguntó.

Los ojos del profesor Parker estaban un poco enrojecidos y su cara parecía algo fatigada, pero se mostraba lleno de energía y entusiasmo.

—No era necesario —respondió— y los fenómenos geofísicos no le hubieran interesado... Y yo no me los habría perdido por nada.

»Durante la noche una serie de olas gigantes aceleraron nuestra marcha hasta una velocidad que casi no me atrevo a calcular. El océano parece dirigirse a alguna parte a una velocidad absolutamente sin precedentes... Quisiera tener la posibilidad de controlar el rumbo, y hay un poco de viento. ¿No podríamos tener una vela?

—No es un velero —dijo Phil—, sino un crucero a motor. Pero tal vez sería posible construir algo que nos dé la oportunidad de corregir un poco la marcha. ¿Dónde está Miss Ranson?

—Duerme. Vino a la medianoche y me dijo que apenas había dormido. Pero volvió a su camarote y me parece que ha vuelto a acostarse. Son sólo las cuatro de la mañana, pero el sol está alto...

Phil miró por el ojo de buey.

—¡No llueve más!

—Hace tres horas que tenemos buen tiempo. Traté de estimar nuestro rumbo por las estrellas, pero cambiaban tan rápido de posición que llegué a la conclusión de que la Tierra no había terminado de desplazarse. Sin embargo, hace media hora que el movimiento parece haberse detenido, y ahora el sol sigue su curso normal. Calculo que estamos en el Hemisferio Sur, y yo diría que no muy lejos de la nueva zona templada. Es probable que el clima sea muy agradable.

Phil Bregg pateó el cobertor y buscó sus ropas.

—Quizás encontraremos un nuevo continente.

El científico respondió con cierta sequedad.

—Tal vez.

Phil comprendió entonces hasta qué punto el profesor consideraba desesperada su situación. No esperaba vivir demasiado el hombre que había pronosticado esta catástrofe durante años. Y sin embargo continuaba realizando observaciones astronómicas y anotando datos.

Phil sonrió.

—No estaría mal desayunar —dijo.

El profesor frunció el ceño.

—Me parece —observó— que deberíamos regular la velocidad a que consumimos nuestras reservas. Es evidente que...

Entonces se abrió la puerta del camarote, y Stella Ranson les sonrió desde la puerta.

—Buenos días a todo el mundo. ¿Desayunamos?

—Venga —dijo Phil—. Necesito refuerzos: el profesor no necesita comer

demasiado y dice que deberíamos ponernos a dieta. Sería bueno que nos organizáramos, profesor. Usted es el jefe de navegación y el coleccionista de datos a bordo; Miss Ranson se ocupa del interior, y yo me hago cargo de todo el trabajo duro y de conseguir alimentos. ¿Qué le parece?

—¿Cómo va a conseguir alimentos si no hay? —preguntó el profesor Parker—. El mundo está desprovisto de vida. No se ve ni siquiera un pato y, si lo hubiera, no podríamos cazarlo.

—No me conoce —dijo Phil alegremente—. Nunca he padecido hambre mucho tiempo, y he estado en lugares bastante difíciles.

El profesor movió la cabeza, sin sonreír.

—Lo que yo quiero es una vela. Y puede discutir con Stella, quizás ella podrá convencerle.

Phil fue a cubierta a examinar el mástil y ver cómo se podía hacer una vela. El sol era cálido y suave. Estiró los brazos, aspiró profundamente al aire puro y miró a lo lejos. De pronto guiñó los ojos, se los frotó y gritó:

—¡Tierra a la vista!

## V

### *Llegada a la copa de un árbol*

Ningún marinero sacudido por una tempestad y perdido en un mar del que no haya mapas habría recibido esa noticia con mayor entusiasmo. Podrían haber estado semanas —y no horas— en el mar a juzgar por la forma en que subieron la escalera. Hasta había alegría en la expresión del profesor Parker, además de un vasto alivio.

La montaña que se alzaba sobre el océano estaba suficientemente cerca para que pudieran verse la vegetación y hasta las largas hojas de las palmeras del tipo de los bananos.

—Usted dijo que debíamos estar en la zona templada —dijo Phil—. Esto es igual a las islas del Mar del Sur de mi libro de geografía.

El científico asintió.

—Tiene razón. Yo hablé de la nueva zona templada, pero no de dónde estaba.

—Pero... —dijo la muchacha—, ¿cómo puede ser que hayamos salido ayer de Nueva York y estemos ahora en el trópico?

El profesor sonrió.

—Ésa es la cosa: es el trópico el que ha venido hacia nosotros. Si se toma un bol de agua, se pone una cerilla en el centro, y se hace girar el bol, la cerilla no se mueve. No hay suficiente fricción entre el agua y el bol para que todo se mueva como una

unidad.

»Algo parecido pasa con la Tierra, aunque mis colegas no pudieran creerlo. El agua no se quedaba atrás durante la rotación normal de la Tierra, pero sí cuando cambia el eje de rotación. El mundo ha girado de una forma durante millones de años, y los océanos, por así decirlo, han seguido el paso. Pero miren esa isla, vean lo rápido que vamos. Nos estamos moviendo a una velocidad terrible, pero la Tierra está girando ahora normalmente sobre su nuevo eje.

»Con todo, pienso que pronto cesará el movimiento del agua. Debería producirse una marea contraria que contenga la fuerza del desplazamiento... y si no me equivoco, aquí viene. Allá, hacia el Sur... ¿no parece una muralla de agua? Sí, es una ola monstruosa, y se mueve rápidamente. Debemos estar en aguas muy profundas; de otro modo se rompería... Bajemos y cerremos todo.

—Por Judas Iscariote —dijo Phil—, ¿todavía tenemos que seguir cabalgando sobre las olas?

—Muy probablemente —contestó secamente el profesor— tendrá experiencias peores que ésta, mi joven, impaciente e impetuoso amigo.

Volvieron a bajar, y la ola estuvo sobre ellos antes de que se dieran cuenta. Fueron elevados hasta gran altura y luego bajaron, y volvieron a subir y a bajar.

Y luego un ruido ensordecedor y una ola menor de cresta espumosa cayó sobre ellos con el rugido de una catarata.

—Vamos a pasar —dijo Phil.

La ola los cogió, pero la pequeña embarcación se mantuvo en vilo, y la cresta espumosa pasó por debajo y los dejó meciéndose en su estela.

—Esto debería marcar el comienzo de las turbulencias, y quizá de alguna tempestad —dijo el profesor—. Veamos dónde está nuestra isla.

Se asomó cautelosamente por la escalerilla, y de inmediato regresó.

—¡La tenemos encima! —gritó.

Phil se puso en pie de un salto y una sacudida que conmovió el barco de un extremo a otro le arrancó del suelo. Hubo un gran ruido de madera raspada y astillada.

La embarcación adoptó un ángulo agudo, luego cayó bruscamente, con más ruidos. Phil resbalaba: alzó un brazo para proteger su cabeza y se apoyó en la litera donde había pasado la noche. Un segundo después Stella Ranson fue impulsada hacia él como proyectada por una catapulta. Phil contuvo su impulso rodeándola firmemente con sus brazos.

—Ya pasó —dijo—. ¿Dónde está el profesor? Parece que éste es el fin de nuestro barco. ¡Debe estar hecho pedazos!

Se incorporó, afirmándose y sosteniendo a la muchacha sobre el piso inclinado.

—Cielos —dijo Parker—. Estamos en un árbol.

La voz del hombre de ciencia venía desde el costado de la cabina: tenía la cara pegada al ojo de buey y examinaba la situación.

—No sólo estamos en la copa de un árbol —continuó—, sino sólidamente encajados. La ola nos depositó entre las ramas. No conozco la especie, pero parece una especie de caoba. Sin la menor duda es una especie tropical.

»Nuestro barco está bastante averiado y seguramente vendrán más olas... El terreno se eleva hasta la cumbre de una montaña... Sugiero que subamos sin esperar más.

Phil le sonrió a la muchacha.

—Una vez traducido —dijo—, eso significa que tenemos el único barco trepador de árboles del mundo, y que mejor nos movemos con rapidez. Así que haremos unos cuantos nudos en esa sogas para bajar y llevamos cobertores y provisiones. Yo soy un gran creyente en la comodidad.

Se abrieron paso hasta la cubierta exterior, vieron que una nudosa rama atravesaba el casco, que la embarcación no podría volver a navegar sin serias reparaciones. Luego comenzó un período de actividad en que prepararon la cuerda de nudos y bajaron grandes fardos de ropas, mantas y provisiones.

Finalmente se encontraron sanos y salvos en tierra firme, con su embarcación sólidamente amarrada a un árbol a unos seis metros del suelo. El agua había retrocedido y la sorda marejadilla se encontraba a una veintena de metros del tronco.

—Bueno —dijo Phil—. Siempre odié tener que llevar mucho equipaje a mis espaldas, pero no podemos correr el riesgo de sufrir hambre, así que voy a comenzar. Este trabajo cae por completo dentro de mi departamento. Llevaré lo más pesado en un par de viajes y después prepararemos el campamento.

Dividió la carga en dos inmensos fardos, cargó con uno y dirigió la marcha ladera arriba.

Encontraron un sendero que Phil calificó de paso de animales, aunque no se veían signos de vida animal, y lo siguieron, a través del denso follaje, hasta una plataforma natural de la montaña, bien protegida por una saliente rocosa y un gran árbol.

Allí emplazaron su campamento, a unos cien metros de altura sobre el nivel del océano. Phil sugirió que fueran hasta una mayor altura, pero el hombre de ciencia, después de hacer varias observaciones en su pequeño sextante, insistió en que el mundo había dejado de revolverse locamente. Se inclinaba a pensar que los polos habían cambiado de posición después de un extenso desplazamiento de la esfera terrestre, y que se había establecido un nuevo equilibrio.

Si bien no podía hacer cálculos exactos sobre la ubicación de esta isla, estimaba que el nuevo Polo Norte se encontraba en un punto en las proximidades de Inglaterra.

Pero sólo se trataba de conjeturas, y Phil Bregg se interesaba más por las cosas

concretas e inmediatas que por los problemas científicos abstracto...

Hizo un segundo viaje, trajo el segundo bulto de provisiones y herramientas y empezó a organizar el campamento.

—Lo que necesitamos —dijo Phil— es saber algo más del lugar en que estamos. Para conseguir algo de carne fresca se necesitan armas. Tengo un hacha de mano; con ella puedo construir una especie de lanza de madera... Así podríamos cazar un cerdo, o quizás un conejo, si los hay... Pie visto huellas de cerdos. Si bien la inundación puede haber arrastrado algunos, y otros seguramente se han puesto a cubierto, no deben estar demasiado lejos.

Encendió un fuego, cortó un arbusto de madera dura, le quitó las ramas y afiló la punta con su hacha, y luego endureció la punta en el fuego a la usanza de los indios. Luego sonrió.

—Y ahora necesitaré recuperar el instinto del cazador... Será una ayuda saber seguir su rastro. Mientras los dos se quedan aquí, saldré a explorar. Espero volver dentro de un par de horas con algo.

El científico y la muchacha estaban de acuerdo en quedarse en el campamento.

—Echen solamente leña seca al fuego —advirtió Phil.

—¿Por qué? —dijo Stella.

—La leña mojada produce humo.

—¿Y no sería bueno que hubiera humo? ¿No convendría hacer señales?

El profesor Parker la miró agudamente.

—¿A quién —dijo— querría hacerle señales?

Mientras la realidad de su situación penetraba en la conciencia de la muchacha, Phil trataba de amortiguar el golpe con una broma y una sonrisa:

—Prefiero que ahorremos el humo para curar el jamón que voy a traer —dijo.

Luego, tomó su lanza y empezó a trepar por la ladera.

Quince minutos después llegó a la cumbre de la elevación y confirmó su impresión original de que estaban en una isla. No tenía más de tres kilómetros de ancho, pero se extendía hacia el Este unos quince kilómetros. Era una confusa masa de crestas irregulares y Phil pensó que lo que parecía una isla había sido antes la parte superior de una cadena montañosa bastante alta totalmente descubierta antes de que se produjera el desplazamiento polar.

Siguió un senderito, descubrió huellas frescas y oyó un roce en la espesura. Una pequeña mancha de color atravesó el sendero; Phil arrojó su lanza y erró.

Se rió.

—Habría debido atarle una cuerda —se dijo, y fue en busca de la lanza.

No la había alcanzado cuando oyó un profundo gruñido a sus espaldas y un rápido ruido de pezuñas sobre la huella. Miró por encima de su hombro y vio a un jabalí que con los ojos enrojecidos de furia cargaba contra él enseñando los malignos

colmillos.

Phil saltó para recoger la lanza, la tomó y trató de girar, el animal estuvo sobre él antes de que completara su movimiento y de que pudiera dar vuelta la lanza, pero igual consiguió golpearlo con la parte roma de su arma: el animal recibió el impacto en la parte más delicada de su hocico, desvió su trayectoria y siguió corriendo tras de derribar a Phil y arrancarle la lanza.

Se reincorporó, la recuperó, y esperó que el animal regresara. Pero aparentemente, el jabalí ya tenía bastante. Desapareció de la vista entre el espeso follaje, aunque Phil pudo percibir el ruido de las ramitas rotas por algunos instantes más.

Phil contempló sus nudillos rasguñados mientras sostenía la lanza y se dijo:

—Ésta es la primera lección: no separarse del arma.

Observó cuidadosamente el lugar para estar seguro de que podría regresar sin dificultades.

Vio que algunos árboles daban cierto tipo de frutos y recordó que tenía hambre. Parecían comestibles. Eligió un árbol y trepó, después de apoyar su lanza contra el tronco.

Llegó a la cima, y arrancó un fruto. Le quitó la gruesa corteza verde y halló que el interior era rosado, más bien dulce, levemente ácido. Tenía semillas como un melón. Phil las sacó y comió la pulpa con fruición.

Pero su estómago quería carne, y comprendió que preservar sus provisiones era un acto de sabiduría. Había que cazar algo. Empezó a descender.

Estaba en un punto entre las ramas bajas, a unos tres metros de altura y directamente sobre la huella cuando un levísimo movimiento en la espesura atrajo su atención.

Se quedó instantáneamente inmóvil.

Solamente un hombre de la floresta podría haber percibido esa sombra sobre la sombra, pero Phil había entrenado sus sentidos casi tanto como un animal salvaje y no sólo vio el movimiento sino que además un agudo sexto sentido le dijo que constituía una amenaza. Silenciosamente se estiró boca abajo sobre la rama.

Un momento después, el movimiento se concretó. Un hombre de piel oscura que sólo vestía una tira de tela basta arrollada a sus caderas emergió a la luz del sol.

## VI

### *Muerte en la jungla*

Phil vio la cabeza lanuda, los anchos ollares atravesados por un fino hueso blanco. Vio también que el hombre tenía los ojos clavados en el suelo, que seguía un rastro, y comprendió que era su propio rastro.

Llevaba un arco en la mano con una flecha lista para el disparo, y una aljaba con otras flechas —unas doce— a la espalda.

Sus intenciones eran claras: se acercaba como un cazador que persigue su presa, o como un matador listo para el asalto.

Los pies descalzos del salvaje no producían el menor ruido sobre la huella. Avanzaba como una nube oscura, silenciosa y mortal contra el cielo azul.

Phil pensó en el peligro que corrían la muchacha y el hombre de ciencia. Poco experimentados en la vida al aire libre, serían fácil presa de estos seres. Era imperativo que Phil descubriera si ese hombre estaba solo o si era parte de un grupo que merodeaba por la ladera.

Pronto los ojos inteligentes veían las delatorias huellas de sus pasos y la burda lanza apoyada contra el tronco. Phil no dudaba que la punta de las flechas estaba embebida en algún veneno mortal.

No se podía hacer más que una cosa: robar inspiración de las técnicas de caza del puma. Phil se aplastó contra la rama y puso sus músculos en tensión. El salvaje llegó hasta el punto donde las huellas cambiaban de dirección y, con una interjección de sorpresa, miró hacia arriba.

Phil se dejó caer.

Pero se apoyó en sus zapatos —menos eficientes que las garras de un felino— y resbaló un poco en la lisa corteza del árbol, lo que afectó la silenciosa precisión de su salto. Cayó con los brazos y las piernas abiertos. Trataba de imitar al león, pero se parecía más a un gran murciélago. El nativo, moviéndose con la veloz coordinación que caracteriza a quienes han vivido permanentemente en la jungla, saltó hacia atrás mientras aprontaba su arco.

Pero Phil no había fallado por completo: su mano logró arrebatarse el arco y, recordando ocasiones en que había sido arrancado de su silla por un caballo, consiguió caer sobre sus piernas, merced a un convulsivo movimiento de sus músculos abdominales.

Empezó a enderezarse mientras el arco volaba por el aire.

El salvaje lanzó un grito y saltó hacia delante.

Phil todavía no estaba en equilibrio.

Sintió el impacto de la carne oscura, la súbita tensión de los músculos duros como el hierro cuando el hombre buscó su garganta.

Phil deslizó un hombro bajo el estómago del nativo y se irguió haciéndole caer de lado.

Su enemigo se reincorporó con rapidez de gato y volvió a acometer. Gruñía como

un animal, sus labios estaban abiertos y mostraban dos amenazantes hileras de dientes afilados.

Phil Bregg disparó un derechazo a la mandíbula.

El nativo casi había alcanzado su garganta con las manos tendidas cuando recibió el golpe debajo del mentón. Phil le dio un nuevo golpe que le echó atrás la cabeza; lo tomó por los tobillos y, elevándolo en el aire, lo arrojó violentamente contra el suelo. El impacto de la caída hizo mover las hojas de los árboles y arrancó de su lugar la lanza de Phil, quien se precipitó sobre el hombre caído y le quitó la aljaba. Como esperaba, vio que las puntas metálicas estaban oscurecidas por alguna preparación venenosa.

El salvaje estaba inconsciente, y parecía probable que continuara así por un tiempo. Phil recogió el arco, y probó la tensión de la cuerda entre el índice y el pulgar. Era un poderoso arco.

Arrastró al hombre y lo ocultó con grandes hojas que cortó de un arbusto. Tomó su lanza, se echó al hombro la aljaba de flechas envenenadas, puso una en el arco y se emboscó entre los árboles: si había nativos cerca, su posición le daría por lo menos una leve ventaja.

Pero no parecía que hubiera más nativos cerca, y Phil suspiró aliviado. Eso significaba que el hombre, probablemente en una excursión de caza, había encontrado la huella de las botas de Phil y las había seguido, seguramente deseoso de agregar una cabeza a su colección y sin preocuparse por ver de dónde venían.

Phil salió de su refugio, mientras dudaba entre continuar su exploración o regresar al campamento y asegurarse de que los otros no corrían peligro.

Finalmente pensó que el salvaje, cuando recuperara el conocimiento, trataría de seguirle el rastro, de modo que si volvía directamente al campamento aumentaría el riesgo de aquellos a quienes deseaba proteger.

Volvió entonces sobre sus pasos. Buscaba una corriente de agua. Si la había, se creía bastante capaz de confundir al salvaje. La encontró en un pequeño cañón entre dos colinas. Tuvo cuidado de dejar claras huellas en la costa para señalar su dirección. Pero apenas se metió en el agua avanzó en el rumbo opuesto hasta que encontró una costa rocosa por donde podía salir sin dejar rastros.

Siguió por la roca varios cientos de metros, y vio un árbol de donde colgaban lianas: se colgó de ellas, se balanceó y fue a caer bastante lejos, en una densa masa de vegetación.

Estaba convencido de que un solo hombre no lograría descubrir su rastro. Una partida de ocho o diez, dividida a ambos lados del arroyo podría tener éxito; pero ese nativo, por sus propios medios, no podría hacerlo.

Phil se abrió camino entre las plantas mientras procuraba encontrar un sendero de animales por donde avanzar más rápida y silenciosamente.

De pronto, un sonido muy grave, que palpitaba en el aire y por momentos tenía el mismo ritmo de su pulso, llegó a su conciencia. Supo que lo había estado escuchando un rato sin darse cuenta.

Se detuvo a escuchar. Era un tambor. Por la calidad del sonido, debía ser un gran tambor muy distante. No parecía venir desde ninguna dirección, ni era más potente en un cuadrante determinado. Era bastante poderoso para alcanzar a todos los puntos de la isla.

Debía ser un instrumento utilizado para transmitir señales. Había oído de tales tambores y de los mensajes que comunicaban las tribus salvajes con la velocidad del telégrafo.

Trató de observar el ritmo: sus oídos no percibían diferencias. Un son monótono que iba y volvía, aumentaba y disminuía de volumen. Su tono pareció luego hacerse más agudo, y finalmente empezó a decrecer. Las últimas notas fueron más débiles y finalmente Phil no podía saber si era el tambor o los latidos de su propio corazón.

Cuando le pareció que el sonido había cesado por completo, el viento cambió de dirección. Por un momento, volvió a escucharlo con claridad. Luego la brisa dejó de mover las hojas, y no hubo más sonidos.

Estaba a punto de proseguir su camino cuando oyó otro tambor. Esta vez podía ubicar la procedencia del sonido, en algún punto situado a su izquierda. El tono era profundo, pero no tenía la pesada resonancia del otro tambor. Y tuvo ahora la sensación de que realmente se estaba transmitiendo un mensaje. Era claramente evidente la variación del ritmo.

Se esforzó por localizar con la máxima precisión el origen del sonido cuando éste cesó bruscamente.

Phil escuchaba.

El silencio le rodeaba.

De pronto se oyó un rápido golpeteo que parecía conmover débilmente el suelo. Se ocultó en la espesura y aguardó. El ritmo era constante, pero cada vez se oía con mayor claridad. Se hizo visible una sombra oscura que se movía entre los árboles.

Phil vio que era un nativo desnudo excepto por su taparrabos, que corría por un sendero establecido. El ruido de sus pies desnudos era el golpeteo que había oído antes de ver al corredor, y continuó un poco más de tiempo una vez que el hombre hubo desaparecido en la espesura.

Phil esperaba, consciente de que debía moverse cautelosamente. Estaba en una isla poblada por una tribu salvaje y guerrera. No tenía armas dignas de ese nombre, ni una forma de escapar, y era responsable de dos personas absolutamente desvalidas en cuanto a la posibilidad de protegerse por sí mismas contra tales inconvenientes.

Decidió que regresaría al campamento sin dejar un rastro visible para advertir a sus dos compañeros que no debían mostrarse y, quizá, para buscar un lugar más

escondido.

Avanzó entre los matorrales; el camino que seguía el nativo estaba muy cerca. Después de atravesar la corriente de agua, seguía zigzagueando a su lado.

Apenas había dado un paso cuando escuchó nuevamente al tambor más pequeño, y casi en seguida el gran tambor también reinició su profundo ritmo.

Phil, transpirando y alarmado, con todos sus sentidos alerta, no podía estar seguro, pero creyó reconocer en el ritmo del gran tambor el mismo mensaje emitido por el tambor más pequeño. Seguramente el grande lo difundiría a toda la isla.

Porque no tenía ya ninguna duda de que el gran tambor transmitía un mensaje: era evidente la variación de los intervalos entre las pulsaciones.

De pronto se oyó la detonación de un rifle, seguida por otras dos.

El ruido de los disparos, y los ecos que resonaron de valle en valle, ahogaron el ritmo de los tambores.

Pero una vez que murieron, el tambor grande empezó a emitir una serie de señales repetidas. Tres golpes rápidos, una pausa, dos golpes espaciados, una pausa, y un redoble. Luego un silencio de varios segundos, y la repetición de la serie anterior.

Phil escuchó durante unos minutos y luego llegó a la conclusión, si bien no tenía otro elemento de juicio que el silencio del tambor menor, de que el tambor grande estaba transmitiendo una llamada y esperaba una respuesta.

Pensó además que la muchacha y el profesor Parker también debían haber escuchado. Phil confiaba en que Stella, advertida de la presencia de nativos hostiles, tomaría todas las precauciones para que no los descubrieran.

El nativo que él había encontrado llevaba solamente arco y flechas. El disparo de rifle indicaba la presencia de seres más civilizados. Era posible que otro hombre blanco, mejor armado, hubiese sido depositado en la isla por las mismas mareas que los habían cogido a ellos.

Phil cambió de plan, y determinó acudir al punto de donde se oyeron los disparos, en particular porque ese punto parecía coincidir con la ubicación del tambor menor.

Y como pensaba que la velocidad era esencial, arrojó la precaución a los vientos y se lanzó al sendero por donde había pasado el nativo y avanzó con un rápido paso que devoraba la distancia.

Naturalmente, sus ojos entrenados no perdían detalle de los alrededores: no deseaba caer en una emboscada.

El sendero había sido apisonado por pies descalzos. Corría como una cinta negra entre el denso follaje de árboles, arbustos, lianas y enredaderas, y se ajustaba a los contornos de las elevaciones con una cuidadosa pendiente que demostraba la eficiencia de su construcción, algo que se aprende con laboriosos estudios en las escuelas civilizadas, pero que el hombre salvaje y el animal aprenden instintivamente.

Phil bajó a una cañada y vio que el sendero se bifurcaba. Una rama se perdía entre

la espesura del siguiente promontorio y la siguió, siempre en busca del punto de origen de los disparos.

Pensó de pronto que ya no estaba lejos. Su paso era ahora lento y cauteloso. Se movía con todos los sentidos despiertos.

La visión de un pie oscuro en un claro soleado hizo que instantáneamente se ocultara entre los arbustos a un lado del sendero, con una flecha preparada en su arco.

Pero el pie no se movía.

Phil dio unos pasos silenciosos.

Desde más cerca vio una pierna, luego otro pie y otra pierna, esta última torcida en una posición grotesca. Y después de rodear un tronco de árbol, vio al hombre.

## VII

### *El asesino*

Ése era pues el blanco de los disparos del rifle. El hombre había sido herido en la espalda, un poco a un lado del omóplato derecho. La bala le había atravesado el pecho para salir por el costado izquierdo. El gran palillo de tambor, rematado por una bola de piel de algún animal, que el hombre sostenía en su mano derecha, decía que la muerte había sido instantánea.

Una cuerda de paja trenzada sostenía un gran tambor de las ramas de un árbol. Era un corte transversal de un tronco ahuecado; la piel tensada que cubría un extremo parecía muy pesada. Phil se preguntó si podía ser una piel de elefante.

El nativo muerto estaba vestido como el otro, con un sencillo taparrabo. No llevaba ningún ornamento en su nariz, aunque sí un tatuaje en su pecho.

Phil estaba junto al cuerpo, sin preocuparse por la presencia del hombre del rifle ni tampoco por el hecho de que ese nativo hubiera sido derribado por la espalda y sin aviso.

Sin embargo, la posibilidad de que el autor del disparo fuera un posible aliado se iba esfumando a medida que Phil reconstruía la escena.

El nativo estaba junto al tambor, y golpeaba la piel resonante cuando la fuerza del balazo le empujó a un lado, abierto de brazos y piernas, en la posición en que estaba ahora.

¿Y los otros disparos?

Era evidente que este hombre había sido tomado totalmente de sorpresa. Es decir, que no había recibido ninguna señal de la presencia de su enemigo hasta que la bala le hirió. Por lo tanto, había muerto al primer disparo.

Phil miró en torno, y lo que vio le hizo retroceder horrorizado.

¡Había encontrado el blanco de las demás balas!

Una muchacha que no podía tener más de diecinueve o veinte años. Vestida solamente con un taparrabo, incluso en la muerte era obvia la belleza de su figura. Su cuerpo tendido sobre las hojas y desfigurado por los agujeros de dos balazos tenía esa gracia que es el privilegio exclusivo de la juventud.

Phil pensó que debía estar corriendo cuando los disparos la derribaron.

Evidentemente, se encontraba junto al hombre mientras tañía el tambor. El disparo que le hirió la puso inmediatamente en fuga y Phil, al recordar el breve intervalo entre el primer disparo y los siguientes, pensó que había recorrido un buen trecho. La furia se apoderó de Phil Bregg. Fuera hostiles o no estos nativos, el hombre que había disparado esos balazos, nativo él mismo, americano o europeo, era un cobarde y un asesino.

Por la posición de los cuerpos y el ángulo de los disparos Phil pudo determinar casi exactamente el punto de donde habían partido.

Era una pequeña elevación rocosa situada a unos cincuenta metros, accesible por un sendero trazado a través de la vegetación. Era evidente que el autor de los disparos debía haber estado allí, e igualmente obvio que no lo estaba ahora; si así era, no demostraba hostilidad porque Phil se había expuesto al acercarse a los cuerpos caídos.

Phil caminó vivamente hasta la elevación. No había nadie a la vista, pero sí abundante evidencia de la presencia anterior de un hombre.

Había una cerilla quemada, tres cápsulas vacías caídas adonde las arrojara el eyector del rifle de repetición. Unas cenizas oscuras olían fuertemente a tabaco rancio: el hombre debía haber vaciado su pipa antes de volver a llenarla de tabaco.

En el sendero vio huellas de zapatos. Se puso a gatas sobre el suelo y encontró unos granos de tabaco fresco, todavía húmedos y agradablemente fragantes.

Seguramente había vuelto a cargar su pipa después de los disparos, y la cerilla quemada indicaba que había encendido su pipa. Phil sólo estaba armado con un arco, unas flechas y una rústica lanza. Y podía sentir que ese hombre era hostil y un asesino a sangre fría.

Al reflexionar sobre su situación, pensó que estaba entre la espada y la pared. La isla estaba poblada por salvajes, y en alguna parte, al frente, había un asesino. Pero quizás éste fuera capaz de ayudar a sus congéneres y ciertamente no temía demasiado por su propia seguridad.

Phil avanzó cuidadosamente por el sendero.

El terreno estaba muy endurecido y apenas pudo ver otras huellas que las ocasionales marcas de un taco.

Olfateó el aire, y le pareció detectar olor a tabaco; avanzó más aprisa. El olor era ahora más perceptible y traía el inconfundible recuerdo de una pipa. El sendero que seguía Phil se ensanchó de pronto y apareció otro sendero que lo cruzaba. Phil advirtió de pronto una nubecilla de humo azul que se disipaba entre las ramas de unos

árboles varios metros más adelante.

Se movió con cautela, convencido de que el olor era a tabaco de pipa. Le inspiró cierto recelo que fuera tan notable, pero pensó que el hombre podía fumar una pipa de gran cuenco, de ésas que se cargan con mucho tabaco.

Se abrió paso cautelosamente: salió del sendero y se internó en la espesura como un animal salvaje, tratando de moverse por los claros para no quebrar ramitas ni producir crujidos ni roces. Penetró en un sector enmarañado, se detuvo detrás de un tronco, se aseguró de que la flecha que llevaba en el arco estuviera pronta, y volvió a salir a un claro. Reparó entonces en las volutas celestes del humo, y comprendió en el mismo momento que había caído en una trampa.

El humo no brotaba de una pipa situada entre los labios de un hombre, sino de una roca donde alguien había colocado hebras de tabaco encendidas, y las había cubierto con otras hebras frescas.

El hombre a quien perseguía había armado astutamente su trampa: cualquiera que lo acechara encontraría solamente la fuente del humo. Phil lo supo antes de oír la seca risa del hombre.

Miró en la dirección de la risa.

Vio unos ojos fulgurantes, una boca roja, dientes manchados, una cara cubierta de barba incipiente, los hombros y la manga izquierda de una chaqueta que había sido blanca y el negro hocico de un rifle que apuntaba directamente a su corazón.

—Bueno, bueno —cacareó el hombre—, miren lo que ha caído en mi sencilla trampa.

Phil dio un paso adelante.

—Quería encontrarle. Usted parece tener medios de defensa y yo estoy en una isla hostil.

El rifle no bajó.

—Yo no daría un paso más, y además dejaría caer ese arco —sugirió el hombre.

Phil lo hizo así, y también se quitó y dejó caer la aljaba que llevaba terciada. Después alzó la vista sonriendo.

—Se los quité a un nativo —dijo Phil, tratando de mostrarse tranquilo y cordial.

El hombre del rifle rió.

—No huele mal su tabaco —dijo Phil—. ¿No tiene más?

Dio otro paso.

—¡No se mueva! —dijo la voz—. Retroceda adonde estaba. ¡Vamos, o le tiraré como a un nativo!

Los ojos brillaron, la boca dejó de sonreír y toda la cara adoptó una expresión amenazante. Phil comprendió que los dedos estaban crispados sobre el gatillo y saltó atrás.

Durante uno o dos segundos sólo hubo odio y deseo de matar en los ojos del

hombre. Luego, muy lentamente, su cara se relajó.

—¿Llegó solo?

Phil asintió.

—Sí —dijo—. Naufragué.

El hombre volvió a reír.

—No mienta —dijo—. Sé todo lo que pasa en la isla. Llegaron tres. Y uno de los tres es una mujer muy pero que muy linda. Quiero esa mujer.

Phil sintió que la furia se le subía a la cabeza. Olvidó la discreción y también el arma con que el otro hombre le apuntaba.

—Bueno, no le falta franqueza —dijo—. Usted es lo que yo pensaba que era: un cobarde y un asesino. ¡Así que búsquela a ver si la encuentra!

Las palabras no tuvieron otro efecto que provocar cierta diversión en el hombre del rifle.

Se rió, con una risa fea, siniestra.

—Se está volviendo independiente, ¿eh? Bueno, amigo, le diré una cosa. Yo puedo manejar a los nativos porque me tienen miedo. Mi mano es la mano del látigo, y los castiga sin piedad.

»Tengo mi casa donde el sendero gira. Es prácticamente un castillo. La construí cuando los nativos no eran hostiles. Pero después se volvieron independientes y tuve que matar a dos. Eso provocó toda una demostración, y trataron de atacarme.

»Cuando terminé con ellos se volvieron como perritos. Y también he mantenido alejados de esta isla a otros hombres blancos. No hay otras armas de fuego que las mías. Yo tengo muchas.

»Así mantengo en orden a los nativos. No me pueden atacar, y yo puedo matarlos cuando se me ocurre, y les doy órdenes, y los gobierno con mano de hierro.

»Por ejemplo, les dije que no tocan este tambor. No me deja dormir. Obedecieron por un tiempo, pero hoy violaron mis órdenes, de modo que bajé a inspirarles un poco de temor a Dios.

»Y como pensé que alguno podía intentar seguirme, preparé una pequeña trampa. No pensé que fuera usted. Porque ésa es la forma de tratar a estos salvajes: matar a un par de vez en cuando, y si se enojan y quieren perseguirme, armar una trampa y matar otro par. Y después me voy a vivir tranquilo a mi fortaleza hasta que recuperan la cordura.

Phil no mostró ninguna expresión.

—Y bien —dijo—. ¿Qué va a hacer con nosotros? ¿Nos va a ofrecer amparo?

—Estarán perfectamente amparados en la panza de algún salvaje —dijo—. Yo les alenté a ser caníbales. Al principio lo hacían a escondidas, y yo les dije que eso era bueno, y que debían hacerlo bien a la vista.

»Debería matarle, pero creo que prefiero dejarle jugar al escondite con los

nativos. Eso hará que no piensen demasiado en mí y que se olviden un poco del pequeño castigo que les apliqué.

»Si sabe lo que le conviene, no deje que lo capturen vivo. Tienen sus lindos métodos de tortura, y dicen que la carne sabe mejor si está medio cocida cuando el hombre todavía vive.

»Me voy. Trate de pelear. A la larga caerá. Hace unos dos meses llegó un barco... Qué tiempo tan raro... También los últimos días fueron raros. O la maldita isla se hundió un poco, o el océano creció. No sé qué habrá sido, una marea, o qué... Eso debe ser lo que les trajo aquí. Bueno, esta isla es alta y ha estado aquí bastante tiempo, y seguramente aquí se quedará.

»Los nativos me van a entregar la mujer. Otra cosa que les enseñé: que comerse una mujer blanca da mala suerte. Una buena idea, ¿verdad?

El hombre se puso de pie, mostrando una estatura gigantesca. Estaba sucio y descuidado, pero irradiaba una despiadada energía bestial.

—Quédese aquí durante cinco minutos. Si se mueve antes, les ahorraré el trabajo a los salvajes. Después de ese plazo, puede irse adonde quiera.

»Tenga cuidado con sus flechas. Les ponen un veneno curioso: paraliza los nervios por un rato, pero no mata. Si le dan, se despertará una o dos horas más tarde, listo para el asador.

»Hacen un gran lecho de brasas, luego le atan y le van asando a fuego lento, parte por parte. No sé de dónde saca tanta gente la idea de que los caníbales hierven a la gente en calderos. No es así. Les gusta más el asado.

»Adiós.

Bruscamente, el hombre bajó y desapareció de la vista en la parte posterior de la elevación donde estaba.

## VIII

### *Cautivos*

Phil no atendió la advertencia de quedarse donde estaba, pero de ningún modo intentó subir a la elevación. Trató, en cambio, de estimar la dirección en que el hombre se movía, y se lanzó a la espesura describiendo un amplio semicírculo.

Se abrió penosamente paso a través de los densos matorrales, llegó hasta una escarpa rocosa más abierta, y trepó por ella: sabía que era necesario ir aprisa para tener una oportunidad.

Finalmente fracasó tan sólo por unos segundos.

Su idea era que el hombre alto frecuentemente se volvería a mirar si no le seguía,

que esto forzosamente debía demorar su marcha, y que él tendría la oportunidad de saltar sobre él desde la espesura, si lograba emboscarse a tiempo. Pero vio la sombra del otro cuando se deslizaba sobre la roca: se encontraba a unos tres metros, y sabía que cargar a través de los matorrales era un suicidio.

Así que se quedó inmóvil, y le vio pasar un poco más arriba por el sendero. Luego le siguió.

El hombre avanzaba a grandes zancadas. Phil le miraba y supo en seguida adonde se dirigía. Era un verdadero castillo construido en una pequeña cumbre rocosa, inexpugnable a nada que no fuera un ataque de artillería.

Era de concreto y canto rodado y brillaba al sol, se encontraba en la misma cima rocosa.

Alrededor había una pared cuya parte superior estaba recubierta de afilados corales y de vidrios rotos. La pendiente de la roca era muy rápida en todas direcciones, y estaba alisada por una capa de concreto, que la hacía inaccesible. El sendero zigzagueaba hasta el único punto por donde se podía penetrar, una sólida puerta cuyo enorme cerrojo era visible a pesar de la distancia, y luego subía hasta la casa, donde se perdía en una pequeña abertura.

Con pólvora habría sido posible atacar la fortaleza, pero para los nativos, armados como estaban, la mera idea resultaba descabellada.

Ahora que Phil sabía la verdad acerca de los habitantes de la isla, comprendió la gravedad de la situación en que estaban sus compañeros, y la necesidad de ponerles inmediatamente sobre aviso.

Se deslizó por el costado de la elevación, se orientó por los puntos de referencia que había tomado para ubicar la plataforma rocosa donde estaba Stella Ranson y el profesor Parker, y se lanzó a través de la espesura.

Cuando finalmente llegó al pie del risco donde había dejado a sus compañeros, lanzó un silbido grave y luego otro.

No hubo respuesta.

Temiendo lo peor, inició el difícil ascenso hasta el campamento.

Se deslizó al amparo de los matorrales, y sus temores se confirmaron. El campamento estaba totalmente en desorden y no se veía otro rastro del profesor o de Stella que un pedacito de tela desgarrado de la falda de la muchacha.

Phil sabía mucho de bosques y había rastreado animales perdidos por terrenos difíciles. Ahora se entregó a la tarea de rastrear a la partida de invasores que habían capturado a sus compañeros.

Le fue absurdamente fácil. El rastro subía y daba la vuelta a un contrafuerte de roca de donde partía un ancho y muy usado sendero que llevaba hasta una ladera rocosa descendente: más allá resplandecía el mar.

En un punto de esta ladera Phil vio lo que parecía ser una gigantesca serpiente, y que era en realidad una larga fila de hombres desnudos y excitados que caminaban en fila india por el sendero: en el centro de esa línea de cuerpos oscuros y cabezas

negras se destacaban las vestiduras de colores claros que llevaban Stella y el profesor.

Phil salió del sendero y siguió por la ladera rocosa, justamente debajo del horizonte. Avanzó hasta que vio cómo el grupo penetraba en un denso macizo de vegetación del que no volvieron a salir.

Desde más cerca vio techos de paja entre los árboles. Sabía que era preciso hacer algo, y pronto, pero estaba solo y virtualmente desarmado.

Después recordó al ermitaño del rifle, y la gran automática que llevaba en el cinturón con cartucheras.

Phil tenía que apoderarse de esas armas. ¿Pero cómo?

Mientras pensaba, los mismos nativos le dieron una idea. Empezaron a emitir un mensaje con el gran tambor principal.

Podía verlo, así como al inmenso nativo que golpeaba el tambor de madera con una gran maza tan fácilmente como uno haría con una ramita. La resonante madera lanzaba una complicada serie de sonidos graves.

Phil pasó arrastrándose sobre el estómago el horizonte de la ladera rocosa, después volvió a ponerse en pie y descendió hasta encontrar el sendero que había recorrido ese mismo día, más temprano, y echó a correr tan rápido como podía.

En la bifurcación del sendero casi esperó encontrarse con algún nativo hostil, pero las cosas estaban como las había dejado más temprano, cuando se había lanzado en persecución del asesino. Allí estaban los dos cuerpos y el tambor colgado de las ramas. Phil lo examinó cuidadosamente.

Estaba suspendido de una larga cuerda, y había bastante exceso de cuerda para lo que Phil se proponía hacer.

Recogió el palillo del tambor y dio un vigoroso golpe, que resonó en toda la isla. Y luego otros, mientras se esforzaba por recordar y reproducir la secuencia que ejecutara el nativo muerto. Hizo esto por cinco minutos. Luego recogió la lanza del guerrero muerto, la clavó en el suelo, le ató una rama elástica y en esta última sujetó el palillo. Luego se dirigió hasta un lugar desde donde pudiera ver la fortaleza.

Encontró que su artimaña había dado resultado.

El propietario de la fortaleza, armado hasta los dientes y, sin duda, lleno de indignación, descendía por el sendero.

Phil estimó el tiempo que tardaría, corrió hasta el tambor, dio unos golpes más y trenzó la cuerda que lo sostenía. Cuando terminó, ajustó el ángulo de la lanza, la rama flexible y el palillo y dejó en libertad el tambor.

Al destrenzarse, la cuerda hizo que el tambor describiera medio círculo y golpeará contra el palillo. El sonido era bajo y no muy claro, pero perfectamente audible. Luego la rama cedió, el tambor siguió girando y nuevamente volvió a chocar contra el palillo.

Era un aparato bastante rudimentario y que sólo podía durar por el término de

unas pocas revoluciones, pero era suficiente para las necesidades de Phil.

Salió del lugar y se escondió entre la espesura justo a tiempo de vislumbrar las largas piernas del hombre que se acercaba.

El tambor continuaba resonando a intervalos, si bien no con el son profundo que daba cuando se lo hería en el centro con un buen golpe.

Y más lejos se oía el redoble intermitente del gran tambor principal.

El gigante no era hombre que cayera fácilmente en una emboscada. Se acercaba a grandes zancadas con el crimen en los ojos, pero no era un alma confiada, evidentemente los nativos habían intentado capturarlo muchas veces. Ahora detenía su marcha y examinaba cuidadosamente la espesura que podía ocultar algún enemigo.

Phil sabía que el tambor dejaría de sonar en cuestión de segundos, cuando la cuerda que lo sostenía se destrenzara por completo.

Sus músculos estaban en tensión. Ya se había resuelto a una acometida. El otro hombre observaba intensamente las sombras. Una acometida en esas condiciones parecía un suicidio, pero ¿qué otra cosa se podía intentar?

Apoyó firmemente sus pies. El tambor produjo un sonido quejumbroso, debido al roce del tambor contra el palillo, pero que excitó la curiosidad del amo de la isla lo suficiente para que olvidara la prudencia y continuara avanzando.

El hombre era increíblemente rápido, como Phil preveía. En un solo movimiento saltó a un lado, hizo girar el rifle y disparó.

Erró el tiro. Phil sintió el calor de la bala junto a su mejilla y se lanzó cuerpo a tierra.

Las piedras del suelo hirieron sus manos y su mentón. Se levantó una nube de polvo, ramitas y hojas podridas. Y la maniobra sorprendió al hombre del rifle, que erró el segundo tiro.

Entonces Phil aferró sus tobillos y empujó hacia un lado y hacia arriba. El hombre revoleó el rifle, el golpe cayó de lado sobre la espalda de Phil, dejándole mareado de dolor, pero no por eso liberó a su presa.

Su adversario dejó caer el rifle con una maldición. Phil sabía que buscaba la automática de su cinto. Entonces alzó su mano derecha, tomó el cinto y tiró con toda su fuerza mientras intentaba ponerse en pie.

La tensión produjo un resultado inesperado. El cinto cedió y cayó al suelo, junto con la automática. El hombre intentó descargar un puntapié en la cara de Phil con su pie derecho; pero el muchacho le empujó mientras estaba apoyado sobre un solo pie y le hizo perder el equilibrio.

Esto le dio a Phil la oportunidad de ponerse en pie.

Se enfrentaron sin armas.

El hombre le dirigió un terrible golpe. Phil lo evitó y le plantó la derecha en el estómago: tuvo la satisfacción de oír un gruñido de dolor.

Aprovechó su ventaja y descargó una izquierda y luego otra derecha y otra izquierda.

Los enormes brazos se cerraron sobre él, pero Phil sabía algo de lucha y sintió que el otro estaba casi vencido. Rompió la llave, tomó distancia y se preparó para descargar el golpe final que le aseguraría la victoria. Simplemente debía avanzar y poner su derecha en el lugar preciso y...

Su pie resbaló sobre una piedra redonda. El adversario le reservaba un *swing*. Trató frenéticamente de bloquearlo con el codo, pero se estaba cayendo y el puño le alcanzó en un costado de la mandíbula; vio una gran luz, luego cintas negras, y se deslizó a la inconsciencia.

Luchó por mantener el sentido, por abrir los ojos y aclarar su visión.

Logró abrir los ojos, pero sólo vio un confuso borrón de árboles contra el azul del cielo. Luego vio algo más: una extraña figura que se movía por delante de los árboles. Gradualmente la figura tomó forma y contenido: era el hombre de piernas largas, de nuevo en posesión de su rifle. Aún se movía como borracho, pero alzaba el rifle como un garrote para partirle el cráneo al vaquero postrado.

Phil usó toda su voluntad para rodar hacia un lado desesperadamente; lo hizo, extendió una mano, oyó el silbido de la culata del arma junto a su oído y tocó un objeto duro.

Sus sentidos se aclaraban rápidamente. Supo que era la automática. Entonces rodó una y otra vez sosteniendo la automática y el cinto.

El otro alzaba el rifle para tirar.

Él sacó el arma de la pistolera.

El rifle rugió.

Phil empezó a ponerse de pie, mientras sentía cómo le golpeaban la cara las partículas de polvo levantadas por el disparo.

—¡Tire el rifle! —gritó.

El hombre se dispuso a tirar de nuevo. Phil hizo fuego dos veces: las balas dieron contra el costado del cerrojo del rifle, penetraron en la mano derecha del hombre, le arrancaron el dedo del gatillo, le rompieron los huesos.

Con un aullido de dolor, soltó el rifle.

—Dese la vuelta —dijo Phil.

El hombre vaciló, luego giró.

—Ponga las manos a la espalda.

La orden fue obedecida.

## IX

*El nuevo mundo*

Phil arrancó una manga de la chaqueta del hombre, la convirtió en tiras, le ató las manos y le vendó la herida.

—Ahora —dijo—, iré directamente hasta el pueblo de los nativos y le ordenaré al jefe que le entregue a los cautivos. Se mantendrá fuera de su vista, y yo le apuntaré con las armas. Si algo marcha mal, será el primero en caer.

—No puedo caminar. La bala me ha destrozado la mano. Me siento mal.

Phil le miró, amenazante.

—Usted lo pidió —dijo—. Ha matado a muchos, y no ha demostrado piedad por nadie que estuviera frente a sus armas. Ahora vamos, o le pongo fuera del paso aquí mismo.

Empezó a caminar.

—Desátame las manos para que pueda mantener el equilibrio.

Phil le hundió en la espalda el cañón del rifle.

—No hable, camine.

El hombre inmediatamente alargó el paso.

—Si intenta una traición es hombre muerto. Si ellos han muerto antes de que lleguemos, le mataré. Recuerde que, a partir de ahora, es el dueño de su destino —dijo secamente Phil.

Tomaron un sendero que se dirigía hacia la derecha; descendía rápidamente, y se unía luego con muchos otros. El sonido del tambor se oía con más fuerza.

Un centinela saltó al sendero con su arco tendido. El hombre alto con las manos atadas le gritó algo en una lengua gutural: el nativo dejó caer el arco, giró sobre los talones y salió corriendo.

El ruido del tambor se detuvo. Se oyeron voces que se asemejaban a un coro asustado. Phil supuso que el centinela había informado de la presencia del hombre que llevaba consigo la estrepitosa muerte.

—Aquí paramos —dijo el hombre.

Phil montó el gatillo del arma.

—No se olvide —dijo—. Una señal de traición y le parto el espinazo.

—Al diablo —resopló el otro—. No soy loco.

Llamó en tono agudo: inmediatamente, se apagó el rumor de voces detrás de los árboles.

El hombre dio unas cortas órdenes en la extraña lengua. Alguien le contestó detrás de la espesura. Luego volvió a alzar la voz: sus ásperas palabras resonaron en aquellos verdes claustros.

Hubo un silencio.

—Es una torpeza venir al pueblo —le dijo a Phil—. Todavía no han encontrado al tamborero muerto. En ese caso, estarían bastante enojados para atacarme. Les he dicho que mataré al rey si no me envían dos hombres con los dos cautivos, y he ordenado que los demás se arrojen al suelo boca abajo.

»Pero es probable que nos creen problemas. Hace tiempo que me quieren liquidar. Ahora están asustados, pero seguramente tratarán de cortarnos el paso cuando nos vayamos...

Algo se movía al frente. Phil vio a dos nativos, tan asustados que les temblaban las rodillas, que traían a los prisioneros por la huella.

—Dícales a los nativos que regresen —ordenó Phil.

Su cautivo así lo hizo.

Entonces Phil habló y llamó a la muchacha.

—Todo está bien —dijo—. Corran.

Ella lanzó un grito de alegría y empezó a correr. Pronto la alcanzó el profesor Parker, con la cara llena de sonrisas.

—Espléndido —dijo Parker—. Ha sido una magnífica...

El gigantón profirió un juramento.

—No es momento para esas tonterías. Vámonos rápido. Seguramente tratarán de hacernos alguna emboscada. Guarde el aliento para correr.

Corrieron en silencio, y sus pies golpeaban rítmicamente el suelo.

El aire húmedo de la espesura parecía pesado y opresivo. El sendero era empinado y el hombre atado trastabilló dos veces. Finalmente se detuvo.

—Necesito tener las manos libres —jadeó.

Phil se adelantó.

—Antes quiero las llaves de su fortaleza. Así no se sentirá ansioso de escaparse.

Phil le revisó los bolsillos, tomó las llaves, y le desató las ligaduras.

—Manténgase bien adelante y en el sendero —ordenó.

El hombre rió sombríamente y señaló la siguiente elevación rocosa.

—Mírelos —dijo—. Se adelantan para emboscarnos.

Phil miró.

Una numerosa horda de nativos desnudos, armados con arcos, flechas y lanzas, trepaban silenciosamente a unos seiscientos metros de distancia.

Avanzaban a una velocidad milagrosa por el barranco de roca lisa.

Phil alzó el rifle y disparó.

La bala dio en una roca justamente delante del jefe, y levantó una nube de polvo y fragmentos de piedra.

Disparó dos veces más.

Los salvajes se parapetaron detrás de todo posible abrigo. Phil esperó hasta que uno alzó cautelosamente la cabeza, se puso de pie, empezó a trepar de nuevo, y entonces tiró. La bala levantó un pequeño géiser de polvo sobre la roca. El nativo se dejó caer y regresó de un salto a su puesto anterior.

—Eso es tirar —dijo el prisionero de Phil.

Phil señaló hacia delante.

—Vamos —dijo.

El gigante movió la cabeza.

—Mírelos... del otro lado... Nos van a encerrar.

Su tono fue tan natural y su consternación tan genuina que Phil se volvió, alzando un poco el rifle.

Oyó un grito de advertencia de Stella y sintió un movimiento amenazante; luego el hombre cayó sobre él como un halcón.

El salto había sido bien calculado. Phil estaba más abajo y la fuerza de la acometida le obligó a caer de rodillas. La mano herida no parecía incapacitar a su enemigo, que aferró el rifle.

Bruscamente soltó el rifle y se sacó de encima al atacante. El hombre, en posesión del arma, lanzó un rugido de furia y empezó a poner el rifle en posición cuando vio a Phil, todavía de rodillas, pero con la automática en la mano, los ojos brillantes, tenso y alerta.

—¡Suéltelo! —dijo.

El hombre alto vaciló, y en ese instante se oyó la aguda vibración de la cuerda de un arco. Algo amenazante cruzó silbando el aire y se clavó en el centro de la espalda del hombre. La flecha temblaba entre los hombros del gigante.

Phil disparó su automática en la dirección general de donde había venido la flecha: el ruido del disparo sacudió el aire caliente y se apagó en un abanico de ecos.

Después se oyó un ruido de pasos a la carrera y de ramas sacudidas, y después silencio.

El hombre alto dejó caer el rifle, y vaciló. Ya tenía los ojos vidriados. Trató de lanzar una maldición, pero la voz le falló. Se bamboleó y cayó por tierra.

Phil recogió el rifle.

—No hay tiempo para la compasión, amigos —dijo—. Huyamos mientras podemos.

Y empezó a dirigir la marcha a buen paso.

En la cumbre, ya cerca de la fortaleza, ordenó un alto y miró hacia atrás.

El grupo de nativos estaba nuevamente en marcha. Aquí y allá se veían por los claros del follaje rápidos desplazamientos de hombres de piel oscura.

De pronto brotó un gran grito en el lugar donde había caído el otro hombre. El grito se convirtió en palabras que fueron transmitidas de hombre a hombre todo a lo largo del grupo.

El gran tambor empezó a resonar: sin duda, transmitía el mensaje.

—Lo han encontrado —dijo Phil—. Era a él a quien querían. Me imagino que no nos molestarán si nos movemos con rapidez.

Así lo hicieron.

Phil sólo se sintió a salvo cuando la llave giró en la cerradura. Hizo pasar a sus compañeros, y luego volvió a cerrar. Fue a la puerta más pequeña y contempló los dominios que había ganado por derecho de conquista.

En la parte posterior había una gran explanada que se apoyaba sobre la saliente rocosa. Había árboles y enredaderas. La casa era cómoda, estaba equipada con muebles hechos a mano y era verdaderamente una fortaleza, provista de abundantes armas y municiones.

Phil subió al techo y miró hacia el océano. De pronto lanzó un grito. Junto a un promontorio apareció la proa blanca de un gran barco que avanzaba a media velocidad.

El grito atrajo a los otros, y todos miraron en silencio mientras aparecía a la vista toda la embarcación.

Era un gran barco de pasajeros, duramente castigado por los montañosos mares, pero vencedor al fin. Sus botes salvavidas habían sido descendidos o arrancados, y eran visibles las averías de la cubierta superior y en el frente de la cubierta principal, pero cortaba el agua lenta y majestuosamente.

El profesor Parker hizo un gesto de asentimiento.

—Era de esperar —dijo—. Las olas deben haber causado el naufragio de casi todos los barcos grandes. Recuerden cómo nuestra pequeña embarcación dio tumbos y tumbos... Se enderezaba porque era ligera y bien equilibrada. Pero un barco grande, dado vuelta, no puede volver a enderezarse.

»Sin embargo, algunos barcos indudablemente deben haberse salvado.

»Si bien la catástrofe ha sido mundial, es seguro que algunas regiones han sufrido menos, como por ejemplo esta isla... Y las terribles corrientes han arrastrado las aguas de los mares del Norte en esta dirección... Por esto es natural que este barco...

Phil no le escuchaba. Estaba ocupado en izar y luego arriar una bandera en el nudoso mástil de construcción casera en el techo de la fortaleza.

Se vio luego una nubecita de vapor que emergía de la bocina del barco, y luego otra y otra. Mientras miraban la tercera nubecita, oyeron el primer toque de la bocina.

—Tres toques —dijo Phil—. ¡Nos saludan! ¡Nos han visto!

El profesor Parker parecía muy satisfecho.

—Ahora sí tendremos noticias. Si hay algún continente que ha sobrevivido al período de mareas y de compensación de tensiones, seguramente habrán tratado de comunicarse por radio. Y ese barco tiene su equipo de radio.

—Suponga que no hay más continentes —dijo en voz baja— y que tenemos que empezar de nuevo. Querría usted... quiero decir... ¿Deja atrás a alguien...? ¿Estaba casada?

La muchacha rió y extendió su mano izquierda.

—Ni siquiera prometida.

Phil sonrió.

—En ese caso —observó— debería estar dispuesta a aceptar las cosas como vengan, Miss Ranson.

—Lo estoy —dijo ella—. Es un mundo nuevo, y no tengo miedo del futuro... Y ya es hora de que empieces a llamarme Stella, Phil.

—Que venga el mundo nuevo —dijo—. Me gustan sus habitantes.

# LA CARRETERA J

Charles Eric Maine

## I

Ingram le explicaba cuidadosamente las funciones del equipo a Breen, pero era una dura tarea. Inclusive cuando se ha estado asociado con una persona y se ha trabajado con ella durante diez o más años no es fácil hacerle comprender ideas nuevas y complejas fuera de su propio campo. Breen era esencialmente un especialista en balística. Tenía el duro enfoque práctico de un ingeniero con experiencia a quien le gustaba la ciencia extendida delante de sus ojos en el banco de trabajo o en el taller de ensamblado. No se preocupaba por el trabajo en el papel ni por las altas matemáticas.

Ingram, por otra parte, era uno de los principales investigadores de Neutronic Projects Inc., esos magos escondidos de brillantes cabezas calvas y ojos pálidos con gafas. El equipo, que no tenía nombre, se encontraba a un lado de la pequeña habitación, y comprendía una cantidad de estantes y paneles donde se veían medidores, luces e instrumentos de diversos tipos, y una consola atiborrada de aparatos electrónicos.

Un cilindro de plástico transparente de unos dos metros de alto se erguía en un ángulo de la habitación.

Parecía una gigantesca chimenea, aunque estaba cerrado arriba y abajo por dos discos metálicos conectados a una cantidad de cables multicolores provenientes de los paneles.

—Éstos son los controles de energía, Breen. Cuatro: uno para cada elemento.

—Parecen muy críticos, ¿no es verdad?

—Tienen que serlo. La energía del campo tiene que ser absolutamente exacta para obtener una rotación-J. De lo contrario se obtiene un vector, lo que constituye una enorme disipación de la energía en tres dimensiones.

Breen parpadeó.

—Eso de nuevo, Ingram. No entiendo lo del campo J. Una cosa es construir un prototipo de acuerdo con sus especificaciones —eso no me dio ningún trabajo— y otra es entender cómo ni por qué funciona. Estoy perdido, no creo que funcione.

—¿Por qué?

—Porque pienso que el viaje a través del tiempo es una falacia.

Ingram sonrió: la sonrisa trazó una lenta y delgada línea horizontal en su cara triangular.

—Naturalmente, Breen —dijo en voz tranquila y agradable—. No lo niego. Pero el principio que está involucrado aquí no es el viaje en el tiempo sino en el espacio, los viajes corrientes que todo el mundo conoce.

—Ya lo dije antes, pero agregé que es la misma cosa que el viaje en el tiempo.

—No es así... O, únicamente, por una coincidencia. Mire usted el problema de esta manera: según la evidencia de nuestros sentidos, que proporcionan todos los datos sobre los cuales se funda la ciencia, somos criaturas tridimensionales que se mueven en un ambiente tridimensional. Y nos podemos mover a voluntad a lo largo de cualquiera de las tres dimensiones del espacio.

—Eso es evidente.

—Pero también sabemos que el universo es, de hecho, multidimensional. Nuestro mundo, nuestra realidad, toman del todo multidimensional las dimensiones 1, 2 y 3. La dimensión 4, que está en ángulo recto con las otras tres, es una extensión del espacio que normalmente llamamos tiempo. La dimensión 5 ha sido llamada la dimensión de la probabilidad; allí, todo lo que podría ser y lo que podría haber sido existen y son hechos reales. La dimensión 6, y las demás... ¿Quién puede sugerir una interpretación? Desafían nuestra imaginación.

—O, en otras palabras, son sólo abstracciones matemáticas.

—Quizá, y quizá no. Actualmente no tenemos forma de determinarlo.

—Entonces, ¿adónde nos lleva esto?

—Bastante lejos, Breen. Desde que todas las dimensiones son extensiones del espacio, no hay ninguna razón lógica para que una criatura de percepción tridimensional no pueda encontrarse igualmente en su casa en cualquier otro trío de dimensiones adyacentes. Nosotros tenemos conciencia de (y estamos limitados por) las dimensiones 1, 2 y 3. Pero, ¿por qué no las 2, 3 y 4? ¿O 3, 4 y 5? No importa qué lugar se ocupe en la serie: tres dimensiones adyacentes le darán un mundo tridimensional.

—Así es en el terreno de la abstracción, pero esto no resuelve el problema del viaje en el tiempo.

—De acuerdo. Pero si un hombre, quiero decir un hombre físico, tridimensional, puede ser rotado 90 grados en el hiperespacio, ocupará entonces las dimensiones 2, 3 y 4 y estará libre de moverse en cualquiera de esas dimensiones, que para él no serán otra cosa que direcciones espaciales.

—¿Y el tiempo?

—Para él, el tiempo será la dimensión 5, y no podrá viajar por ella. Pero sí puede moverse por la dimensión 4, que para nosotros es el tiempo.

—Pero no para él.

—Exactamente. Así es como puede cumplirse el viaje en el tiempo: haciendo que la dimensión 4 sea una de las direcciones físicas ordinarias del espacio tridimensional. Significa perder una cualquiera de las otras dimensiones, la 1, la 2 o la 3, y esto no hace ninguna diferencia. En la práctica, al rotar al viajero en una

dimensión, pasará a ocupar las siguientes, es decir, 2, 3 y 4. Para esto se le multiplica por el factor J —la raíz cuadrada de menos uno—, operación matemática que produce un cambio de orientación de 90 grados.

Bren se rascó la cabeza perplejo.

—Está bien, Ingram. Supongo que sabrá de qué está hablando. Lo que yo quiero es saber qué debo hacer.

—Memorizar todo lo que voy a decirle acerca de la máquina —dijo Ingram, jugueteando demostrativamente con los controles—. Esta noche haré la primera experiencia en vivo, y yo seré el sujeto. Necesito que controle el equipo para poder regresar con seguridad. La teoría no importa, y puede olvidársela si quiere. Pero debe recordar los detalles prácticos, el funcionamiento y el ajuste.

—Eso no es difícil. Yo he construido el aparato, al menos en su mayor parte. Sé cómo operan los controles. Sólo querría saber qué se debe hacer y cuándo.

Ingram sonrió con satisfacción y confianza.

—Eso es justamente lo que me propongo explicar —afirmó calmamente.

Media hora más tarde, con una masa de información práctica sobre el equipo de rotación-J en el cerebro, Breen salió de la habitación y bajó la escalera hasta el salón que se encontraba inmediatamente abajo. Una mujer joven y atractiva leía una revista ilustrada sentada en un sillón: cuando él entró se puso de pie y avanzó hasta él de forma que implicaba algo más que cortesía: Breen la tomó en sus brazos y la besó.

—Charles está todavía en el laboratorio, querida —dijo—. Y tiene para mucho tiempo.

—¿Será esta noche?

Breen asintió.

—Si quieres que te diga la verdad, pienso que está más loco que una cabra.

—¿No crees que funcione?

—¿Cómo podría? Habla de multiplicarse por la raíz cuadrada de menos uno. ¿Acaso tiene sentido? Y otra cosa: ¿sabes qué vi en el laboratorio, flamante, prolijamente plegada?

—No me imagino.

—¡Una bicicleta! Una de esas bicicletas livianas y plegadizas de último modelo, que se pueden llevar y armar fácilmente. ¿Para qué piensas que la quiere?

—No sé. ¿Le preguntaste?

—Es claro. Le dije: «¿Para qué la bicicleta?» Y me contestó: «Para viajar en el tiempo. Con ella podré recorrer más tiempo en menos tiempo.» Y después se rió.

La muchacha parecía preocupada. Se liberó de Breen y volvió a sentarse en el sillón. Él la siguió y se sentó en el brazo, mientras le apoyaba suavemente el brazo en el hombro.

—Te digo que está loco, Verna —agregó—. Podrías conseguir el divorcio sólo

por eso.

—No es tan fácil, Raymond. No quiero hacerle daño. No así.

—Igual tendrás que hacerle daño alguna vez, querida.

—Después. Cuando termine con su trabajo. Y entonces podremos decirle la verdad acerca de nosotros suavemente, para que no le duela demasiado.

Breen sonrió sardónicamente.

—Le dolerá lo mismo, lo hagas como lo hagas. ¿Por qué no rompes con él limpiamente de una vez, Verna? Vámonos ahora. Charles se recuperará. Está demasiado loco para preocuparse mucho, de cualquier modo.

—No puede estar tan loco. Neutronic Products le ubica entre sus mejores investigadores y...

—Sí, pero no saben nada de este asunto... Si P. J. Verringer sospechara siquiera que Charles se dedica a estos entretenimientos en sus horas libres le despediría. Una gran compañía no puede echar a perder su reputación con científicos que hacen locuras. Piensa en la publicidad negativa que podrían hacer con esto los periódicos...

—Quizá tengas razón, Raymond —dijo Verna en voz fatigada y como deprimida. Estaba recostada sobre el suave tapizado del sillón mientras la mano de Raymond le acariciaba el pelo. El hombre la miraba apreciativa y cálidamente.

—¿Cómo pudiste casarte con un tío como Charles, querida? Simplemente no puedo comprenderlo.

Ella se alzó de hombros.

—No sé. Yo era su asistente personal en Neutronics. Nos veíamos mucho. Yo sé que no es un hombre ni muy masculino ni muy bien parecido... Tal vez de daba pena... Siempre parecía tan solo, y sin embargo tan seguro de sí, y tan alerta mentalmente... Quizá yo también estaba loca.

—Sin duda. No es un hombre para ti.

—¿Quién lo es?

—Yo.

Ella alzó la cabeza para volver a ser besada.

A las ocho de la noche Ingram entró al gran cilindro transparente del laboratorio por un panel corredizo que tenía al lado. Estaba vestido simplemente con un terno gris usado y una camisa blanca: esto, unido a su aspecto descuidado y a su rostro manso y agudo, le daba el aspecto de un empleado de oficina desocupado. La bicicleta estaba también dentro del cilindro, sobre el disco metálico inferior. Hubo algunas discusiones entre Ingram y Breen acerca de este objeto, pero el hombre mayor se negó a entrar en explicaciones detalladas.

—Ya se lo he dicho, Breen. Espero encontrarme en un espacio tridimensional como éste. Entonces, para viajar por la cuarta dimensión, tendré que caminar. Y ¿para qué caminar cuando existen las bicicletas?

Breen no insistió, pero alzó significativamente las cejas en dirección de Verna, que había venido a ver la partida de su marido. Ingram gritó sus instrucciones finales

desde el cilindro:

—Pase lo que pase, haga que el equipo no se detenga hasta mi regreso. ¡La rotación-J necesita energía continua!

Hizo una señal convenida de antemano —alzó apenas la mano derecha— y Breen activó el primer interruptor de la consola. Había un procedimiento establecido para poner en marcha el equipo, un circuito previo controlado por relés y válvulas piloto. Los tubos al vacío se iluminaron con un fulgor rojizo y un característico olor cálido surgió de los enormes resistores en uno de los estantes. Había inconfundiblemente ozono en el aire.

Verna, que miraba con los ojos algo más abiertos que de costumbre, sintió una creciente sensación opresora. No era algo físico. Quizá surgía de la pesada respiración de su amante de pie junto a la consola, quizá de la curiosa apariencia de insecto de Ingram en el cilindro, como un ejemplar zoológico cuidadosamente conservado, quizá del clic-clic-clic de los relés ocultos que marcaba el inevitable crecimiento de la energía. Pero sobre todo de la inminencia de un hecho dramático que alteraría todo el curso de su vida.

El momento real de la partida llegó brusca e inesperadamente, sin luces enneguedoras ni ruidos violentos. En un momento Ingram estaba allí, en el cilindro, con la bicicleta en la mano, y de pronto desapareció. Ni Verna ni Raymond le vieron realmente desaparecer. Simplemente, no estaba más.

Durante un momento miraron asombrados el cilindro vacío. Luego Breen exclamó:

—¡Quién sabe, después de todo! ¡La bicicleta también!

Verna le miró ansiosamente, como si buscara que la tranquilizaran. Él avanzó y la tomó en sus brazos.

—¿Piensas realmente que se ha ido en el tiempo, Raymond?

—Nada de lo que haga Charles puede sorprenderme. ¿Cómo podría saberlo? Sin duda alguna ha desaparecido. Se multiplicó por la raíz cuadrada de menos uno y se marchó.

—¿Y ahora?

—No sé. Dejaré el equipo en marcha y esperaré a que regrese...

—¿Cuánto tiempo?

—Sé tanto como tú. Cinco minutos, una hora, una semana, un mes... no lo dijo. No creo que lo supiera.

—No me gusta, querido. Me parece siniestro.

Breen sonrió y la besó.

—No te preocupes, Verna. O Charles está loco, o no lo está. Si está loco, pienso que no volverá, y que eso nos ahorrará el problema del divorcio. Si no está loco, estará ahora pedaleando frenéticamente en su bicicleta hacia el remoto futuro. Sólo podemos esperar que se le pinche una llanta y se vea obligado a regresar a pie.

Verna rió.

—¿Piensas que nos puede oír o ver, Raymond?

—No... No lo creo.

—Entonces, bésame y dime que me amas. Necesito alegrarme.

Breen se sintió feliz de obedecer.

## II

Durante las dos semanas siguientes, el equipo de rotación-J funcionó día y noche en el pequeño laboratorio. Breen acudía frecuentemente, no sólo para hacer la inspección de rutina de los aparatos, sino para visitar a Verna y discutir planes para el futuro. La posibilidad de que Ingram no regresara no se alejaba de su mente: eso sería muy conveniente. No le parecía difícil que su muerte fuera establecida legalmente. Verna había sido testigo de la desintegración. Y así podría casarse con la mujer que amaba.

A medida que transcurrían los días, sin que hubiera señales de que Ingram continuaba vivo o de que se propusiera regresar, se tornaba más impaciente y más resentido por estar obligado a cuidar los aparatos que más tarde o más temprano traerían de vuelta al hombre que menos quería ver en el mundo.

Se le ocurrió de pronto que aun si Ingram estaba vivo en alguna época futura, una falla del equipo podría impedir su regreso. Una falla técnica le dejaría exilado en el tiempo, y no habría ninguna posibilidad de reparación desde que solamente Ingram conocía realmente los principios de la rotación-J.

A partir de este pensamiento, era muy breve el paso lógico hasta la idea de producir esa falla tan conveniente.

Esta posibilidad se apoderó de su imaginación y le obsesionaba a tal punto que se sentía inquieto y ansioso cuando se hallaba a solas en el laboratorio. Con tan pequeño esfuerzo se podía conseguir tanto... y sin embargo vacilaba. Algo le pesaba en la conciencia, y no era la imagen de Ingram abandonado en el futuro, o quizás en el pasado. Decidió que se sentiría mucho mejor al respecto si hablaba primero con Verna; y una vez que tomó esta decisión, la llevó adelante sin demora. Esa misma noche vio a Verna, la besó y le dijo:

—He estado pensando, querida... ¿Qué ocurriría si Charles no volviera?

—Pero puede volver, Raymond. No podemos estar seguros.

—Imagínate que estuviéramos seguros de que no puede volver.

Ella consideró esto un momento.

—Me figuro que podríamos consultar a un abogado. Quizá le consideren muerto. Y de cualquier modo, podría conseguir el divorcio por abandono.

—Así es. Y podríamos casarnos.

—Sería espléndido, querido.

—¿Eso es lo que quieres?

—Por supuesto, querido. ¿Tú no?

—Sí. Escúchame, querida. Puedo arreglar las cosas para que Charles no vuelva. Verna retrocedió un paso, y le miró con asombro.

—¿Qué quieres decir, Raymond?

—Lo que te digo. Puedo hacer que el equipo no funcione más, y cerrarle la puerta a Charles. Se quedará para siempre en el futuro.

Los ojos de la muchacha mostraron consternación y casi horror. Él nunca la había visto así. Le tomó la mano.

—¿Qué pasa, querida?

—Pero no puedes hacer eso, Raymond. ¡Sería un crimen!

—¡Tonterías! —se rió abiertamente—. ¿Cómo puedes hablar de crimen si no matas a nadie? Él seguirá vivo, sólo que en otra época. No es un crimen cerrarle la puerta a alguien.

—Está mal, Raymond. No me importa lo que digas. No puedes hacerlo ni permitiré que lo hagas.

Breen se sintió irritado. La atrajo a sí y la estrechó fuertemente en sus brazos.

—Mira, Verna. Tú misma dijiste que sería espléndido que Charles no regresara. Nos podríamos casar, y eso es lo que ambos queremos. Muy bien. Puedo arreglar las cosas para que así sea. ¿Cuál es la objeción?

—Si Charles no vuelve, porque no quiere, o porque ha muerto, entonces está bien, Raymond. Pero si tú le impides deliberadamente el regreso, ése es un acto criminal y deshonesto. Te lo prohíbo.

—No me detendrás —dijo violentamente Breen.

Fue directamente al laboratorio. No tenía ahora ninguna duda. La oposición de Verna simplificaba, para él, la situación. Sabía exactamente lo que haría. Primero cerrar el interruptor principal; luego romper los tubos de vacío con una llave inglesa y después —sólo para estar seguro— cortar unos cuantos manojos de finos cables con unas pinzas. Le llevó exactamente tres minutos, y cuando terminó el equipo de rotación-J estaba muerto. No era probable que volviera a funcionar.

Bajó al salón y encontró a Verna de pie junto al teléfono, con la cara palidísima y la mirada perdida.

—Ya está, querida —anunció triunfante—. No te preocupes más. Charles no volverá nunca.

—Perdóname, Raymond —dijo ella dulcemente—. Acabo de llamar a la Policía.

Antes de que terminara de hablar, se oyó en la calle, abajo, el gemido de una sirena policial.

La primera experiencia de Charles Ingram con la rotación-J fue decididamente desagradable. Desde que Breen movió el interruptor que ponía en marcha el circuito previo de relés, el interior del cilindro pareció cerrarse sobre él. Las paredes transparentes se habían vuelto irreales y centelleantes, y el aire estaba cargado de

tanta tensión eléctrica que el corazón le latía más rápido. No había dolor: sólo una parálisis aterradoramente, después vértigo, después oscuridad. Durante un instante fue una no-entidad suspendida en un frío vacío amorfo, y esto fue reemplazado súbitamente por... al principio no logró identificar la escena que tenía delante de los ojos. Era familiar, pero fantásticamente diferente. Lentamente, el reconocimiento iluminó su cerebro. Era el laboratorio donde estaba su equipo, pero chato, como una proyección luminosa en una vasta pantalla cinematográfica. Aunque no había ningún movimiento. Breen estaba sobre la consola, con una mano torpemente detenida en el aire sobre los controles. También estaba Verna, una Verna plana y recortada, con la mano sobre la boca en un gesto de alarma congelada. La manecilla del segundero del gran reloj del laboratorio no se movía. No había sonidos, movimientos, ni realidad. Todo era plano, como una diapositiva proyectada, aunque él parecía formar parte de ella. La pared transparente del cilindro estaba en el cuadro, tan irreal como todo lo demás, aunque él mismo era sólido, sustancial y vivía. Era un ser tridimensional en un ambiente de dos dimensiones, un ser humano en un mundo plano.

La primera reacción de Ingram fue la estupefacción. Por un momento pensó que el experimento había fracasado, pero en seguida su aguda mente analítica se recobró del shock, y comenzó a examinar sistemáticamente la evidencia que tenía ante los ojos. Pensó que jamás había tratado de imaginarse cómo sería el mundo desde el punto de vista de un observador que hubiese experimentado una rotación-J. Se había preocupado por la parte puramente matemática del proceso, pero no por los aspectos más mundanos.

En alguna parte en el fondo de su mente había una vaga imagen de líneas vivas que ondulaban sobre un llano substrátum gris, pero esa impresión ingenua no tenía aparentemente ninguna relación con la realidad. Sin embargo, el substrátum gris estaba en cierta forma allí, porque él sentía que estaba parado sobre una superficie lisa y firme, como el piso del laboratorio. Le parecía que esa superficie se alargaba en todas direcciones, más allá de la imagen bidimensional de Breen y Verna en el taller.

Dio un paso adelante hacia la imagen, pero mientras se movía ésta retrocedió y sus ojos sorprendieron un movimiento. La mano de Breen había descendido unos cinco centímetros hacia la consola; la manecilla del segundero del reloj había cubierto uno o dos grados; la expresión de Verna era levemente distinta. La verdad se formó en la mente de Ingram: ¡había caminado en el tiempo!

Mientras se quedaba quieto, la imagen era estática: cuando se movía, la figura cambiaba, se animaba, exhibía el fenómeno de la secuencia temporal.

Sus sentidos saltaron al obvio corolario: si moverse hacia delante hacía que el tiempo adelantara en el mundo bidimensional que estaba observando, entonces, caminar hacia atrás debía causar la reversión del tiempo, como si se proyectara una película al revés. Trató de dar un paso atrás, pero halló que no podía. Había una barrera inflexible a sus espaldas que impedía sus movimientos. Giró sobre sus talones y vio la imagen de la pared posterior del laboratorio: luego volvió a avanzar hacia

delante, pero igualmente no pudo retroceder. La barrera posterior se había movido con él, y seguía bloqueando sus movimientos hacia atrás. Cuando miró al frente, el reloj había avanzado otros dos o tres segundos.

Gradualmente comprendió que sólo era libre de moverse en una dirección temporal: hacia delante. La ruta al futuro tenía una sola mano, y había encontrado algo fundamental en el viaje en el tiempo. Es imposible regresar.

Con momentáneo pánico, buscó la bicicleta: estaba allí, a sus pies. La recogió y la desplegó, y puso el cierre en posición. Luego empezó a caminar lenta y cautelosamente, mientras observaba la animación de la escena que tenía por delante.

Breen, Verna, y el reloj del laboratorio se pusieron en movimiento, lentamente al principio, y luego a velocidad natural a medida que él apresuraba el paso, llevando la bicicleta a su lado. Al mismo tiempo los sonidos se hicieron audibles; sus voces hablaban, con extrañas deformaciones, porque la velocidad de su paso no era perfectamente constante. Era como ver una película pasada por un proyector defectuoso.

Mientras caminaba intentaba desentrañar el significado exacto de lo que estaba viendo: pronto apareció claramente la solución. Había olvidado un hecho importante. A causa de la rotación-J se había extendido físicamente a las dimensiones 2, 3 y 4. El resto del mundo que observaba continuaba en las dimensiones 1, 2 y 3. Las únicas que coincidían eran las dimensiones 2 y 3, y eran por lo tanto las únicas que podía observar.

Ya la dimensión 1 no existía para él. La dimensión 4 era una extensión gris amorfa situada detrás de la imagen plana hacia la que avanzaba. El mundo que conocía se había reducido efectivamente a un mundo bidimensional en lo que concernía a sus nuevos sentidos rotados-J. Si hubiese llevado la rotación un paso más allá, hacia las dimensiones 3, 4 y 5, su mundo se habría convertido en una línea unidimensional suspendida, presumiblemente, en un vacío gris. ¿Y cómo podía figurarse las dimensiones 4, 5 y 6? ¿Un punto, un átomo sin dimensión en una eternidad... de qué? No podía siquiera imaginarlo, pero tenía la sensación de haber rozado un aspecto muy profundo de la metafísica, situado más allá de su capacidad de comprensión.

Le arrancó de su ensueño lo que veía en la imagen plana. Breen estaba abrazando y besando a su mujer y, lo que era peor, ella le respondía en forma inequívoca. Ingram se detuvo asombrado y la imagen se detuvo. La diapositiva proyectada de una pareja que se abrazaba sobre el austero fondo de un laboratorio. En colores. Su propio laboratorio.

Unos insensatos celos se apoderaron de él. Se lanzó adelante como para separarlos, y la imagen recuperó bruscamente el movimiento, pero siempre más adelante, de modo que no podía alcanzarla. Estaba confinado a la posición relativa del cilindro, y observaba la forma del laboratorio desde atrás de sus paredes transparentes, y no podía salir de allí. Sus movimientos sólo le conducían adelante en

el tiempo.

Vio cómo Verna y Breen salían del laboratorio tomados del brazo. Luego la luz se apagó, y él permaneció en una oscuridad casi completa, donde sólo se percibía el fulgor rojizo de los tubos de vacío que apenas iluminaba el resto del equipo.

Ingram montó en su bicicleta, ansioso por ver si alguien volvía al laboratorio. Su mente era una confusión de amargas reflexiones. Pedaleó enérgicamente hacia el futuro, sin medios para medir la velocidad de su avance. Verna le era infiel. Éste era el principal contenido de su mente. Y Breen, su amigo de tantos años, había abusado de su hospitalidad haciéndole el amor a sus espaldas. Se preguntó desde cuánto tiempo antes.

En cierta forma, lo comprendía, era por su culpa. Había estado intensamente absorbido por su trabajo durante muchos años. No tenía ilusiones acerca de sí mismo. Era, sin duda, el marido más aburrido y prosaico del mundo. Siempre le había parecido un misterio que la muchacha se hubiese sentido atraída por él. Ése era uno de los enigmas de su vida. Era obvio que la había descuidado, y había aparecido Breen, un hombre más joven, más atractivo, más viril. Era natural que hubiese ocurrido lo que ocurrió. Siguió avanzando en el tiempo, lleno de furia, de celos, de arrepentimiento y —lo que era muy extraño— de comprensión. No podía echarle la culpa a nadie más que a sí mismo.

El laboratorio estuvo de pronto a plena luz, y luego volvió a la oscuridad, antes de que pudiera poner el freno. En el espacio de un segundo, Breen entró en la habitación, hizo una cantidad de ajustes en el equipo y salió. Todo había sido realizado a tal velocidad que Ingram no pudo seguir sus movimientos. Se detuvo a reflexionar en la oscuridad.

La velocidad de ese transitorio incidente había sido mucho mayor de lo que anticipaba, aun teniendo en cuenta la velocidad de la bicicleta. Breen había entrado y salido a tremenda velocidad. No había oído sonidos, probablemente porque la aceleración había llevado la frecuencia de las ondas de sonido al espectro supersónico.

Ingram pensó que mientras viajaba en el tiempo, lo que le parecía una velocidad constante, en realidad era una aceleración. No era una progresión aritmética sino aparentemente geométrica, como la aceleración de un cuerpo que cae en el espacio por la ley de la gravedad, le parecía lleno de sentido. La aceleración denotaba una curvatura fundamental en la naturaleza del espacio multidimensional, y eso se ajustaba perfectamente a la relatividad.

Sin embargo, su descubrimiento era todavía más significativo: una aceleración creciente ponía el remoto futuro a su disposición. Si seguía pedaleando bastante tiempo, no había virtualmente ningún límite a la distancia que podía recorrer en la dimensión 4.

La curiosidad acerca de Breen y de Verna le impidió aprovechar de inmediato esa oportunidad. Se sentía compelido a hacer frecuentes paradas, a desmontar y a

caminar, para observar las escenas del laboratorio a velocidad normal. Fue así que vio más o menos una hora después de la rotación-J la destrucción del delicado equipo por Breen, armado con una enorme llave inglesa. La imagen le revolvió el estómago a Ingram, no sólo por el repulsivo sabotaje de diez años de trabajo, sino también por el efecto que tendría sobre él mismo, cuando eventualmente alcanzara el momento que ahora estaba viendo anticipadamente. No había una forma precisa de medir el tiempo que había transcurrido en el mundo de Breen entre el momento de la rotación-J y el del sabotaje. Posiblemente unos diez días, o unas dos semanas, quizá más. Lo había visto ocurrir en una hora, porque el ángulo desde el cual consideraba el tiempo había cambiado, pero cuando esos días hubiesen transcurrido se encontraría inevitablemente en la carretera del tiempo, y privado de la fuente de energía para la rotación. No estaba demasiado seguro de lo que podía ocurrir, pero no le gustaban las perspectivas.

Las motivaciones de Breen le resultaban muy claras. Era un sencillo caso del eterno triángulo. La solución era, como siempre, la supresión de uno de los lados. Él era en ese caso el lado no querido, y eso le hacía sentirse mal.

Parecía que sólo una cosa era posible: continuar a toda velocidad hacia el futuro, hasta encontrar una época de gran adelanto científico. Anhelaba reordenar su vida, aunque eso implicara retroceder varios años, y tratar a Verna con menos indiferencia. Y, sobre todo, deseaba asegurarse de que Breen no tuviera la oportunidad de robarle su mujer en la forma que había visto. No sabía si era posible, pero quizá los hombres de ciencia de una edad futura hubiesen resuelto el problema del viaje hacia el pasado. Con su ayuda podría invertir el reloj y asumir un nuevo punto de partida, que le permitiera tratar a Verna en la forma en que desea ser tratada una mujer joven y vivaz y al mismo tiempo conservar su interés en la rotación-J.

En este estado de ánimo, con su mente revuelta e incoherente, privada de su habitual lógica y precisión, Ingram volvió a montar en su bicicleta y se lanzó a toda velocidad por la carretera del tiempo.

### *III*

Durante las horas siguientes, Ingram observó la historia futura de su laboratorio. Al principio se detenía y desmontaba a intervalos frecuentes, para estudiar tranquilamente la escena, pero cada vez que volvía a reiniciar la marcha la aceleración se detenía y se hacía necesario empezar a reconstruirla desde cero. El laboratorio pasaba de la luz a la sombra tan rápidamente que le fatigaba la vista. En cierta oportunidad, al comienzo del viaje, le pareció ver una vislumbre de policías uniformados que examinaban sus equipos y tomaban fotografías. Luego, la habitación se mantuvo a oscuras durante largo tiempo, que denotaba el paso de

semanas o posiblemente meses.

Cuando volvió la luz, el equipo había desaparecido y la habitación estaba amueblada en forma convencional con una mesa y sillas, y un hombre y una mujer se movían entre ellas. No les conocía. Trató de interpretar lo que había visto mientras proseguía: seguramente Verna había abandonado la casa, porque ciertamente no volvió a ver su imagen. Ni tampoco la de Breen. Y nada le indicaba que él hubiese vuelto a aproximarse a su propia era.

Siguió y siguió, observando ahora con ojos más experimentados las rápidas imágenes intermitentes que iban y venían en la pantalla bidimensional que tenía al frente. Primero a través de las décadas, y luego más rápidamente. Vio cómo el hombre y la mujer envejecían. Hubo niños que aparecieron, crecieron y desaparecieron. También el hombre, ya agachado y de pelo blanco, desapareció, y sólo quedó la anciana, que muy pronto dejó de estar allí.

Una nueva generación de extraños ocupó la casa, y los muebles cambiaron de aspecto, haciéndose más futuristas. Apareció una gran pantalla de televisión en relieve donde, en rápidas vislumbres, advirtió noticiarios que le asombraron. Gigantescas alas voladoras, cohetes de pasajeros que ascendían en el espacio, coches de propulsión a chorro que no tocaban el suelo, la inauguración oficial de un túnel debajo del Atlántico. La ciencia tomaba una participación creciente en la vida de la Humanidad y se convertía rápidamente en el pilar de la civilización.

Como para contradecir esta opinión la escena se disolvió en un relámpago que le ennegueció por un instante. Instintivamente continuó la marcha frotándose con una mano los ojos doloridos. Cuando pudo volver a ver, la habitación había desaparecido y en su lugar había humo y escombros. Pensó que se hallaba al borde de un vasto cráter cuyo centro parecía brillante y fundido. En torno todo era desolación. El cielo estaba manchado y oscurecido por un hongo gigantesco de denso humo que se alzaba a kilómetros de altura.

Nada más ocurrió por largo tiempo. Se encontraba ahora en campo abierto, aunque la escena continuaba siempre bidimensional. La alternación de noches y días era ahora una luminosidad continua de color gris claro. Viajaba a demasiada velocidad para observar movimientos individuales, pero pronto apareció entre las ruinas una verde vegetación y se alzaron nuevas estructuras a la distancia: eran grandes, magníficos edificios que se alzaban hacia el cielo. En poquísimo tiempo — desde su punto de vista— desapareció toda huella de la explosión atómica y el cráter se convirtió en el cimiento de un gigantesco rascacielos de brillantes metales.

Hasta la próxima explosión atómica, y la siguiente, y la siguiente. Ingram se asombró de la flexibilidad del hombre y también de su obstinación intrínseca, que le permitía construir para volver a destruir, y a reconstruir. Cada vez la arquitectura era más grande y hermosa, como si la guerra y la devastación elevaran el poder creativo humano a niveles superiores.

Hubo un largo intervalo de paz durante el cual vio una ciudad ultramoderna desde

un punto aparentemente situado en el espacio a unos diez metros sobre el nivel de las calles. Carreteras aéreas saltaban los abismos entre los rascacielos. El tráfico se desplazaba por el aire a alturas preestablecidas, desde abajo hasta muy alto en el cielo. Vio objetos metálicos circulares suspendidos en el espacio, como lunas en miniatura, y cohetes que se movían de y hacia ellos. Luego la imagen se aclaró. No había más noche, sino un día perpetuo, producido por un anillo de soles artificiales que rodeaba la Tierra como un enorme cinturón ardiente suspendido en el espacio.

Un nuevo edificio surgió y lo rodeó. En unos segundos se encontró en una habitación donde había un equipo de diseño y finalidad incomprensibles. De pronto aparecían aquí y allá personas que sólo podía percibir como amorfos borrones a la velocidad a que viajaba.

Estuvo largo rato en la habitación, sin observar mayores cambios y continuó pedaleando cada vez con mayor energía para llegar a un nuevo ambiente. Era ésta una época de gran adelanto científico: de eso no cabía duda. ¿Pero cuánto sabían acerca del viaje en el tiempo? ¿Podían proporcionarle la información y los medios que él necesitaba? Y —lo que era aún un problema más grande— ¿podría establecer contacto con ellos desde su plano extradimensional? ¿Y podrían, en ese caso, comprenderle?

Y entonces sucedió. Inesperadamente dio contra una obstrucción en la carretera del tiempo. Algo duro, que no cedía, colocado oblicuamente en su camino. La bicicleta chocó y él se vio lanzado a un lado violentamente. En el mismo momento sintió un choque eléctrico que hizo chillar de dolor todos los nervios de su cuerpo. Le rodeó la oscuridad, y mientras la conciencia se retiraba de su voz, oyó una voz, una voz humana, que decía:

—¡Agárrenlo con fuerza! ¡Es el culpable de todo!

Ingram recobró el sentido unos segundos más tarde. Estaba sostenido por dos hombres altos de músculos de acero. Vestían simplemente túnicas blancas muy sueltas y unos pantalones cortos que le recordaron los *kilts* escoceses. Llevaban sandalias. En sus cinturones negros había a manera de pistoleras de donde sobresalían extremos de armas de siniestro aspecto. Y lo que más le impresionó fue el hecho de que el mundo objetivo era nuevamente tridimensional, y él formaba parte de él. Había sido arrancado de la cartera del tiempo por una razón que no conocía, aunque imaginaba que pronto la descubriría.

—Tranquilo, hombre del pasado. Todavía no pensamos hacerle daño —dijo el guardia, sonriendo sardónicamente.

—Hace bastante tiempo que le esperábamos —dijo el otro.

Aunque hablaban en un idioma que él conocía, había en sus voces una cualidad hecha de sutiles diferencias de acento y de inflexión que sonaba extraña a sus oídos.

—Vamos. El preboste Marshal quiere hablar con usted.

Ingram fue conducido a través de una puerta corrediza y luego por un pasillo ancho y frío hasta otra habitación. Vio una alfombra gruesa y roja, curiosas sillas cubistas, y una batería de pantallas de televisión en una pared. Luego sus ojos enfocaron una mesa en el otro extremo de la habitación, y un hombre delgado y melancólico que estaba detrás de ella. Los guardias lo empujaron hasta que estuvo frente al preboste.

—Inmigrante del tiempo, señor. Le acabo de coger en la Carretera J.

—Ajá. ¿Medio de transporte? —la voz del preboste parecía aburrida.

—Un arcaico vehículo de dos ruedas a pedales.

—Ajá. Una bicicleta. Original, de cualquier manera. La mayoría de los inmigrantes prefieren los coches a chorro.

El preboste se puso de pie y examinó a Ingram como si fuese un espécimen biológico.

—No es muy robusto. Pero sí inteligente... Sí. Lo es. ¿Cómo se llama?

—Charles Ingram.

—Él tiene la culpa de todo —dijo uno de los guardias.

—Lo sé. Ingram, de 1953. El inventor de la rotación-J. ¿Se da cuenta, Ingram, de que es el responsable del principal problema del siglo xxv?

—¿Quién, yo? —dijo Ingram, perplejo.

—Sí, usted, a pesar de su aspecto inocente. Desde que inició este asunto de la rotación-J, durante quinientos años, la gente no ha hecho otra cosa que viajar en el tiempo. Miles y miles de personas. Tuvimos varios siglos de guerra, durante los cuales la población del planeta se redujo a menos de medio millón. Finalmente hemos alcanzado una nueva cumbre de progreso y cultura, un mundo autosuficiente, perfectamente organizado y con un alto standard de vida. Naturalmente, todos los viajeros del tiempo quieren sobrepasar la época de las guerras atómicas y establecerse aquí, ahora.

—¿Dice usted que miles? —preguntó Ingram.

—Decenas de miles. Sospecho que es usted el último. Todos los demás llegaron antes, porque no tenían que ir tan lejos, y además utilizaban medios de locomoción más rápidos.

—Asombroso.

—La mayoría trataba de ir un poco más adelante en el futuro, a un período de estabilidad y comodidad aún mayores. El Gobierno de Terra, dentro de ciento cincuenta años, se cansó de esta infinita corriente de inmigrantes, personas de las épocas decadentes con rasgos atávicos e ignorantes de las técnicas modernas. Y nos han dado la orden de erigir una barrera pentadimensional sobre la ruta del tiempo, la Carretera-J. Tenemos equipos para rotar a los inmigrantes y trasladarlos nuevamente a las tres dimensiones. En dos palabras, somos un puesto de vigilancia para impedir la inmigración ilegal.

—Decenas de miles —repitió Ingram—. Entonces, ¿mi descubrimiento fue

conocido por muchas personas?

—Sin la menor duda. Por eso está ahora en dificultades.

Ingram ignoró esta última aseveración.

—Dice usted que han recibido órdenes del futuro para detener a los inmigrantes. Eso significa que pueden viajar por el tiempo en las dos direcciones.

—Así es. Le parecerá irónico, pero usamos su sistema, la rotación-J.

—Eso es lo que vine a buscar al futuro: cómo se hace para retroceder en el tiempo.

El preboste sonrió sardónicamente.

—Olvídese de eso, Ingram. Será muy afortunado si vive lo bastante para viajar en cualquier dirección. Le voy a leer el Artículo 64 inciso *a* del Reglamento de Seguridad de Terra del año 2416, en virtud del cual se encuentra usted arrestado en este momento.

Tomó de un archivo un folleto rosa.

—Aquí está. Artículo 64, inciso *a*... sobre la amenaza a la estabilidad social y política causada por el exceso de inmigración temporal de los siglos beligerantes... La inmigración temporal, ya sea por la Carretera-J, por hibernación patológica, tránsito subdimensional o cualquier otro método, es un delito contra la Ley de Estabilidad del Orden Social de 2416. La pena máxima es la eutanasia compulsiva. Es decir, la muerte, por supuesto.

—Pero yo no quiero quedarme. Quiero volver.

—No puede volver, Ingram. Todo inmigrante temporal conoce el secreto del viaje en el tiempo. Si se le permite regresar, inevitablemente comunicará su conocimiento a otras personas. Por lo tanto, las personas en esta situación deben quedarse aquí, o muertas, o en un satélite penal.

Ingram sintió una especie de pánico irracional.

—No me pueden hacer eso —gritó, golpeando el escritorio con el puño—. Exijo justicia. ¡No pueden matar o condenar a prisión a un hombre sin juicio!

—Podemos, pero no lo haremos —dijo con calma el preboste—. Tendrá su juicio. Mientras tanto quedará bajo custodia. No le parecerá desagradable una vez que se acostumbre a la ingravidez. Y estará con otros inmigrantes.

La entrevista había terminado. Ingram fue llevado a la fuerza hacia un ascensor que subió silenciosa e inmediatamente; sus rodillas se doblaron por la notable aceleración.

—¿Adónde me llevan? —preguntó, indignado.

—Aquí somos nosotros los que hacemos las preguntas, antiguo —dijo el guardia.

Emergieron a un techo plano bajo un claro cielo azul. El anillo de soles en miniatura que había visto desde la carretera del tiempo ardía intensamente y daba un calor casi tropical. Miró hacia lo alto y vio en el cielo miríadas de máquinas voladoras, que seguían rutas bien definidas. Luego se inclinó sobre el parapeto y estuvo a punto de caer al ver la tremenda altura del edificio: ¡debían ser unos cinco

kilómetros!

El guardia le condujo a un pequeño vehículo de forma de cigarro, y le sujetó a una mullida butaca. Se ubicó luego en el compartimiento delantero y cerró la puerta de la cabina. Se oyó súbitamente la palpitación de las bombas de algún tipo de reactor y en seguida un rugido que asaltó sus oídos con un diluvio sonoro. Sintió que una gigantesca mano le empujaba contra el respaldo, le quitaba el aire de los pulmones y le oprimía el estómago. Y entonces, por segunda vez ese día, se desmayó.

#### IV

El Satélite Penal N.º 7 era un enorme disco o platillo metálico que circundaba la Tierra en una órbita fija a unos 30.000 kilómetros de distancia. Tenía unos doscientos metros de diámetro, y estaba totalmente recubierto por un domo transparente de un material plástico extremadamente duro. Allí se encontró Ingram con otros veinte prisioneros en un patio circular en el centro del satélite. Rodeaban ese patio, del otro lado de una brillante pared metálica, las oficinas administrativas, las habitaciones del personal, el pequeño hospital, los generadores de la pila térmica y demás equipos proveedores de energía, y la estación de radio y radar. El ambiente era limpio y ordenado, circulaba aire fresco y la temperatura era agradable.

Ingram pasó las primeras horas de su estada en el Satélite 7 enfermo a pesar de las inyecciones preventivas de trinamina que le habían aplicado en el brazo. Ingravidez significaba inestabilidad en los canales semicirculares del oído, que regulan el equilibrio. Se sentía incapaz de moverse sin experimentar un violento mareo. Pero finalmente se acostumbró a esta sensación, y su cuerpo volvió a algo parecido a una conducta normal.

Sus colegas en el delito eran un abigarrado conjunto. Presumiblemente, la mayoría pertenecía a épocas futuras. Sus ropas eran de diferente diseño y textura. No había mujeres, lo que parecía indicar que el viaje temporal era esencialmente un pasatiempo masculino, pero luego supo que unas treinta inmigrantes femeninas estaban alojadas en el Satélite Penal N.º 3.

En poco tiempo trabó relación con un hombre llamado Katz, un individuo bajo y fuerte que llevaba pesadas gafas y había nacido en 2098. Katz fue quien primero le habló cuando se sintió enfermo.

—No se preocupe, amigo. Se acostumbrará.

Ingram masculló una respuesta que sonó como un gruñido.

—¿Cómo se llama y de cuándo viene? —preguntó Katz.

—Ingram. Vengo de 1953.

El hombre silbó, admirado.

—¿No el Ingram que inventó la rotación-J?

—Sí. Soy yo.

Katz asumió un tono más confidencial.

—Será mejor que no lo diga a los otros. Tienen que pasarse la vida en los satélites penales y podrían echarle la culpa... A mí no me importa. No me hago tantos problemas.

—¿Qué nos espera? —preguntó Ingram.

Katz se encogió de hombros.

—A algunos inmigrantes les hacen la eutanasia. A los que consideran más peligrosos. Otros... Bueno, se quedan en alguno de los satélites penales bastante tiempo... Años, a veces... y después, a algunos les permiten establecerse como ciudadanos. A los más inteligentes, o a los que parecen mejor dotados para hacer algún trabajo útil.

—¿Y el resto?

—Normalmente les envían a las minas de minerales de los planetas interiores. Marte es el mejor. A la peor gente la mandan a la Luna, y créame que eso debe ser malo. A nadie le gusta la Luna.

—¿Así que hacen viajes interplanetarios?

—Por supuesto. Ya se hacía en mi época, de manera más rudimentaria, con unos pesados cohetes de combustible líquido... ¡Tendría que ver los nuevos cohetes de helio! Y se están explorando los planetas exteriores. Una expedición regresó de Júpiter hace pocos días.

—¿Y también tienen el viaje en el tiempo, en los dos sentidos?

—Así es, pero hay muchas restricciones legales. No es nada popular. La opinión del Gobierno es que cada uno debe quedarse en su propio período.

—Ajá... Nacionalismo en el tiempo —observó Ingram—. En mi época pasaba eso con los países. Ahora lo que importa es la época.

—¿Y por qué no? En cualquier momento habrá guerras entre las épocas, y la gente de un tiempo peleará contra la de otro, que aún no ha nacido o está muerta hace tiempo. Es raro, ¿no?

—A mí me parece muy deprimente —dijo Ingram—. La naturaleza humana no ha cambiado.

Katz se rió.

—Dejó de cambiar cuando el hombre empezó a adaptar el medio a sus necesidades, en lugar de adaptarse él. La civilización es enemiga de la evolución.

Ingram consideró un momento la idea.

—¿Quiere decir que el hombre civilizado no es capaz de evolucionar?

—Así es. Brahne enseñaba ese principio en 2061. Apenas el hombre evoluciona lo suficiente para modelar su ambiente a su conveniencia, deja de desarrollarse. Satura la capacidad intelectual que ha logrado y llega al estancamiento.

—Eso no me conviene —dijo Ingram—. Si los hombres de hoy no son mejores que los de mi época, es probable que me maten, como dijo el preboste.

—Es lo más seguro. Usted es Ingram, ¿no es verdad? ¡Usted inventó la rotación-  
J! Sin duda le matarán.

—¿Pero no puedo hacer nada?

—¿Qué?

—Volver a mi época... O seguir adelante, hasta otra más tolerante.

Katz movió la cabeza.

—Ninguna posibilidad. Pasará dos semanas aquí, en el Satélite 7, y después  
vendrá el juicio, y eso será todo.

Hizo chasquear expresivamente los dedos.

Ingram sintió que se le revolvía el estómago y decidió sentirse enfermo  
nuevamente.

Katz había tenido razón acerca del juicio: exactamente dos semanas después de  
llegar al satélite penal, dos guardias uniformados le escoltaron a un pequeño cohete  
amarrado a la circunferencia exterior. Saludó tristemente a Katz y a algunos otros a  
quienes había llegado a considerar como amigos durante esos breves días, y luego se  
instaló en su butaca, dispuesto a enfrentar lo que fuera. Esta vez no hubo una  
aceleración violenta, sino un rumor apenas audible, cuando la nave espacial salió del  
débil campo gravitatorio del satélite.

El descenso en la Tierra se realizó gracias al freno que constituía la atmósfera. El  
vehículo describió un vasto arco sobre el planeta antes de utilizar sus turbinas para  
controlar el vuelo. Se posaron en el terrado de un edificio alto y esbelto en el centro  
de la ciudad que había dejado una quincena antes.

Altos en el cielo, iluminados por el fulgor de los soles artificiales, los satélites  
brillaban como estrellas. Los miró pensativamente, recordando a los demás  
inmigrantes, suspendidos en el espacio, tal vez cómodos, pero sin esperanza. Luego  
atravesó, flanqueado por los guardias, una puerta corrediza, y un ascensor cayó sin  
ruido hacia las profundidades del edificio. El aumento de la presión del aire le hizo  
doler los oídos: tragó saliva para compensar la presión, pero tenía la boca seca y el  
esfuerzo fue también doloroso.

Luego le llevaron a una habitación circular con una sencilla silla metálica y una  
mesa. Le dijeron que esperara. No era difícil. No podía hacer otra cosa que esperar;  
pero sentía una vaga y desagradable conciencia de ser observado. Las paredes  
parecían lisas y continuas, pero eso no era una garantía. Se preguntó cuánto tiempo le  
dejarían allí. ¿Horas o minutos?

Transcurrieron tres días. Tres terribles días que casi le volvieron loco. A  
intervalos la puerta se abría y un guardia depositaba en la mesa un bol de una papilla  
espesa. No era una delicia, pero mantenía el hambre a raya. No había tampoco una  
cama ni un colchón, pero logró dormir algo tendiéndose sobre el piso con su chaqueta  
arrollada a modo de almohada.

Se sentía sucio, fatigado e impaciente. Desde que se había sometido a la rotación-J no se afeitaba, y tenía la cara cubierta de una barba dura y poblada. Pensó que esto debía ser parte de un proceso de desmoralización, calculado para desgastar la firmeza de la víctima, y para producir una impresión desfavorable en el jurado, si semejante cosa existía.

La espera terminó bruscamente cuando acababa de terminar su décimo bol de papilla con la sincera esperanza de no llegar jamás al undécimo. La puerta se abrió con un suave zumbido, y aparecieron dos guardias. Le indicaron que se acercara. Se levantó, trastabillando un poco, y le sostuvieron por debajo de los brazos. Fueron nuevamente hasta el ascensor, y bajaron más, y finalmente entraron en un pasillo brillantemente iluminado que terminaba en una puerta negra.

Entraron por ella a una habitación gris, y se detuvieron en el centro. Ingram miró alrededor con curioso interés. Era aparentemente la sala de la corte, el lugar donde debía ser juzgado, pero no había sillas, ni un juez, ni un jurado, nada excepto una gran máquina resplandeciente en cuya parte superior, medio escondido por los instrumentos y los tableros de control había un hombre de pequeña talla. Los guardias saludaron, y luego dieron un paso atrás, dejando a Ingram ante la dura mirada del hombre de la máquina.

—Charles Ingram —dijo una voz tersa y débil. No supo si venía del hombre o de la máquina, en un comienzo. Luego los labios se abrieron apenas—. Ha sido usted llamado a presentarse ante el adjudicador para hacer en su propia defensa cualquier declaración que desee hacer. Permítame que le explique. Este aparato es un cerebro electrónico estrictamente imparcial que recibe todas las pruebas aducidas, en pro y en contra del acusado. Después de un escrupuloso cómputo basado en los hechos, las circunstancias y los motivos, dará su fallo y especificará el castigo que corresponda en el caso de una sentencia.

»La acusación que pesa sobre usted ya ha sido registrada: se trata de inmigración ilegal en el tiempo. Las pruebas del Estado ya están incluidas en los circuitos. El hecho de que sea usted el iniciador del proceso de la rotación-J es un factor muy importante en este juicio. Ahora queda invitado a hablar en su defensa.

Ingram no podía creerlo.

—¿Quiere usted decir que voy a ser condenado por una máquina sin siquiera oír de qué se me acusa?

—No conviene que escuche las pruebas del Estado —dijo el hombre del adjudicador—. Eso influiría sobre su criterio y tendría la tentación de distorsionar la verdad para presentar su caso a una luz más favorable.

—¿Y qué debo decir entonces?

—Puede decir lo que desee, teniendo en consideración que se le acusa de inmigración ilegal.

—¡Si yo no sabía que era ilegal!

—Para la ley, la ignorancia no es una excusa.

—Soy un hombre de ciencia del siglo xx. ¿Cómo podía conocer las leyes de inmigración de un futuro aún inexistente? Yo estaba experimentando de buena fe con la rotación-J.

—Todos los inmigrantes llegan de buena fe. Eso no contradice la ley.

—Pero alguien debía hacer el primer viaje. Tenía que producirse una primera rotación-J, de lo contrario no se habría logrado el viaje en el tiempo.

—Es evidente —observó el otro, inexpresivamente—. Siempre hay una primera vez. Eso no es una ventaja ni una desventaja. La acusación es de inmigración temporal ilegal.

—Lo único que pido es el derecho a regresar a mi época. Tengo que atender a mis problemas personales.

—Usted no está aquí para reclamar derechos, sino para ser juzgado, y para decir por qué piensa que es inocente.

Ingram se enfrentó al hombrecillo con el puño en alto.

—¡Esto es una parodia de justicia! —gritó—. ¿Cómo va a decidir una máquina el destino de un ser humano? ¡Es una barbaridad de la peor especie!

El hombre del adjudicador le miró pacientemente.

—¿Tiene algo más que decir?

—No tengo nada que decirle a una máquina.

—Llévenselo.

Los guardias se adelantaron y se llevaron a Ingram a pesar de sus esfuerzos. La audiencia había terminado.

Nuevamente en la celda circular se sentó en la silla con el mentón apoyado en las manos. Lleno de resentimiento, pasó revista a los hechos ocurridos en la última hora. Quizá se había portado como un tonto. Si el adjudicador basaba realmente su veredicto en la computación y en la lógica, no había hecho realmente nada para salvar su propia piel. Podría haber mentido, haber fabricado alguna historia fantástica que pudiera desviar en su favor ese juicio impersonal.

Pero también sabía que con su mente científicamente entrenada no le habría resultado fácil mentir. Recaía fácilmente en una precisión casi pedantesca. Si el adjudicador tenía en cuenta el tono y la inflexión, y podía detectar la insinceridad, muy poco habría conseguido de cualquier manera. Se resignó a lo que consideraba inevitable: su ejecución era sólo cuestión de tiempo.

Dos horas más tarde regresaron los guardias.

—¿Y bien? —dijo Ingram—. ¿Cuál es el veredicto?

Sus duros rasgos se mantuvieron inexpresivos.

—Pronto lo sabrá, antiguo.

Le llevaron a otra planta, y se encontró en una habitación familiar, frente a un escritorio conocido y a los rasgos tristes del preboste.

—Charles Ingram —anunció el preboste, leyendo una tira de papel—. Ha sido usted juzgado de acuerdo a la ley por el adjudicador electrónico. El veredicto es 60... 95... 40.

—¿Qué significa eso? —inquirió Ingram.

—Significa —dijo lentamente el preboste— que ha sido declarado culpable, y sentenciado a la ejecución inmediata en la cámara nuclear.

Aunque todo estaba sucediendo según lo había anticipado, Ingram no pudo evitar una sacudida. La peor ocurrencia de la imaginación no es nunca tan terrible como la cruda realidad. Una especie de mareo le sobrecogió: la habitación pareció vacilar como una imagen de televisión mal sincronizada.

—¡No me van a matar! —gritó, al tiempo que avanzaba un paso hacia el preboste.

—Deténganlo —ordenó este último.

Los guardias se aproximaron, y en el mismo instante sintió que el vértigo volvía, ahora con mayor violencia. La habitación se disolvía ante sus ojos, y se rompía en fragmentos de luz distorsionada. La presión de las manos férreas de los guardias, que era como el roce de una pluma, desapareció. Hubo una momentánea oscuridad, luego brilló enceguedor el sol y sintió que caía. Una inmensa superficie amarillenta corría hacia él: estaba cada vez más cerca y de pronto le golpeó brutalmente el cuerpo y la cabeza. Se hizo una noche impenetrable.

## V

Ingram se incorporó lenta y dolorosamente, y se frotó la cabeza. Por los ojos apenas entreabiertos vio una brillante extensión de cielo y arena. Los pensamientos se filtraban en su cerebro con gran dificultad: oscuras interpretaciones de su nuevo ambiente mezcladas con fugaces recuerdos irreales de lo ocurrido anteriormente. El preboste había desaparecido, junto con los guardias, la habitación y la ciudad. En su lugar estaba ahora el desierto. Parecía árido y ardiente, pero le traía una deliciosa imagen del siglo xx. A lo lejos, hacia el Este, una cantidad de cubos blancos fluctuaban en el aire caliente: casas árabes, sin duda. Cada vez sentía con mayor claridad que no estaba en el futuro, ni en América, sino en un país tropical.

Pensó que debía encontrarse en África, en el Sáhara.

Lentamente, con vacilaciones, se puso en pie y empezó a andar, transpirando bajo el sol, paso a paso hacia el pueblo distante. La explicación se abrió paso en su mente: fue como un refrescante arroyo de lógica en su cuerpo y su cerebro atormentados.

Finalmente había llegado al momento de la destrucción de su equipo de rotación-J por Breen. Habían pasado unos diecisiete días desde su partida, y la escena que había visto en dos dimensiones —la imagen de Breen mientras rompía válvulas y cortaba

cables— se había convertido finalmente en realidad. De esa manera, se había interrumpido la rotación-J y extinguido el campo temporal. No había nada que pudiera sustentar su presencia en el futuro, y había regresado automáticamente a su propio período.

¿Y el desplazamiento en el espacio? ¿Cómo había recorrido esos miles de kilómetros desde América hasta África? Era un problema más complejo, pero con todo logró resolverlo. Él había viajado físicamente —en el espacio— a lo largo de la cuarta dimensión, la Carretera J. Al quedar interrumpido el campo-J, la distancia, esa distancia había pasado de la cuarta a la tercera dimensión, y el período curvado de tiempo se había transformado en una distancia lineal en el espacio familiar. Era así de simple. Meramente la rotación de una longitud.

Ahora las casitas blancas estaban más cerca: podía ver figuras entre ellas y a la derecha... Sí, era inconfundiblemente un camello. La escena vibraba ante sus ojos como un vapor incandescente, y el sol le quemaba la cabeza. Casi sin darse cuenta, se encontró de rodillas en la arena, hundido en una amorfa confusión.

Casi inmediatamente, según le pareció, se encontró mirando una pared blanca donde se abría una alta ventana rectangular con celosías. Estaba en una cama, entre frescas sábanas, y había otras camas a ambos lados. Le dolía fuertemente la cabeza y una palabra se insinuó en su mente: hospital.

En las pocas horas pasaron cosas que no tenían para él un sentido coherente, porque aún no estaba plenamente consciente. Una bonita enfermera uniformada pasó varias veces cerca; hablaba suavemente una lengua extranjera. Un médico de piel oscura se materializó bruscamente y le inyectó algo en el brazo. Luego se sintió mejor, y el médico regresó.

—*Alors, mon ami... comment ça va?*

Tenía dientes regulares y una sonrisa agradable.

—Lo siento —dijo Ingram—. No comprendo.

—*C'est un Anglais* —dijo la enfermera.

—*Non, non* —dijo el doctor—. *Un américain, je crois.*

Y luego, en muy buen inglés, continuó:

—Es americano, ¿verdad?

Ingram asintió.

—¿Dónde estoy?

—Éste es el Hospital Michelet en El Biar, cerca de Argel. Unos árabes le encontraron en el desierto, al sur de Biskra. Ha estado muy mal, pero pronto se va a recuperar del todo.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Un mes. Tal vez un poquito menos.

—¿Un mes? —repitió Ingram, asombrado—. ¿He estado un mes inconsciente?

El doctor asintió.

—Sí. Tenía... ¿cómo se dice en su lengua?... Una fractura de cráneo. Y también

insolación. No está acostumbrado al sol argelino en el verano.

—Me parece que no. ¿En cuánto tiempo estaré bien?

—Unas semanas. Depende. No se preocupe. Me pondré en comunicación con el cónsul de Estados Unidos.

—Sí, por favor —pidió Ingram.

Pasó tres semanas en el hospital francés, tres semanas ociosas y agradables. Un funcionario del consulado le visitó y escuchó la historia de su viaje en el tiempo con una cándida incredulidad grabada en su expresión, pero le prometió resolver los problemas de rutina, un pasaporte, dinero y un pasaje para los Estados Unidos apenas le dieran de alta. Y le envió revistas y periódicos norteamericanos.

En un periódico de Nueva York vio en grandes titulares una información: «BREEN ACUSADO DE HOMICIDIO.» El nombre le resultó familiar, pero tardó varios segundos en ubicarlo. Y se alarmó sobremanera cuando leyó: «Raymond Breen, de 32 años de edad, ingeniero de desarrollo de Nueva Jersey, enfrentó hoy al jurado en el caso criminal más asombroso del año. Acusado de asesinar a su colega Charles Ingram a causa de las relaciones que mantenía con la esposa de la víctima, Breen...» Luego seguía la historia del viaje en el tiempo... «Si ésta es verídica, el caso planteará el problema legal más complejo de la Historia. ¿Puede considerarse asesinado a un hombre que está vivo en un mundo futuro? Verna Ingram, esposa de la víctima, testigo del caso, ha declarado su intención de ayudar a Breen. Mrs. Ingram califica como “locura de verano” su vinculación con el acusado.»

Apresuradamente, Ingram hojeó los demás periódicos, algunos más recientes, en busca de ulterior información. Y encontró otro gran titular: «BREEN CULPABLE.» Un subtítulo agregaba: «Irá a la silla eléctrica el asesino del tiempo.»

Ingram dejó el periódico y se apoyó en las almohadas. De modo que matarían a Breen por un delito que no había cometido. Desde luego que ésa había sido su intención, sin duda alguna. La ironía era que el mismo acto destructivo por el cual se había propuesto dejar a Ingram aislado en el futuro había sido precisamente la causa de su regreso al siglo xx. De modo que Breen había sido declarado culpable y ni siquiera tenía el consuelo del amor de Verna... Todos los periódicos se referían al franco cambio que había experimentado ella en sus afectos al descubrir la tentativa criminal de su amante.

Ingram reflexionó sobre el futuro inmediato. Cuando estuviera repuesto, y de vuelta a Nueva York, retomaría su vida donde la había dejado, al lado de Vera. Pero esta vez se aseguraría de que no tuviera motivo de quejas, ni fuese empujada por el aburrimiento a los brazos de otro hombre.

Llamó a la enfermera, que acudió sonriente.

—*Consul... parler avec consul* —dijo en vacilante francés.

Ella comprendió.

Veinte minutos más tarde llegó el funcionario consular.

—¿Cómo está, Ingram? ¿Qué hay de nuevo?

Ingram respondió:

—Quiero que envíe urgentemente un telegrama a Nueva York, dirigido al fiscal de Distrito de la ciudad. Raymond Breen no me ha matado. Estoy vivo y sano...

# ***EL PECADO DE HYACINTH PEUCH***

*Eric Frank Russell*

En un valle de Bretaña cerca del boscoso límite del Departamento de Morbihan se encuentra un pueblecillo cuyo nombre es Chateauverne. ¿Le resulta familiar ese nombre?

Si no es así, se debe a que Monsieur el prefecto de Morbihan y sus superiores de París han hecho todo lo posible para que las muertes no se publicaran en los periódicos. No tiene sentido recargar el terror con su difusión. Además, había que tener en cuenta el turismo.

El abate Courtot cooperó en la tarea de mantener cerrada la boca de sus feligreses en la medida de lo posible, es decir, dentro de un radio de cinco metros a su alrededor: el abate era bastante sordo.

Si visita usted Chateauverne hoy, le resultará difícil creer que hace muy poco sus habitantes temían salir a caminar de noche. Todavía se conservan algunos signos: cierta tensión entre la gente joven, cierta resistencia a hacer el amor en los recodos sombríos de los caminos apartados.

Si es observador, notará que aún las casas más viejas, ruinosas y descuidadas poseen pesados postigos de sólida madera de roble con enormes cerrojos y trancas forjados a mano, que tuvieron ocupado a Emile Périè sobre el yunque más de un mes.

Aquí y allá verá a unas pocas personas de ojos fatigados vestidas con ropas oscuras. La concurrencia a la iglesia de Ste. Marie es un veinte por ciento mayor que antaño, más regular y más reverente. Por supuesto, existe siempre un obstinado núcleo de incorregibles que se sientan del otro lado de la plaza y miran el desfile de los piadosos, mientras beben y escupen, con el aire de quien no duda de que sólo la gente sucia tiene necesidad de bañarse. Sin embargo, el Diablo aumentó el rebaño del abate al reducirlo.

Chateauverne es un grupo de casas con tejados alrededor de una plaza de cantos rodados donde Hyacinth Peuch, el idiota del pueblo, dormita entre cerdos y gallinas. A un lado se encuentra la casa del abate y la tienda de ramos generales de la viuda Martin. En el lado opuesto está la fonda larga y baja de Jean Pierre Boitavin, cuyo hermano Baptiste fue el cuarto asesinado antes de que se descargara la lluvia. Allí es donde se sientan, a la sombra, los cínicos.

La población es de seiscientos habitantes, y no se ha modificado mucho en los últimos dos siglos. Los ciudadanos de Chateauverne se dedican por entero a la agricultura, si por dedicación se entiende el constante cálculo, y por lo tanto poseen la

terrena sofisticación de los que están en contacto diario con las formas inferiores y más lujuriosas de vida. Procrean juiciosamente, con un ojo en el futuro y otro en la cuenta bancaria, y, en opinión del abate, saben más de lo que conviene a la salvación de sus almas inmortales.

El óseo tintineo de la muerte irrumpió en este escenario una cálida noche de mayo en que el aire era fragante y soñoliento y los insectos nocturnos zumbaban bajo los árboles.

Joséphine Rimbaud tenía una cita. Era joven, de curvas interesantes y distaba mucho de poseer una carga excesiva de capacidad intelectual. Esta tierna desventaja daba a sus emociones una espléndida imparcialidad; tanta, en efecto, que en una oportunidad, se sabía, había respondido con una tentadora sonrisa a la vacía mueca de Hyacinth Peuch quien, aunque no estaba tan profundamente sumergido en la idiotez para desdeñar unas piernas bien torneadas, era considerado generalmente como un deplorable cómplice para cualquier aventura erótica.

Que a Joséphine le faltara algo en un sentido al par que poseía más de lo suficiente en otros era un asunto que exigía una corrección por parte de una mano ajena. Es natural impulsar a los demás hacia la perfección. De los muchos maestros ansiosos por contribuir a su educación, ella eligió a Hercule Girandole, hijo de un granjero, porque tenía pelo ondulado, Hercule era un nombre que sonaba fuerte y poderoso y una *girandole* es una rueda de fuegos de artificio. Joséphine no se oponía para nada a afrontar fuegos de artificio giratorios.

De modo que a las ocho, cuando las sombras empezaban a profundizarse, se puso en marcha decidida a ampliar su mente con las sencillas lecciones de biología del dispuesto Hercule. Se adornó con cintas y frunces que acentuaban adecuadamente sus atractivos femeninos, se dio unos dulces toques de perfume en los lugares apropiados y salió sedienta de educación.

Trotó alegremente todo a lo largo de la Avenue des Hirondelles, que fuera en una época parte de la propiedad de los Verne, y luego tomó un estrecho sendero flanqueado por altos setos y que conducía hasta la vieja plantación, adonde se habían dirigido tímidamente con el mismo encantador propósito doce generaciones previas.

El lugar de la cita era un pequeño obelisco de granito que decía: *Ici la Météorite de 1897*. No era literalmente así, porque la piedra del espacio había sido exhumada años antes y enviada a algún lugar donde profundos ancianos largos de pelo y cortos de vista pudieran examinarla. Incluso el agujero que había dejado estaba ahora relleno de vegetación.

Joséphine se detuvo junto al obelisco y miró en derredor en la semioscuridad. La hierba era más suave que una cama.

—¡Hercule! —susurró en voz temblorosa. Una llamada así era seductora, en tanto que el imperioso mugido que habría deseado proferir no hubiese sido digno de una

señorita. Alisó su vestido, pensando por qué él se escondía y la desesperaba—. ¡Hercule!

No hubo respuesta. Solamente el suspiro del viento y el roce de los árboles. La muchacha frunció el ceño. Llegaba tarde. Eso no estaba bien. La mujer puede llegar tarde para subrayar su decoro y su tímida negativa a caer en la trampa, si no teme que otra se adelante; pero el hombre debe ser puntual y, aún mejor, llegar antes de la hora, para tener tiempo de caminar nerviosamente, entre la esperanza y la desesperación y consumido por la pasión y el deseo.

Era lamentable. Indignada, dio vuelta al obelisco, miró detrás de un matorral, quiso ver lo que había detrás de un árbol y cayó cuan larga era al tropezar con un par de piernas cruzadas.

Se puso de pie, pensando que esa noche tenía una poderosa maldición, y miró las piernas. Siguió la oscura forma hasta la cara contraída: descubrió que la girándula no volvería a girar.

Joséphine se volvió y corrió. Ni un grito. Ni un gemido. Ni un angustioso pedido de auxilio. Simplemente corrió, con la boca abierta, con las caderas ondulando, sin parar, los dos kilómetros hasta el pueblo. La primera persona que vio fue la viuda Martin, que ocupaba masivamente el vano de la puerta de su tienda. Cuando estuvo a su lado, jadeó unas pocas palabras frenéticas, se dejó caer sobre los cantos rodados del suelo y se entregó a un acceso de histeria.

Ahora bien: la viuda Martin pesaba cien kilos, tenía bigotes negros y una vez había matado un chanco de un revés destinado simplemente a apartarlo de sus tablones de hortalizas. Germaine Joubert, la chismosa del pueblo, juraría más tarde que el infortunado animal había dado tres vueltas de carnero en el aire antes de cerrar sus ojos y expirar, con la misma expresión que tenía el finado Henri Martin en sus últimos momentos, similaridad que bien podía no ser una coincidencia. Comprenderá usted por esto que la viuda Martin era *très formidable*, y la última persona que perdería el juicio por la angustia de Joséphine.

La miró, por encima de sus labios con herpes, y dijo:

—No importa lo que haya hecho ese inservible de Girandole, revolcarte en el estiércol no lo va a arreglar.

Hippolyte Lemaître dejó su silla en la acera de la fonda y cruzó la plaza, seguido por Hyacinth Peuch y varios otros. Todos contemplaron a Joséphine, y en especial lo poco extra que no solía exhibir en momentos más normales.

Hippolyte se dirigió a la viuda Martin.

—¿Qué ocurre, Hortense?

—Una torpeza de ese Girandole.

—*Tut* —dijo Hippolyte, para quien la falta de destreza en el apareamiento era un pecado imperdonable.

—Hercule... —dijo Joséphine, incorporándose con los ojos húmedos, enrojecidos y llenos de horror—. ¡Está muerto!

—¿Qué? —exclamó Hippolyte.

—¿Muerto? —dijo la viuda Martin.

—Todo retorcido y desangrado. Yo le vi. —Se dejó caer e inició otro acceso—. ¡Terrible! ¡Terrible!

—Va a llover —dijo Hyacinth Peuch, mostrando unos dientes que parecían antiguas lápidas en ruinas—. Va a llover mucho, van a ver.

—¿Dónde ha ocurrido eso? —preguntó con el ceño fruncido Hippolyte Lemaître—. ¿Dónde? ¡Habla, muchacha!

—Junto a la piedra del meteoro.

—Seguramente se la tiró encima —sugirió la viuda Martin.

—¡No lo hice yo! —gritó Joséphine.

Llegó Germaine Joubert. Se le movían las aletas de su nariz delgada y sus ojos acuosos se movían en todas direcciones.

—¿No hiciste *qué*?

—No se entregó a Girandole —informó la viuda Martin, que siempre se imaginaba a Germaine con los ojos clavados en las cloacas—. Le cortó las tripas. La muerte antes que la deshonra.

—¡Dios mío! —dijo Germaine. Se le erizó el pelo, y hasta la peluca—. Dios mío. Y salió corriendo para ser la primera en distribuir la noticia.

—Bueno —dijo Hippolyte—. Voy a telefonar a Sif. Es mejor que vaya a ver en seguida.

La viuda Martin asintió y le miró mientras se iba. Ignorando a Joséphine, se sentó en el escalón del umbral y jugó ociosamente con su labio superior.

—Va a llover —repitió Hyacinth Peuch. La miró con la cabeza puesta de costado—. Va a llover mucho. Ya verá.

Media hora más tarde llovía a cántaros.

Napoleón Sif, el gendarme de Pontaupis, llegó en su bicicleta en menos de una hora. Tenía los calcetines mojados y su capa chorreaba. Experimentaba el bilioso tedio de quien se siente víctima de una oscura conspiración. Como casi todos los naturales de Pontaupis, a nueve kilómetros, pensaba que Chateauverne era un pozo de iniquidades donde cualquier cosa podía suceder y por lo común sucedía.

Entró en la fonda, sacudió su capa sobre el suelo, colgó su gorro en el respaldo de una silla y se secó la cara con un pañuelo.

—¿Qué ocurre? ¿Un muerto?

Un coro de voces le respondió:

—El joven Girandole.

—Retorcido como un *tire-bouchon* junto a un árbol, debajo de la lluvia.

—Helado y desangrado junto al obelisco.

—El viejo Rimbaud se llevó a Joséphine a su casa: dijo que le iba a arrancar la

verdad a palos.

—Hortense Martin piensa que...

—¿A quién le importa lo que piense Hortense?

—¿Quiere un coñac? —preguntó Jean Pierre Boitavin—. Está tan mojado como si hubiera venido pedaleando por dentro del canal.

—Bueno, cómo no —dijo Sif, ablandado. Miró la copa, hizo girar suavemente el contenido, olisqueó el *bouquet*, bebió un sorbito y chasqueó los labios—. Hum. Que espere Girandole. No se va a mojar más aunque esté flotando.

—Que espere —aprobo Jean Pierre—. Yo también voy a esperar hasta el fin de los tiempos: me debía cuarenta francos. Un hombre no tiene derecho a morir cuando debe dinero. Es indecente.

Sif terminó de beber y asintió.

—Si todos lo hicieran, quedaríamos arruinados —dijo. Se abotonó la capa y adoptó una pose de gran autoridad—. Convendría que uno o dos me acompañaran para enseñarme el lugar donde ha perecido este deudor.

Un par se ofreció, más por morbosa curiosidad que por un sentido de civismo. Al salir se encontraron con el abate Courtot que caminaba apresuradamente bajo la lluvia. El viejo sacerdote se detuvo ante la autoridad.

—¿Qué le trae aquí, hijo? Espero que no sea nada grave.

—Girandole está duro en el bosque.

—¿De veras? —El abate movió tristemente la cabeza—. A Hercule no le va a gustar.

—¿No? —Sif le miró.

—Un padre borracho es un manantial de vergüenza.

—*El joven Girandole* —le gritó Sif en el oído— *está muerto*.

—¡Dios mío! —El abate retrocedió un paso y se masajeó su órgano auditivo—. ¡Qué cosa horrible! Un joven encantador, y bueno...

Muy turbado, les miró alejarse y desaparecer en la oscura lluvia.

Casi toda la población de Chateauverne vio el cadáver, tuvo náuseas y malos sueños, aparte de Emile Périè y la viuda Martin, que tenían un carácter excepcionalmente fuerte. Los hermanos Boitavin hicieron un viaje especial hasta L'Orient para comprar una nueva remesa de coñac.

Dos ancianos y asombrados médicos y Napoleón Sif estuvieron de acuerdo en que ningún cuerpo humano podía ser tan espantosamente retorcido por obra del hombre y que lo mejor sería depositar la responsabilidad en el amplio regazo del Altísimo. Dieron por sentado que Hercule había sido víctima de un rayo en la flor de la juventud, por obra de Dios, que cumplía sus designios en formas misteriosas.

A Girandole el mayor, que había derramado sus energías con tal entusiasmo que pocas veces se le había visto perpendicular, y que ahora pasaba sus últimos años recordando con deleite sus pasadas iniquidades, se le señaló que los hijos suelen pagar las culpas de los padres. Un sistema de justicia que, a sus ojos, tenía sus

ventajas.

Joséphine, ya recuperada del golpe y dispuesta a mirar en torno en busca de nuevos conquistadores, se le hizo ver que quizás un solo minuto de modestia la había salvado de compartir la suerte de su enamorado.

En el funeral, el abate Courtot hizo uso pleno y legítimo de la dolorosa ocasión, y disertó sobre varios aspectos de la venganza celestial. Hizo oblicuas referencias a los hábitos poco santos de ciertas personas a quienes todos identificaron como los demás.

Hercule descendió a la fosa. Napoleón pedaleó de vuelta hasta Pontaupis. Joséphine Rimbaud permitió que el joven Armand Descoules la acompañara en dirección aproximada a la de su hogar, con la esperanza de que en alguna parte del camino le ofreciera algo más que consuelo espiritual. Hyacinth Peuch ayudó a llenar la tumba con las manos desnudas y dejando caer un hilo de baba al suelo.

Todo el asunto quedó reducido a chismes, gestos, encogimientos de hombros. Pero sólo durante seis días, hasta que ocurrió el siguiente crimen.

Hyacinth Peuch trajo la mala noticia. Trastabilló hasta el pequeño grupo sentado en el exterior de la fonda de Boitavin, puso la cabeza de costado e hizo una mueca.

—Va a llover pronto.

—Vete, tonto —de dijo alguien, con impaciencia.

—Mucha lluvia para lavar la sangre —farfulló—. La sangre de Laverne.

—Laverne no tiene sangre —declaró Lemaître, dirigiendo un guiño a los demás.

Era más bien una exageración que una mentira. Jules Laverne era un personaje alto y sombrío, tan flaco que le llamaban *Le Pendu*, el ahorcado.

Sus rasgos finos y como de pájaro tenían cierta semejanza con los últimos señores de Verne, y esto, unido a su nombre, había fomentado en él la ilusión de que una pandilla de siniestros abogados le había quitado su legítima herencia. Jule se comportaba, por lo tanto, con la fría dignidad de un duque engañado, inspeccionaba periódicamente *sus* propiedades recorriendo los extensos campos de los Verne, y ocasionalmente examinaba los registros civiles de los pueblos vecinos en busca de un antiguo certificado de matrimonio que no existía, ya que la unión específica que le interesaba sólo se había celebrado en la cama.

—Mucha sangre de Laverne —insistió Hyacinth, con cierta glotonería—. Cerca de la piedra del meteoro.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Retorcido como el otro. Lo vi. —Volvió a trastabillar al recordarlo—. ¡Va a llover pronto!

No había el menor indicio de lluvia. Finas nubes ocultaban en parte el sol que se ponía: por lo demás el cielo estaba claro. A pesar de esto, el grupo se agitó; se sentían

incómodos y no les gustaba que el idiota se mostrara tan seguro. Y además, si debía haber una segunda víctima en la plantación, Laverne tenía tantas posibilidades como cualquiera, y más que la mayoría. Siempre estaba rondando el lugar mientras pensaba en lo distinto que podría haber sido todo. Miraron a Hyacinth, y se miraron entre sí.

Antes que nadie pudiera decir una palabra, Germaine Joubert se aproximó con sus ojitos vivísimos.

—¿Pueden creerlo? ¡Es increíble! —Hizo una pausa para crear suspense, y luego agregó—: ¡Jules Laverne, ese escuálido, ese proscrito, ha dejado su bicicleta junto a la casa de Tillie Benoit *toda* la noche! Una vergüenza. ¿Qué le ve ella? ¿O qué le ve él? Y además, que impudencia, dejar la bicicleta como un anuncio, jactándose abiertamente... Si me preguntan...

—Nadie le pregunta nada, lengua larga —dijo Hippolyte, quien sostenía que Germaine era capaz de percibir el calor del estiércol a distancia.

—¿Eh? ¿Le he oído bien, Monsieur?

—Es claro que sí. Llévase la lengua a otra parte.

Ella alzó una indignada y justiciera cabeza.

—Permítame que le diga, Monsieur Lemaître, que si no fuera por los pocos que somos puros...

—Más bien a la fuerza que por elección —respondió él agudamente, y la miró alejarse con la nariz en alto. Y les dijo a los demás—: Tille Benoit no le hubiera sonreído a Jules por cincuenta mil francos. Es tan cálida como una roca y terminará por darle a los gusanos lo que ha negado a los hombres, pero...

—¿Qué? —urgió uno de los otros.

—Su casa está sobre el camino a la plantación. Por lo tanto, voy a dar una vuelta por el obelisco. ¿Alguien viene?

—Yo.

Otro gruñó:

—En ese caso yo también me podría adherir a esta locura.

—Va a llover —les recordó Hyacinth Peuch, mostrando sus dientes amarillos—. Lavaré la sangre.

—Lluvia, lluvia, lluvia —comentó el gruñón—. Siempre habla de lluvia, como si no tuviéramos bastante. —Escupió en el suelo—. El pobre tonto escucha demasiado a estos escarbadores de basura que se llaman a sí mismos granjeros. Siempre el tiempo amenaza llevarles a la bancarrota. No estarán satisfechos mientras no tengan una lluvia cada día y otra el domingo para limpiar los desagües. Todo lo que le piden a Dios es eso: lluvia y desagües. Del resto se ocupa la *Banque de France*.

Ya se oían truenos cuando llegaron a la piedra con la inscripción *Ici la Météorite de 1897*. Las primeras gotas cayeron mientras llevaban a la plaza la estropeada figura de Laverne.

Napoleón Sif volvió a coger una mojadura, como los dos médicos. Contemplaban meditabundos la extraña forma que parecía haber sufrido un tormento inimaginable, de otro mundo, antes de ir a reclamar sus derechos en una propiedad más alta y remota. Tenía todos los huesos rotos y las articulaciones dislocadas. El torso había girado sobre sus caderas y la cabeza miraba incongruamente la espalda. Las piernas estaban retorcidas como hilo.

El rayo, aventuró Sif, no golpea dos veces en el mismo lugar. Bah, comentó un médico, eso era un mito. El otro corroboró que los rayos suelen caer en el mismo lugar, sobre todo si hay en el subsuelo un yacimiento de hierro. De cualquier modo, el cadáver de Laverne había aparecido exactamente a tres metros del de Girandole. El veredicto fue como el anterior: muerte causada por un rayo.

Enterraron a Jules Laverne junto con sus fútiles esperanzas y sus sueños ociosos. Sif regresó a Pontaupis. Los Boitavin trajeron otro cargamento de bebidas de l'Orient. Hyacinth Peuch tiró tierra a la tumba.

El abate Courtot habló solemnemente del pecado de imitar a los superiores, del abismo que aguarda al orgullo, del oropel de los tesoros mundanos, que no se pueden llevar consigo. La piadosa Joséphine tradujo esta información teológica como la recomendación autorizada a usar dichos tesoros mientras aún estaban calientes.

El nombre de Laverne se unió al de Girandole en las conversaciones morbosas, y no se le dio otro sentido a ninguno de ambos durante las cuarenta y ocho horas subsiguientes. Un tiempo muy corto, con todo; porque como Laverne no tenía mucha sustancia, la tercera muerte llegó muy pronto.

La falta de énfasis del próximo anuncio aumentó su horror. Era la tarde del día del mercado, única ocasión semanal en que Chateauverne se veía a sí mismo como un pueblo abierto y bullicioso.

Emile Périè se abrió camino por la plaza, entre jaulas de gallinas y cerdos rezongones. Era un hombre gigantesco de pelo en pecho y cejas amenazadoras a quien se llamaba a sus espaldas y a cierta distancia *l'encadreur*, el marquero de obras de arte. Aunque era el herrero del pueblo, se le atribuía el otro oficio desde el día memorable en que sus nalgas habían quedado prisioneras en un excusado mal construido. Se necesitó la colaboración de cuatro personas para ponerle en libertad y, como era un hombre rudo y taciturno, el recuerdo de ese remoto episodio era lo único que le molestaba.

Emile pasó junto a una pared donde se alineaban algunos sombríos borrachos y a una cerca donde estaban sentados algunos septuagenarios y penetró pesadamente en la fonda. Le hizo un gesto a Baptiste y dijo en voz ronca:

—¡Otro!

Baptiste Boitavin no comprendía, pues le había visto entrar.

—Pero Emile, ¿cómo puedo servirte otro si aún no has pedido el primero?

—Lo beberé ahora. Un coñac doble. No vendrá mal. —Las manos de Périè representaron un movimiento de torsión, como si estuviera matando una gallina invisible—. Ha habido otro.

La cara de Baptiste palideció: esta vez había comprendido. Echó un vistazo a los demás parroquianos, se inclinó sobre el mostrador y preguntó en voz baja:

—¿Quién?

—Portale. —Las manos volvieron a girar—. Estaba así, todo dado vuelta. —Bebió un trago de coñac—. Reventado y seco, como una naranja podrida.

—¡Ooooh! —dijo Baptiste, y retrocedió un paso—. El teléfono.

—Que no vengan más cretinos de Pontaupis —sugirió Périè—. No es momento para inútiles.

—Llamaré a la gendarmería de Vannes. ¿Dónde está el cuerpo? ¿En la plantación?

—No. Lo traje aquí, doblado y flexible como una soga mojada. Está en la capilla, y sólo la viuda Martin me vio. —Se quedó acodado sobre el mostrador, bebiendo, hasta que Baptiste regresó del teléfono y le hizo una seña. Respondió encogiéndose de hombros, salió y fue a buscar a la forja un martillo de tres kilos que puso al lado de su cama.

Por alguna razón misteriosa, la primera respuesta al pedido de ayuda de Baptiste llegó en la forma de una excitada brigada de bomberos con una escalera de doce metros y tres bombas. Este circo, que había batido el récord de Vannes a Chateauverne por más de un minuto, apareció en la plaza con un sonoro clamor de sirenas y campanas, diseminando gansos, gallinas, repollos y chismosos. De inmediato Chateauverne se convirtió en un tumulto, mientras los voluntarios corrían en todas direcciones en busca de un inexistente incendio. Entre algunos ebrios se hablaba de quemar algo para justificar el brío de la visita y los gastos.

Una hora más tarde, después de muchos gritos, discusiones y repelidas llamadas telefónicas a Vannes, los bomberos se retiraron llevándose tres botellas de vino nuevo. Se les sugirió no ir a Pontaupis, de donde quizá les habrían llamado, y que debía haber sido arrasada hasta sus cimientos mucho antes.

Menos espectacularmente fue descargada en una calle lateral una carretada de gendarmes, que entraron en la capilla. Germaine Joubert les vio, se acercó a la puerta con otras personas y las noticias empezaron a volar de boca en boca.

—El tercero.

—Como los otros.

—Es Portale.

Les impresionó, aunque la noticia no les tocaba tan de cerca. Magnífico Portale no era un nativo de Chateauverne. De origen extranjero, y según se creía ibérico, había vagado por las inmediaciones durante años, ganándose precariamente la vida con una cara llena de amor y un corazón lleno de concupiscencia. Se rumoreaba que Magnífico era el padre de diecisiete hijos, ocho de ellos de su legítima esposa. A

pesar de esta indiscriminación copulatoria se le tenía en cierta estima porque había alegrado la vida de las mujeres sin hijos y su pecado era en suma la caridad cristiana.

Los gendarmes se llevaron a Magnífico violentamente contraído y el día siguiente regresaron con grandes cajas, palas, un documento oficial lleno de frases como «dispónese» y «por cuanto», excavaron las tumbas de Girandole y Laverne, los empaquetaron y se los llevaron a Vannes.

Para este momento, Chateauverne había decidido que dos eran bastante y tres demasiado. La soberbia puntería de los rayos resentía la credulidad, especialmente porque nada similar había ocurrido nunca. Debía haber un asesino suelto, un maníaco.

Aparecieron los postigos de roble. La forja de Emile Périè empezó a echar humo y a producir martillazos para tratar de cumplir las exigencias de un súbito boom de trancas y cerrojos más grandes y sólidos. Armand Descoules tenía todas las calles para él después de las ocho y media, pero debía cortejar a Joséphine a la distancia máxima de un tiro de piedra de su casa y tuvo que postergar su romántica intención de tomar lo poco que aún le faltaba.

La cuarta noche después del traslado de los cuerpos a Vannes, cuando todavía proseguían las especulaciones y el miedo rondaba por los callejones oscuros, Baptiste Boitavin llegó a una decisión.

—Este salvaje ha matado solamente de noche y en la plantación —dijo—. Ése es un juego al que pueden jugar dos. —Tomó entonces una pesada escopeta de dos caños y agregó—: Vamos a buscarlo y a terminar con él.

—Excelente idea —aprobó Hippolyte Lemaître—. Esos de Vannes duermen con la satisfacción porcina de los que están engordados a impuestos. Nos podrían liquidar a todos en orden alfabético antes de que se despierten. Lo mejor será que actuemos nosotros mismos.

Hubo murmullos de apoyo. Sólo Timothée Clotaire, el sepulturero de la iglesia, se opuso. Era el tipo de hombre que invariablemente presenta un problema ante cualquier solución.

—¿Y si este asesino no es un ser humano?

—Ya sabemos que no lo es. Es inhumano. —Baptiste escupió en el suelo—. Le mataremos.

—¿Y si es una fiera, como un gorila enloquecido?

—Lo mismo volará hecho pedazos.

—¿Y si fuera un elefante escapado del *Cirque Nationale*? —insistió Timothée. Su mirada veía la escopeta de Baptiste del tamaño de una cerilla en comparación con un elefante.

—Por mí, podría ser una boa constrictor de veinte metros —afirmó redondamente Baptiste, echándose el arma al hombro—. Estoy listo. ¿Quién más viene conmigo?

Se le unieron diez, armados con siete rifles, una pistola de tiro al blanco, un antiguo machete y una maza de roble con formidables tachones de bronce.

Impregnado de ferocidad marcial, el grupo se puso en marcha, seguido a la distancia por Hyacinth Peuch, que mostraba sus dientes amarillos y parecía curioso.

Durante tres horas batieron los bosques. Se llamaban unos a otros y orinaban a intervalos frecuentes; molestaron bastante a los conejos y a los búhos, pero no encontraron nada maníaco ni monstruoso. Uno por uno fueron regresando a sus hogares, fatigados, cada cual de acuerdo a la medida de su paciencia.

A las tres de la mañana Jean Pierre Boitavin despertó a Hippolyte Lemaître golpeando violentamente la puerta.

—¡Hola! ¡Ya está aquí! ¿Volvieron los demás?

—Seguramente. —Hippolyte se frotaba los ojos, demasiado estupidizado por el sueño para sentirse irritado—. ¿Qué ocurre, Jean Pierre?

—¿Dónde está Baptiste?

—¿No ha regresado? —Hippolyte miró su reloj, vio que era muy tarde y se despertó en el acto. Hizo girar la llave—: Pase y espere a que me vista. Vamos a buscarle.

Le encontraron exactamente donde se lo figuraban, aunque ninguno había querido admitirlo. Cerca de la piedra del meteorito, con el arma sin descargar junto a su mano fría. Apenas era reconocible.

Una nueva gran caja llegó de Vannes y se llevó a Baptiste bajo la mirada inquisitiva de Roger Corbeau, un chico de doce años y pelo en desorden. Roger era por naturaleza tan poco respetuoso del peligro que ya se había roto cuatro huesos, le habían hecho siete suturas y había tenido en dos oportunidades la vida en un hilo.

Esto no ocurría porque estuviese lleno de coraje sino más bien por la ceguera particular de las personas propensas a los accidentes. En otras palabras, tenía algo en común con Hyacinth Peuch, sólo que no tan desarrollado. Entre los conocedores locales de los desastres, cundía la idea de que Roger no duraría mucho en este mundo porque Jesús lo quería para hacerse con él un rayo de sol.

Los oráculos dieron justo en el centro. Roger fue obedientemente a la cama, se escapó por la ventana del tejado, y se dirigió directamente a la plantación para ver por sí mismo lo que ocurría. Seguramente su entusiasmo se habría evaporado en menos de una hora si le hubieran hecho esperar todo ese tiempo; pero, característicamente, eligió un momento en que el servicio era rápido y eficiente. A su debido tiempo fue buscado, descubierto y llevado a Vannes en una caja más chica, bajo una lluvia feroz.

Dos gendarmes con sus carabinas cargadas empezaron a montar guardia por las noches en la plantación. Durante los diez días siguientes no ocurrió nada. Reinaba el buen tiempo y hacía calor. Aunque les aburría su tarea, la cumplían a conciencia; pero no oyeron nada sospechoso ni vieron nada que pudiera ser motivo de alarma.

A las diez y veinte de la undécima noche, uno de ellos fue a casa de Tillie Benoit en busca del café que ella preparaba, tal como se había establecido oficialmente.

Llevaba una lata de mala gana, porque la atmósfera estaba más fría y parecía presagiar una lluvia, y además porque pensaba que bien podría prepararles el café alguien más sociable y simpático que Tillie, una mujer flaca y frígida que les dispensaba esa bebida como si le estuviera haciendo un favor a los leprosos.

Sin embargo se quedó con Tillie tanto como pudo, mantuvo con ella una conversación llena de elevada moralidad y bajos propósitos, con la encallecida determinación de alguien que considera cada fortaleza como un desafío y que, de cualquier manera, debe mantener la reputación cuidadosamente cultivada de ser tan apasionado como un gato entero repleto de curry.

Pasó casi una hora antes de que regresara, derrotado. Una vez en el obelisco, miró a su alrededor.

—Marcel.

Silencio.

—¡Marcel!

No hubo respuesta.

En voz más alta y levemente temblorosa:

—¡Marcel!

El viento frío susurraba entre los árboles. Percibió un olor acre, débil pero familiar y perturbador. Olfateó, tratando de recordar.

¡Sangre!

Dejó caer la lata de café de la mano izquierda y la carabina de la derecha. Abandonó a Marcel, giró y corrió como jamás había corrido antes.

Cuarenta hombres de la primera compañía del regimiento 23 de Infantería llegaron la tarde siguiente. Ocuparon posiciones en la plantación con órdenes estrictas de no permitir la entrada a nadie. Un periodista llegó desde l'Orient, y fue enviado por la viuda Martin a investigar una masacre imaginaria en Pontaupis, donde hacía tiempo que estaba haciendo falta una buena. El prefecto de Morbihan visitó personalmente Chateauverne, estuvo tres minutos y se marchó.

La semana siguiente no ocurrió nada. Tillie Benoit rechazó a los cuarenta soldados, cada uno de los cuales pensó que era idéntica a la madre de su perrito mascota. El oficial al mando de la tropa, un capitán, no opinó al respecto. Estaba satisfecho porque le habían dado una dirección en donde podía hacer sus ejercicios de calistenia sobre alfombra, tan necesarios para la salud y el espíritu del guerrero.

Por lo que se podía ver, poco más se hizo al respecto de las sucesivas tragedias; pero el jueves a la noche apareció una persona en la fonda. Era un hombre pequeño y delicado, de aspecto ágil, con una barba blanca de chivo y ojos fríos y azules.

—¿Es usted Jean Fierre Boitavin?

—Sí, señor.

El otro exhibió una tarjeta.

*George Fournier, Inspecteur. Sureté Générale.*

—¡Ah, la Policía! —dijo Jean Pierre, impresionado—. No es necesario preguntar qué le trae aquí.

El inspector Fournier asintió.

—Ya he interrogado a una cantidad de personas: el abate Courtot, Périè, Lemaître, Mme. Martin y otros. Todos aquellos cuya información podría ser útil. Sólo me quedan dos nombres en la lista: el suyo y... —tomó una libreta y la consultó— un tal Hyacinth Peuch. —Los ojos helados horadaron a Jean Pierre—. Por favor, dígame todo lo que sepa sobre este asunto.

Obediente, Jean Pierre contó los hechos con tantos detalles como pudo recordar.

—Es la misma historia —comentó Fournier—. ¿Dónde está Peuch? ¿Dónde se le puede encontrar?

—Allí fuera. —Jean Pierre señaló la plaza—. Es ese pobre subnormal que está jugando con esas basuras.

—Ajá... ¿Puede hablar?

—Ciertamente, *monsieur*. Sólo que la gente extraña le asusta. —Pensó un instante—. Le voy a llamar y le voy a dar un coñac. Esperaremos hasta que lo absorba, después, usted podría convidarle con otro: eso tendrá un aire fraternal. Y después de dos coñacs le besaré la frente y le llenaré de baba.

—Llámele —ordenó Fournier, acostumbrado a sufrir cuando se trataba de cumplir con su deber.

Hyacinth se acercó con ese andar arrastrado y ladeado que caracteriza a muchos subnormales. Bebió lentamente el coñac, con cierta suspicacia, porque la gente del pueblo le aconsejaba siempre que se cuidara de la gente que le ofrecía regalos.

—Hyacinth sabe cuándo va a llover —dijo Jean Pierre, para gratificarle con un elogio—. Si dice que lloverá, llueve. Después de cada una de las muertes anunció que los ángeles llorarían, y así lo hicieron.

—¿Ah, sí? —dijo Fournier, estudiando el aspecto de cementerio de los dientes de Hyacinth—. ¿Y por qué llueve después de las muertes?

—Para que se vaya la sangre —informó Hyacinth.

Luego terminó el coñac, chasqueó los labios y sonrió.

—¿Que vaya adónde?

—A las raíces.

—Ah, a las raíces —dijo Fournier. Alzó una ceja inquisitivamente—. ¿Y qué raíces son ésas?

—Las del árbol. —Hyacinth miró la copa vacía.

—Sírvale otro —ordenó Fournier—. Me interesan muchísimo los árboles, Monsieur Peuch. ¿De qué árbol me habla?

Encantado de oírse llamar *monsieur*, el tonto tartamudeó:

—El... el grande que... que atrapa conejos.

Un destello brilló en los ojos de Fournier mientras preguntaba:

—¿Usted lo ha visto hacer eso?

Hyacinth no respondió.

—Muéstreme cómo lo hace —invitó Fournier, con paciencia.

—Vamos, muéstrale al señor —dijo Joan Pierre—. Nunca han visto una cosa así en París.

Con cierta resistencia, Hyacinth dejó su copa, se paró, extendió rígidamente los brazos por encima de la cabeza y miró al cielorraso.

—Está así todo el día —informó—. No se puede mover por la luz. Pero de noche...

—¿Sí?

—Hay cosas que corren sobre las raíces, cosas con sangre...

—Siga —urgió Fournier.

—Entonces... —Hyacinth respiró profundamente. Luego sus brazos vibraron, y de pronto bajaron velozmente hasta sus pies, con toda su fuerza. Los dedos arañaron el suelo. Luego enderezó el cuerpo y alzó un poco los brazos. Se quedó mirándoles, con un gorgoteo de placer, mientras sus manos retorcían algo y la sangre imaginaria goteaba sobre sus pies.

—Y en seguida llueve —dijo.

Jean Pierre empinó la botella de coñac.

—Necesito yo un trago —dijo. Bebió y miró a Hyacinth—. *Nom d'un chien!* ¿Cómo puede haber un árbol así?

—¿Y le viste coger así conejos? —dijo Fournier—. ¿Muchas veces? ¿Desde hace mucho?

—Cuatro, cinco, seis años. Tal vez más. No sé. —Hyacinth sostuvo una mano a la altura de su cabeza—. Desde que el árbol era así de grande.

—¿Y eso ocurre con frecuencia? —dijo Fournier.

—Sólo de noche y cuando está por llover —dijo el experto en los procedimientos del misterio—. Si no hay lluvia, no hay caza.

Fournier no se molestó en preguntar por qué no había dicho nada de esto antes. Sabía la respuesta: los locos aprenden pronto a no hablar demasiado de su locura.

—¿Nos puedes llevar hasta ese árbol?

—Sí, Monsieur.

En la creciente oscuridad, el vegetal no parecía distinto de otros árboles cercanos. Simplemente un grueso y nudoso tronco de altas ramas y una masa de hojas anchas y carnosas. Estaba exactamente a ocho metros del obelisco.

Cuarenta soldados lo rodeaban mientras el inspector Fournier examinaba cuidadosamente lo que se podía ver a la luz de media docena de linternas.

—¿Está seguro de que ésta es la planta asesina?

—Seguro, Monsieur —afirmó Hyacinth, muy satisfecho de ser el centro de la

atención sin que nadie se burlara.

—¿No hay otros?

—No, Monsieur.

—Eso es una locura —exclamó el capitán, frustrado en sus designios de dedicar la noche a asaltar los encantos de la maestra del pueblo. Atravesó marcialmente el cerco de soldados, golpeó con su bastón el duro tronco y agregó con autoridad—: Ninguna planta puede tener suficiente sensibilidad o velocidad de reacción. Ni sus miembros pueden tener bastante elasticidad. Es decir que...

Sus últimas palabras se perdieron en una súbita ráfaga de aire y un tremendo *swish* cuando media docena de ramas descendieron y le capturaron. Subió y subió en el aire, y las ramas le exprimieron como un trapo mojado. No brotó de él un grito ni un gemido. Sólo se oyó el ruido de los huesos rotos, la carne desgarrada, el gotear de la sangre.

Con una sacudida final, las ramas dejaron caer el cuerpo y regresaron a su posición original. Silencioso, impassible, satisfecho, el árbol se irguió en la oscuridad.

Alguien iluminó con una linterna el cuerpo, murmurando sombríos juramentos.

—Va a llover —prometió Hyacinth Peuch.

Fournier volvió a la vida como si se despertase de una pesadilla. Se hizo cargo de la situación con rápidas órdenes.

—Saquen el cuerpo de aquí. Traigan madera, ramas, queroseno, todo lo que sea combustible. Arrójenlo junto al monstruo. Con cuidado, no se acerquen. ¡Rápido, idiotas, rápido!

Se lanzaron a una frenética actividad. En poco tiempo la pirámide de leña llegó hasta la altura de las ramas bajas. Encima de todo arrojaron el queroseno requisado de las lámparas y estufas de Tillie Benoit. Fournier personalmente arrimó la cerilla. El fuego empezó a arder, vaciló, y de pronto se alzó hacia el cielo.

En ese momento el árbol empezó a sacudirse como un ser enloquecido, arrojando chispas y tizones ardientes en todas direcciones, lleno de vida violenta y terrible. Los hombres no fueron piadosos: continuaron arrojando leños al fuego hasta que el tronco de un árbol vecino reventó por la presión de la savia hirviente.

Al alba no quedaba más que un círculo de cenizas grises del que retiraron unos carbonizados restos de raíces, con los que hicieron un fuego más pequeño. A las diez de la mañana, cansados, sucios, despeinados, regresaron a la plaza.

Fournier entró en la fonda, se lavó y pidió el desayuno.

—Era un árbol, una planta sedienta de sangre venida de quién sabe dónde. Quizás ese meteorito trajo la semilla desde algún oscuro mundo. —Pensó un momento—. Sea como sea hemos visto el fin de este vampiro. Chateauverne no volverá a tener problemas.

—No estoy tan seguro, Monsieur —dijo Jean Pierre—. En Chateauverne, cuando

a uno no lo estrangulan o le usan para el caldo, le roban cuarenta francos o le retienen prisionero en un excusado como un emperador sin poder. —Alcanzó una botella—. ¿Querría un coñac?

—Ciertamente.

Falta contar el resto, que quizá nunca será narrado. Una chispa de vida había venido del fondo del espacio y se había arraigado en Chateauverne: como era fototrópica, de día permanecía como hipnotizada, y de noche crecía, se movía, y bebía sangre. Así ocurrió hasta que fue destruida.

No se le concedió a Hyacinth Peuch, el tonto, ningún crédito por esto. Antes bien, se le criticó por no haber hablado antes, aunque en ese caso nadie le hubiese creído.

Hasta un idiota puede tener sensibilidad, de modo que tampoco la primavera siguiente se expuso a ser insultado. Al regresar de cierta glorieta escondida donde a veces sus ojos, bizcos pero eficaces, le instruían sobre las artes gemelas del cortejo y la conquista, vio una especie de castaña velluda que cruzaba el sendero.

Era una cosa pequeña, parduzca, brillante, cubierta de ciliats temblorosas. Se movía lenta y trabajosamente entre la hierba; cayó sin poder evitarlo por el plano inclinado de un zanjón y trepó la margen opuesta: allí se acomodó en la parte más alta, se hundió en el suelo y desapareció de la vista.

Muy de vez en cuando volvió a ese lugar, pero cerca de la zanja brotaban continuamente matas y arbustos, y no había manera de distinguir entre locales y visitantes. Un día, a fines de octubre, advirtió una rata muerta, seca y retorcida debajo de un arbusto de un metro de alto.

Chateauverne recibió el aviso que se le debía.

—Va a llover —le dijo Hyacinth a la viuda Martin, en su voz encharcada y llena de gorgoteos, sonriendo, con la cabeza ladeada y una gota pendiente de la nariz.

Ahora bien, la viuda Martin era una mujer sana y fuerte, consciente de su soledad, y estaba gozando silenciosa e inocentemente de sus propios deseos; y la imagen de Hyacinth le resultaba en ese momento tan indeseable como una rata muerta en un banquete.

Así que gruñó:

—¡Vete, tonto! —y, rascándose el trasero, olvidó la cuestión.

## ¿A LA ABEJA LE IMPORTA?

Isaac Asimov

Al principio la nave era un esqueleto de metal. Lentamente se lo recubrió con una piel brillante y se rellenoó su interior con partes vitales de formas raras.

De todas las personas vinculadas con este desarrollo (menos una), Thornton Hammer era la que menos se esforzaba físicamente. Quizás a esto se debía la alta estima en que se le tenía. Manipulaba los símbolos matemáticos en que se fundaban las líneas de los planos, de donde a su vez procedía el ajuste de las diversas masas y las formas de energía que impulsarían la nave.

Hammer miraba ahora sombríamente a través de sus ajustadas gafas. Los lentes reflejaban la luz de los tubos fluorescentes; Theodore Lengyel, representante de Personal de la corporación que pagaba la cuenta del proyecto, estaba a su lado y le decía, mientras señalaba con un dedo rígido y punzante:

—Allí está. Ése es el hombre.

Hammer miró.

—¿Se refiere a Kane?

—El que lleva un mono verde y tiene una llave inglesa en la mano.

—Es Kane. ¿Qué tiene contra él?

—Quiero ver lo que hace. Ese hombre es un idiota.

Lengyel tenía una cara llena y redonda y le temblaban un poco las mejillas.

Hammer le miró. Parecía sentir disgusto en cada centímetro de su cuerpo enjuto.

—¿Le ha estado molestando?

—¿Si yo le he *molestado*? He hablado con él. Es mi trabajo hablar con los hombres, conocer sus puntos de vista, obtener información que me dé bases para poder organizar campañas de mejoramiento de la moral.

—¿Y en qué se opone Kane a eso?

—Es insolente. Le pregunté cómo se sentía por trabajar en una nave capaz de llegar a la Luna, y le dije que éste era el camino a las estrellas. Quizás hablé demasiado, o exageré un poco, pero se volvió de la manera más ruda. Le llamé y le pregunté: «¿Adónde va?» Y me dijo: «Me cansan estas charlas. Me voy a mirar las estrellas.»

Hammer asintió.

—Está bien. A Kane le gusta mirar las estrellas.

—Era de día. El hombre es un idiota. Le he estado mirando, y no trabaja.

—Lo sé.

—Y entonces, ¿por qué le tenemos aquí?

Hammer dijo con súbita energía:

—Yo quiero que esté. Me trae suerte.

—¿Suerte? —tartamudeó Lengyel—. ¿Qué quiere decir?

—Cuando él está cerca pienso mejor. Cuando pasa a mi lado con esa maldita llave inglesa tengo ideas. Ha sucedido tres veces. No me lo explico ni me interesa poder explicarlo. Ha sucedido y eso es todo. Por eso está aquí.

—¿Es una broma?

—No lo es. Y ahora, déjeme trabajar.

Kane estaba con su mono verde y su llave inglesa.

Oscuramente comprendía que la nave estaba casi terminada. No había sido diseñada para llevar a un hombre, pero había espacio. Él lo sabía, como sabía muchas otras cosas, como por ejemplo mantenerse fuera del paso de la mayor parte de la gente la mayor parte del tiempo, o llevar una llave inglesa hasta que todos se acostumbraban a verle con ella y dejaban de advertirlo. El camuflaje consistía realmente en pequeños detalles, como la llave inglesa.

Estaba además lleno de impulsos que no comprendía por entero, como mirar a las estrellas. Al principio, muchos años antes, había mirado las estrellas con un vago dolor. Luego, lentamente, su atención se centró en una región del cielo, y por fin en un punto muy preciso. No sabía por qué. Allí no brillaba ningún astro, ni había nada que ver.

Ese punto estaba alto en el cielo nocturno durante el verano y el final de la primavera, y a veces pasaba gran parte de la noche contemplándolo, hasta que se hundía en el horizonte hacia el Sudoeste. En otras épocas del año lo seguía con la vista durante el día.

Tenía, en relación con ese lugar, una idea que no lograba cristalizar. Había ido creciendo y ascendiendo hacia la superficie en los últimos años, y ahora estaba casi a punto de expresarse, pero aún no estaba clara.

Kane, inquieto, se movió y se acercó a la nave. Ya estaba casi lista. Todo ajustaba exactamente. Casi.

Porque en el interior, bastante más abajo, había un hueco un poco más grande que un hombre, y a ese hueco se accedía por un paso apenas más ancho que un hombre. Mañana ese paso se cerraría con las últimas maquinarias y, antes de eso, se debía llenar también el hueco. Pero no como *ellos* pensaban.

Kane se acercó aún más, sin que nadie le mirara. Estaban acostumbrados a verle.

Era preciso trepar una escalerilla de metal y luego mover de lado una pasarela para entrar en el hueco. Sabía por dónde entrar tan exactamente como si hubiese construido la nave con sus propias manos. Trepó la escalerilla y movió la pasarela.

El hueco estaba oscuro y, por supuesto, no tenía ventilación; pero Kane no se

preocupó por eso. Con la seguridad del instinto, se ubicó, jadeante, en el hueco, donde cabía tan ajustadamente como en una matriz.

Dos horas más tarde empezarían a introducir los últimos equipos. Así cerrarían el paso y dejarían adentro a Kane sin saberlo. Kane sería el único pedacito de carne y sangre dentro de ese objeto de metal, cerámica y combustibles.

Kane no tenía miedo de ser prematuramente descubierto. Nadie sabía que ese hueco existía. El diseño no lo exigía. Los mecánicos y los constructores no sabían que existía.

Kane había arreglado eso.

Conocía su influencia, aunque no sabía de qué forma la ejercía. Por ejemplo, Hammer, el jefe del proyecto, era el más afectado. De todas las figuras indistintas que rodeaban a Kane, él era el menos indistinto. Kane era a veces muy consciente de él, cuando pasaba a su lado en sus lentas caminatas por el lugar. Todo lo que se necesitaba era pasar a su lado.

Kane recordaba que lo mismo le había ocurrido otras veces, en particular con los teóricos. Cuando Lise Meitner decidió investigar si había bario entre los productos del bombardeo con neutrones del uranio, Kane estaba cerca, en la forma de un trabajador que pasaba totalmente inadvertido en un pasillo cercano.

Había estado recogiendo hojas y desechos en un parque, en 1904, mientras paseaba el joven Einstein. Kane había sentido como un choque eléctrico el impacto del súbito pensamiento: Einstein aceleró el paso.

Pero no sabía cómo lo hacía. ¿Acaso sabe arquitectura una araña cuando empieza a construir su primera tela?

Kane había estado presente en ocasiones anteriores. Por ejemplo, mientras el joven Newton miraba la Luna y presentía cierta idea. Y también antes de eso.

El paisaje de Nuevo México, habitualmente desierto, estaba cubierto de hormigas humanas que se movían en torno de la estructura metálica erguida verticalmente, distinta de todas sus predecesoras.

Ésta se libraría de la Tierra mucho antes, y, en lugar de caer, se quedaría girando alrededor de la Luna. Estaba repleta de instrumentos capaces de fotografiar el satélite, medir su temperatura y su radiactividad, y analizar su estructura química por medio de microondas. Podría realizar automáticamente casi todo lo que se podía esperar de un vehículo tripulado. Y aprendería lo suficiente para que el próximo vehículo fuera tripulado.

Sólo que, en cierta forma, también éste lo era.

Había representantes de varios Gobiernos, de varias industrias y de diversos grupos sociales y económicos. Había también periodistas y cámaras de televisión.

Y los que no estaban, veían la escena en sus hogares y escuchaban la monótona cuenta invertida que se había hecho tradicional en menos de tres décadas.

En el cero, los motores de reacción se pusieron en marcha y la nave se elevó.

Kane oyó el ruido de los gases proyectados, como si estuviera a cierta distancia, y sintió que la aceleración presionaba sobre él.

Desplazó su mente hacia arriba y hacia afuera, y la liberó de las conexiones directas con su cuerpo para eludir la consciencia del dolor y la incomodidad.

Sabía que su largo viaje estaba casi terminado. Ya no tendría que maniobrar cuidadosamente para que la gente no supiera que era inmortal. Ya no debería ocultarse en el fondo, ni vagar eternamente de un lugar a otro, cambiar de nombre y de personalidad, ni manipular mentes ajenas.

Su tarea no había sido perfecta, por supuesto: había dado origen a los mitos del Judío y el Holandés Errante, pero pudo continuar sin ser molestado.

Siempre podía ver ese punto en el cielo, incluso a través de la sólida masa de la nave. Aunque realmente, no lo «veía»; le faltaba la palabra correcta.

Sabía de su existencia, así como sabía muchísimas otras cosas, sin saber por qué, pero con una certeza que no necesitaba de la razón.

Había comenzado como un *ovum* o como algo cuya definición más parecida le parecía la palabra *ovum*, depositado en la Tierra antes de que los cazadores errantes llamados hombres hubiesen construido las primeras ciudades: la Tierra había sido cuidadosamente elegida por su progenitor, porque no cualquier mundo podía servir.

¿Y cuál sí? ¿Cuál era el criterio? Eso no lo sabía aún.

¿Acaso una avispa icneumon estudia entomología antes de encontrar la única especie de araña que conviene a sus huevos y de clavarle el aguijón en la medida exactamente necesaria para mantenerla viva?

Finalmente había salido del *ovum*, y había tomado la forma de un hombre, vivido entre los hombres, y aprendido a protegerse de ellos. Y su único propósito era lograr que los hombres recorrieran un camino que terminaba en una nave, con un hueco en su interior para que él pudiera alojarse allí. Eso había llevado ocho mil años de lentos avances y retrocesos.

El punto del cielo era más nítido ahora que la nave salía de la atmósfera. Ésa fue la llave que abrió su mente, la pieza que completó el rompecabezas.

Brillaban en él astros que no podían ser vistos por el ojo del hombre sin ayuda. Uno, en particular, tenía un peculiar fulgor que conmovió a Kane. La expresión que durante tanto tiempo había estado creciendo en su interior apareció por fin a la luz.

—Mi casa —susurró.

Lo sabía. ¿Acaso un salmón estudia cartografía para encontrar la desembocadura del arroyo de agua dulce donde nació?

El paso final siguió a una lenta maduración de ocho mil años: Kane no era ya una larva, sino un adulto.

El adulto Kane huyó de la carne humana que había protegido esa larva y de la

nave. Se lanzó hacia delante a inconcebible velocidad, hacia su hogar, del cual volvería quizás a partir para errar por el espacio y fertilizar algún planeta con su *ovum*.

Atravesaba el espacio sin pensar en la nave que sólo contenía una crisálida vacía, sin pensar que había impulsado todo un mundo hacia la tecnología y el viaje espacial con el solo propósito de madurar y alcanzar la plenitud.

¿A la abeja le importa —después de cumplir su cometido— lo que le ocurre a la flor?

# EL METAL QUE TE ENCANTA TOCAR

Robert Bloch

—Buenos días, señora —dijo el vendedor ambulante—. ¿Es usted la dueña de casa?

La delgada figura en delantal y gorro contra el polvo se adelantó.

—Hágame el favor de irse —gruñó la voz debajo del gorro.

—Pero, señora...

—¡No me llame «señora»! —dijo la voz—. Y váyase antes de que le dé un puntapié a su maleta de muestras.

El vendedor se volvió y la puerta se cerró violentamente.

Dentro del bungalow, la figura de gorro y delantal se dejó caer pesadamente en el sillón más próximo a la puerta de entrada.

—¡Dios mío! —gimió Roscoe Droop—. ¿Qué diablos puedo hacer?

Ni el Cielo ni el Infierno hablaron mientras Mr. Droop se quitaba el gorro y tiraba el delantal a un rincón. Sin sus atuendos domésticos, Roscoe Droop se revelaba como un hombre pequeño, de rostro pálido, cuerpo delgado y amables ojos azules, que en ese momento estaban nublados por la furia.

—¿Qué puedo hacer? —suspiró—. Ésta es la tercera vez en la semana que un estúpido vendedor me confunde con una mujer. ¡Qué situación!

Enrojeció y buscó un cigarro, que no llegó a encender. Recordó justo a tiempo que Agatha abominaba del olor a humo de cigarro.

¡Agatha!

Era la culpable de todas sus dificultades. Agatha Droop. A veces Mr. Droop se preguntaba por qué se había casado con ella; luego recordaba que en realidad, *ella* se había casado con él.

Agatha era así. Dominante. Un metro ochenta de sólidos músculos. Brazos como cables de acero. Exactamente lo que necesitaban en la Fundición Hércules.

No era de extrañar que hubiese conseguido trabajo como soldadora. Y así habían comenzado los problemas. Mr. Droop recordaba perfectamente el anuncio.

—Voy a ser soldadora —ríe dijo ella una noche—. Ganaré setenta dólares por semana, más las horas extra.

—Pero, querida... —protestó él.

Fueron las últimas palabras que Mr. Droop pronunció al respecto. Agatha fue la que habló.

—Por supuesto, tendrás que dejar tu trabajo —dijo—. Inmediatamente. Yo puedo

ganar más dinero que tú, así que eso es lo más conveniente. Eres demasiado débil para trabajar en una fábrica y, de cualquier modo, nadie querría un pigmeo como tú. De modo que puedes quedarte en casa tranquilamente desde ahora en adelante.

»Sólo tendrás que ocuparte de la casa y del jardín; encender la calefacción, cortar el césped, hacer las compras, barrer, lavar los pisos, la ropa, la vajilla y prepararme las comidas.

Mr. Droop empezó a abrir la boca para repetir «Pero, querida», pero se interrumpió porque Agatha le había dado con la tetera en la cabeza.

De modo que Agatha salía a trabajar y Mr. Droop se ocupaba del hogar.

Era humillante. Era indignante. No podía seguir así. Mr. Droop se habría vuelto loco de no ser por su *hobby*.

Su *hobby* siempre le salvaba de alguna manera. Antes de casarse, Roscoe Droop había sido un entusiasta de los pequeños trabajos: le encantaba la carpintería y las herramientas y tenía un tallercito en el sótano. Es decir, lo tuvo hasta un mes después de su casamiento, porque Agatha se lo prohibió.

Ahora, en los momentos de tensión, Mr. Droop no tenía otro apoyo que su revista de *hobbies*.

Como muchos aficionados, Mr. Droop era un ávido lector de una revista llamada *Ciencia Impopular*. Sus páginas estaban llenas de sugerencias mensuales acerca de cómo construir un yate en el desván, o establecer un criadero modelo de cerdos en la cochera, y otras fascinantes posibilidades.

Nada de esto le servía para nada a Roscoe Droop. Una aspiradora o una máquina de lavar sí le habrían sido utilísimas, pero no tenía dinero para adquirir estos electrodomésticos.

Simplemente, Roscoe Droop no era del tipo casero. Odiaba lavar, barrer y cocinar. Y escenas de ese tipo con los vendedores ambulantes, le humillaban. En esos momentos se volvía a las consoladoras páginas de *Ciencia Impopular*.

Con el alma (y las manos) ennegrecidas, cogió la última edición y hojeó la revista.

Leyó los titulares.

«USTED MISMO PUEDE CONVERTIR SU LAVABO EN UN ACUARIO. CONSTRUYA UN METRO EN EL SÓTANO.»

Inútil. Roscoe Droop jamás construiría un acuario ni una línea de Metro. Miró los anuncios clasificados mientras pensaba en las tareas que le esperaban.

Tareas domésticas...

Advirtió de pronto el pequeño anuncio cuadrado en tipo pequeño:

«SUPRIMA DEFINITIVAMENTE LAS TAREAS DOMÉSTICAS.»

Y un subtítulo agregaba: «Asombroso descubrimiento elimina la esclavitud del hogar.»

Mr. Droop pensó que debía tratarse de una marca nueva de jabón en polvo, pero siguió leyendo:

«Un prominente científico ha perfeccionado una ayudante insuperable para las amas de casa —continuaba—. Los modelos se encuentran todavía en la etapa experimental, si bien una pequeña cantidad se encuentra disponible de inmediato para su ensayo. Estos modelos no serán vendidos, sino cedidos en préstamo por seis meses a personas responsables, para su ensayo gratuito. Si decide aprovechar esta ocasión, tenga la amabilidad de enviar de inmediato referencias completas acerca de su carácter. Escribir al doctor Pedro Moke, Apartado 13, *Ciencia Impopular*.»

Mr. Droop se puso de pie. Quizás esto fuera la solución de sus desagradables problemas domésticos. Una invención así, fuera lo que fuera, podría aliviarle.

Agatha no estaría de acuerdo, por supuesto...

—¡Roscoe!

Su voz, tan suave como la de una morsa, le golpeó el oído; un segundo después, un vigoroso puño volvió a golpear el mismo lugar.

—¿Por qué te paseas sin hacer nada, haragán? —dijo.

Mr. Droop alzó la vista —la alzó mucho— hacia Agatha.

Agatha Droop irguió su metro ochenta sobre sus zapatos de trabajo con Protección para los Dedos. Los pantalones que cubrían su amplia estructura habrían constituido una tienda apta para alojar una buena tropa de *boy-scouts*.

No era una imagen capaz de alegrar los ojos de nadie. Incluso podía ponerle los ojos negros a cualquiera que no cumpliera sus órdenes con bastante rapidez.

—¿Y ahora qué? —gritó Agatha, tras arrojar su plato al suelo—. ¿Todavía no está preparada la comida?

—Un minuto, querida —suspiró Mr. Droop.

—Bueno, de prisa —gruñó la mujer—. Trabajo duramente en la fundición todo el día y tú te pasas el tiempo sin hacer nada. Soy una mujer que trabaja y tengo que alimentarme.

Mr. Droop se puso en marcha. Le trajo a Agatha el periódico de la tarde y sus chinelas, y luego terminó de preparar la comida en la cocina.

Agatha se sentó a la mesa y se sirvió carne, patatas, espárragos, judías, ensalada, café y torta.

Mr. Droop esperaba sus comentarios. Se había esmerado con la comida.

Un bocado fue suficiente.

—¿Dónde compraste esta porquería? —dijo Agatha, mientras mordía su bistec.

—En la carnicería, querida.

—En la zapatería, querrás decir. ¡Parece suela!

—Pero...

Agatha giró y Mr. Droop se inclinó. Algunas gotas de salsa cayeron sobre su frente mientras el trozo de carne volaba a través de la habitación.

—Otro error como ése y será el último que cometas —gruñó Agatha, poniéndose de pie.

Mr. Droop se alejó. En la sala vio el ejemplar de *Ciencia Impopular* abandonado.

Sus labios se contrajeron en una torva sonrisa.

—Muy bien —murmuró—. Veremos.

Minutos después estaba escrita su carta al doctor Pedro Moke, inventor; la envió esa misma noche.

No sabía qué podía esperar, pero tenía la ingenua esperanza de que sus problemas concluirían pronto. Esa noche durmió beatíficamente.

En su cara se podía ver la expresión dulce y confiada de un niño y el ojo negro que Agatha le había obsequiado antes de que se fueran a dormir.

Pasó casi una semana antes de que llegara el paquete.

Pero sonó el timbre y respondió, y uno de los hombres se llevó la mano a la gorra y dijo:

—Perdón, señora.

Mr. Droop estuvo a punto de cerrar la puerta de un golpe cuando reparó en el enorme bulto que los hombres habían subido por la escalera. Era una pesada caja de madera, que llevaba su nombre y dirección escritos en grandes letras negras.

—Es para mí —dijo—. ¿Dónde tengo que firmar?

En su excitación encendió un cigarro. Los dos hombres se rascaron la cabeza atónitos ante esa «señora» que aspiraba un enorme puro mientras firmaba el recibo.

Luego bajaron y se fueron: Mr. Droop se acercó al pesado bulto e intentó alzarlo.

Demasiado pesado. No se movía.

Se inclinó para tratar nuevamente, preguntándose si tendría que responder a un anuncio de cargadores en *Ciencia Impopular*. Hizo un violento esfuerzo y lanzó un juramento: la caja no se había movido.

—Y ahora, ¿qué diablos hago? —gruñó.

—¿Por qué no me abre aquí mismo? —dijo la caja.

—No es mala idea, ¿qué? —dijo el asombrado Mr. Droop.

—Que me abra aquí, tonto —aconsejó la voz.

—¿Dónde está usted? —dijo Droop, girando sobre sí mismo.

—Dentro de la caja, por supuesto. Apúrese, que no es nada agradable estar encerrado aquí.

—Tampoco es agradable oír una voz extraña dentro de una caja —observó Mr. Droop, con cierta amargura.

Pero de todas maneras fue en busca de un martillo y unas tenazas.

Al volver contempló con cierta vacilación su próxima tarea. Le asustaba un poco lo que podía encontrar dentro de la caja. Estos inventores de ahora...

—¿Qué está esperando? —se quejó la voz.

—Bueno... Simplemente... ¿Y quién es usted, si se puede saber? —preguntó.

—No sé.

—¿Que no sabe?

—Por supuesto que no.

—Y ¿de dónde viene?

—Me envía el doctor Moke, naturalmente. Él me construyó.

—Entonces, ¿quién es usted?

—No soy un quién, soy un «qué» —dijo la voz.

—¿Animal, vegetal o mineral? —preguntó Mr. Droop.

—Ninguna de las tres.

—Pero...

—Oh, abra la caja de una vez... No le voy a morder.

No era gran cosa como promesa, pero Mr. Droop empezaba a temer que alguna vecina le viera conversar con un bulto embalado. Esas gallinas viejas eran bastante chismosas.

Con un profundo suspiro, Mr. Droop se puso a trabajar. Arrancó las tablas y encontró una enorme maraña de virutas. Luego empezó a extraer una cantidad de paquetes envueltos en papel de embalar. Algunos eran grandes, otros pequeños, unos largos y otros cortos. Los colocó cuidadosamente en la entrada de su casa.

Luego volvió a inclinarse y sus manos encontraron el fondo de la caja.

¿Dónde estaba entonces la persona que le había hablado?

—¡Eh! —dijo Mr. Droop—. ¿Y ahora dónde está?

—Aquí —dijo pacientemente la voz—. A sus pies.

Mr. Droop dio un salto de costado. Vio un gran paquete esférico.

—Vamos, desenvuélvame —ordenó la voz.

Sus dedos temblorosos tardaron bastante, pero Mr. Droop logró hacerlo. Luego contempló el pesado objeto brillante.

Era una cabeza: una cabeza metálica.

Al menos parecía una cabeza. Tenía un agudo mentón de acero, nariz de aluminio, dos ojos y una mandíbula articulada. La superficie del cráneo plateado era lisa y lustrosa, pero el cuello terminaba en forma irregular, y un tubo sobresalía por debajo.

—Hola —dijo la cara metálica—. ¿Quién es usted?

—Sólo Dios lo sabe —dijo bruscamente Mr. Droop—. Una persona que nunca esperó mantener una conversación con una cabeza de acero.

—Lo sé —dijo la cara resplandeciente—. Usted es Mr. Droop, el hombre para quien voy a trabajar.

—Así me parece —suspiró Mr. Droop.

Miró fascinado cómo la articulación metálica subía y bajaba para hablar.

—¿Cómo habla usted?

—Muy bien, gracias —dijo la cabeza—. Pero ¿por qué no me arma?

—¿Armarlo?

—Por supuesto. Tiene que reunir todas las partes. Las va a encontrar en los demás paquetes.

—¿Qué clase de locura es ésta? —preguntó.

—¿Quiere decir que falta algo? —dijo fríamente la cabeza—. Si es así, se

equivoca. El doctor Moke me desarmó y me empaquetó cuidadosamente. Pensó enviar instrucciones completas para el montaje, pero eso no es necesario: yo puedo explicárselo paso a paso. Es realmente muy fácil: un chico de tres años podría hacerlo.

Mr. Droop se alejó vivamente.

—¿Adónde va? —preguntó la cabeza.

—A buscar un chico de tres años. Que lo haga él. Yo no me atrevo.

La cabeza se rió con alegre risa metálica.

—Vamos. Simplemente tiene que unir las partes. Encontrará tuercas y tornillos en ese paquetito, junto a las piernas. Y —sí— allí está el torso.

Cautelosamente, Mr. Droop puso manos a la obra. A pesar de lo inusitado de la tarea, con las expertas directrices de la cabeza metálica armó un cuerpo metálico completo. Dos brazos y dos piernas, hermosamente diseñados y articulados se unieron fácilmente al elegante torso. Había pequeñas aberturas para introducir el extremo de una cantidad de cables que quedaban automáticamente conectados en alguna parte de la estructura de acero. Puso en posición una cantidad de pequeños clavos de aluminio y la cabeza se ajustó a una abertura en la parte superior del cuerpo. Una conexión flexible servía de cuello.

Por fin, Mr. Droop unió las manos y los pies, de exquisita forma, a los miembros metálicos. Los dedos eran quizás el rasgo más admirable del cuerpo.

—Ya está —dijo la cabeza, con satisfacción—. ¡Al fin! Espero que todos los cables estén donde deben. Los hombres son tan torpes. —Una sorprendente sonrisa apareció en la boca metálica—. Les falta el toque femenino.

—¿Femenino? ¿Es usted mujer?

—Naturalmente, tonto —se burló la cabeza—. ¿Acaso no se supone que toda empleada de servicio doméstico debe ser mujer?

—¿Cómo se llama?

—No tengo nombre. A usted le toca ponerme uno, Mr. Droop. Ahora ¿quiere ayudarme?

Mr. Droop tendió una mano a la criatura para que se levantara, y el cuerpo de un metro y medio se irguió cual alto era: un simulacro perfecto de la humanidad.

«Como el hombre de lata del *Mago de Oz*», pensó Mr. Droop. Y dijo en voz alta:

—Eso es: la llamaré Tinnie<sup>[1]</sup>.

—¿Tinnie? Me gusta, aunque no sea totalmente exacto —dijo la criatura metálica—. Al doctor Moke no sé si le gustaría oír que sus robots están hechos de lata.

—Usted es un robot —dijo Mr. Droop—. Un robot auténtico.

—Por supuesto —dijo Tinnie.

—¿Y puede caminar, y hablar, y pensar y todo?

—Me temo que no «todo» —dijo Tinnie, sonriendo—. No tendrá que preocuparse por alimentarme ni por proporcionarme un lugar donde dormir. Un poco de aceite de vez en cuando y un rápido control de las conexiones es todo lo que necesito.

Tinnie caminó y salió: Mr. Droop seguía sus movimientos con ojos asombradísimos. Aparte de un mínimo balanceo, el robot se movía con notable precisión. Fuera cual fuera el artificio que le permitía ver, oír y pensar, además de coordinar sus movimientos, el robot era real, y funcionaba perfectamente.

Mientras la miraba, Tinnie se inclinó y recogió el papel de embalaje y las tablas.

—Será mejor limpiar esto —dijo.

—Un momento —dijo Mr. Droop—; la ayudaré.

—No, por favor —dijo el robot—. Éste es mi trabajo. Eso es lo que me dijo el doctor Moke. Vine aquí a ocuparme de las tareas domésticas. Así que muéstreme la casa e indíqueme qué hay que hacer.

Sin salir de su sorpresa, Mr. Droop condujo a Tinnie al interior.

Parecía demasiado bueno para ser verdad. Podría haber abrazado a la muchacha metálica y besado su boca plateada; pero Mr. Droop era un hombre de elevada moral.

En cambio, le entregó el delantal y el gorro.

El robot se ajustó estas prendas ante el espejo.

—Es muy bonito —dijo—. Es usted una persona muy cuidadosa, Mr. Droop. Estoy segura de que me gustará trabajar aquí. ¿Puedo hacer algo antes de preparar la cena?

Mr. Droop guardó silencio un instante, luego sonrió.

—Pues, sí —dijo—. ¿Le molestaría ordenar el dormitorio y traerme un cigarro?

Los días siguientes fueron perfectos. Casi demasiado perfectos.

Mr. Droop tomó una decisión de inmediato. Agatha no debía saberlo jamás. Mucho antes de que llegara de regreso esa primera noche, Mr. Droop instruyó cuidadosamente a Tinnie acerca de lo que debía hacer y le advirtió que debía mantenerse fuera de la vista cuando Mrs. Droop estuviera cerca.

No dio ninguna explicación, y agradeció que el robot no se las pidiera.

—Tiéndase debajo de la cama —sugirió—, y quédese allí toda la noche. Agatha sale a trabajar a las siete, entonces puede levantarse.

Tinnie obedeció. El día siguiente, Mr. Droop le explicó todo lo necesario acerca del trabajo de la casa.

Era una alegría ver trabajar a Tinnie. Nunca se cansaba, se quejaba ni hacía preguntas. Barría, limpiaba, lavaba, ordenaba y cocinaba magníficamente.

El doctor Moke había hecho una maravilla, evidentemente. Mr. Droop no habría podido pedir más. Tinnie desaparecía de la vista cada vez que sonaba el timbre de la puerta.

Agatha parecía satisfecha del estado de la casa. No preguntó nada, pero gruñó su sorpresa cuando inspeccionó las habitaciones minuciosamente limpias y probó la comida.

Mr. Droop no había sido nunca tan feliz en su vida, es decir, en su vida de casado. No pudo dejar de decírselo a Tinnie.

Una tarde, mientras el robot sacudía las alfombras y Mr. Droop leía *Ciencia*

*Impopular* cómodamente instalado en el sofá con un cigarro en la boca, el dueño de la casa movió la cabeza.

—¿He cometido algún error? —preguntó Tinnie, volviéndose hacia él.

—Nada de eso —respondió Mr. Droop—. Exactamente al contrario. Estoy maravillado de su eficiencia. Es una maravilla.

—Muchas gracias —dijo el robot—. Al doctor Moke le encantaría saber que usted piensa eso.

—¿Qué clase de hombre es el doctor Moke? —preguntó Mr. Droop.

—Un famoso hombre de ciencia —explicó Tinnie—. Ha trabajado en sus modelos de robots durante años.

—Debe estar orgulloso de haberla creado —declaró Mr. Droop—. Pero simplemente no me puedo imaginar cómo lo hizo.

—¿Le gustaría saber cómo fue? —preguntó Tinnie.

—Bueno... —dijo Mr. Droop.

Sin ningún motivo, se ruborizó un poco.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Tinnie—. ¿No sabe cómo se hace una muchacha?

—Humm... No exactamente —admitió Mr. Droop, algo más enrojecido.

—Fue un problema muy difícil —suspiró el robot—. Primero hubo que establecer las radiofrecuencias. ¡Cómo se preocupó ese hombre por mis cables! Luego diseñó la laringe artificial, los centros de coordinación y equilibrio, y los receptores de cromo. Incluso fue muy complicado diseñar mi cuerpo de acero y aluminio. Nunca olvidaré que me escondió en el sótano cuando la requisa de metales.

La reminiscencia hizo castañetear los dedos de Tinnie.

—Hizo un trabajo magnífico —dijo Mr. Droop—. Usted es perfecta.

—¿Lo dice de veras? —dijo sonriente Tinnie—. A veces yo misma lo pienso. —Se acercó un poco—. ¿Ha reparado en mi chasis? —murmuró.

—Naturalmente —dijo Mr. Droop—. Tiene un chasis estupendo, querida.

Tinnie parecía incrédula.

—Es cierto, Tinnie. Me gusta usted. Es silenciosa, sensata y trabajadora. Nunca se enoja. Y además me gusta su carita brillante y su...

—*Bong* —hizo Tinnie.

—¿Cómo?

—*Bong*.

Tinnie se puso súbitamente rígida. Sus brazos cayeron laxos junto al cuerpo y la cabeza se le dobló sobre el pecho.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mr. Droop, poniéndose en pie de un salto.

—No sé —dijo Tinnie, laboriosamente—. Sus elogios me trastornaron... creo que se me ha quemado un fusible.

—¡Por Dios! —exclamó Droop—. Voy a llamar un médico.

—Un mecánico sería mejor —dijo el robot—. Pero no lo haga... Uno de los cables del cuello está suelto... Lo siento moverse. Lo único que tiene que hacer es

conectarlo con las baterías. Búsquelo y ponga el extremo suelto donde corresponde.

Mr. Droop se acercó al robot, y encontró el cable desprendido. Se inclinó, pasó su brazo en torno del cuello de Tinnie y le sostuvo la espalda mientras con la otra mano restablecía el contacto.

—¡Roscoe!

Mr. Droop giró sobre sus talones.

Agatha estaba en la puerta. Sus ojos miraban la escena intensamente.

—Roscoe... ¿qué estás haciendo? —gritó—. ¿Qué es eso...? Esa especie de basurero animado.

—Es una robot —balbuceó Mr. Droop—. Se llama Tinnie...

—Una robot —dijo Agatha—. Una mujer, ¿eh?

—No comprendes —protestó Mr. Droop—. Es una doméstica... Me ha estado ayudando con la casa...

—Ya veo.

Agatha miró indignada la actitud de Mr. Droop, quien aún sostenía en sus brazos a Tinnie, y tenía en su cuello la mano izquierda, en lo que parecía una apasionada caricia.

—Pero no ves —gimió Mr. Droop—. No estaba haciendo nada malo... Simplemente le conectaba las baterías...

—¿Así que las baterías?

—Quiero decir. Me pidió que le examinara el chasis... —Mr. Droop movió los brazos en un gesto de desesperación—. No te puedo explicar, pero es inofensiva. No es como nosotros. No tiene padre ni madre.

—Sigue —urgió Agatha—. Explícame ahora cómo te aprovechaste de esa pobre huérfana en mi ausencia. Debería arrancarte los miembros uno por uno.

—Por favor, aquí no —dijo Tinnie—. Acabo de limpiar la alfombra.

—¿No ves? —exclamó triunfalmente Mr. Droop—. Es un robot. Un hombre de ciencia me la envió para hacer un ensayo. Es la doméstica perfecta.

—Ajá —dijo su esposa. Luego se encogió de hombros—. Ya nos ocuparemos de esto más tarde —prometió—. Lo haría ahora, pero me preocupa algo más importante.

—¿De qué se trata? —preguntó Mr. Droop.

—He invitado a mi jefe a cenar mañana a la noche —anunció Agatha.

—¿El jefe?

—Sí, señor —dijo Agatha con orgullo—. Si le causo buena impresión, haré carrera en la Fundación Hércules. Mi invitado es nada menos que el mismo George Musclebinder.

—¿El Rey del Acero? —preguntó Droop, impresionado a pesar suyo.

—El mismo. Mañana a la noche prepararás la cena para uno de los hombres más importantes del país. Tú y tu Tin Lizzie<sup>[2]</sup> haréis una comida espléndida, o si no...

—La haremos —dijo Mr. Droop.

—Por supuesto —dijo el robot.

Mrs. Droop miró malévolamente a Tinnie.

—Nada más —dijo—. Se quedará hasta mañana para ayudar. Y después...

—No querrás despedirla, ¿verdad? —dijo Mr. Droop con un hilo de voz.

Agatha asintió.

—Eso es lo que pienso hacer —respondió—. Mañana, después de la cena, se irá de aquí en su propio envase.

Mr. Droop pasó horas terribles esa noche y todo el día siguiente. Se ocupó él mismo de barrer y limpiar mientras Tinnie se hacía cargo de la cena especial para Agatha y su invitado.

—Tendrá que servir usted —dijo ella—. Su esposa no querrá que su jefe me vea. Creo que no le gusto.

—Cambiará —aseguró Mr. Droop, nada convencido—. Agatha es así. Si le gusta la cena estoy seguro de que la dejará quedarse.

—¿Usted quiere que yo me quede? —dijo Tinnie.

En el ángulo de sus ojos apareció un conmovedor reflejo.

—Más que nada en el mundo —dijo Mr. Droop—. Ha sido una felicidad tenerla aquí. Por primera vez he visto qué significan la paz y la comodidad.

Tinnie sonrió. Mr. Droop la miró, sólo entonces advirtió que cuando sonreía se le formaban hoyuelos en las mejillas. Este fenómeno le sentaba a las mil maravillas.

—Bueno —dijo Mr. Droop, después de aclararse la garganta—. Es mejor que nos apresuremos. Vendrán en cualquier momento.

Mr. Droop puso la mesa y Tinnie desapareció en la cocina: podía oírla atareadísima con ollas y sartenes.

Luego sonó el timbre y entró Agatha.

George Musclebinder la siguió.

El Rey del Acero parecía un hombre rudo. Era tan alto y musculoso como Agatha, y sus rasgos de bulldog le daban cierto aire de ferocidad. Por el momento, sin embargo, se limitó a darle una palmada en el trasero a Agatha, con una risotada.

Agatha, con la cara arrebolada y expresión de timidez, le encendió el cigarro.

Mr. Droop apareció en la puerta, sorprendido. ¿Agatha alegre y juguetona? ¿Agatha le permitía a alguien fumar en su casa?

—Hola —dijo ella—. Creo que nos demoramos un poco... Nos quedamos a tomar un par de copas por el camino.

—Whisky con cerveza —explicó Musclebinder—. Eso le vuelve a uno de pelo en pecho, ¿no es verdad, Aggie?

Mr. Droop esperaba que su esposa asesinara en el acto al Rey del Acero. Era impensable que alguien la llamara «Aggie».

Pero Agatha no hizo nada semejante. En cambio se rió, le clavó un dedo a Musclebinder entre las costillas y luego le dijo a Mr. Droop:

—¿Por qué te quedas mirando? —preguntó—. Toma el sombrero de George y prepárate para servir la cena. Estamos muertos de hambre.

Mr. Droop tomó el sombrero de Musclebinder. El gran hombre lo inspeccionó divertido.

—De modo que éste es tu cara mitad, ¿eh, Aggie? —dijo—. Muy bien, muy bien. Encantado de conocerle... Droop.

Bruscamente, cogió la mano de Mr. Droop y empezó a convertirla en pulpa. El brazo de Droop quedó paralizado hasta el hombro.

Musclebinder, evidentemente, no sabía aún si iba a sacarle el brazo de la articulación. Por fin decidió que no y le soltó la mano.

—Veremos qué es lo que ha preparado para los que trabajan —rugió con asquerosa cordialidad—. Aggie me dice que es muy buen cocinero. Me imagino que por eso debe haberse casado con usted, ¿verdad?

Mr. Droop gustosamente habría matado al hombre en el acto. En cambio, una feroz mirada de Agatha le envió a guardar el sombrero de Musclebinder. Luego se hizo a un lado en tanto su esposa y el Rey del Acero se dirigían al comedor.

Se sentaron. Agatha contempló la mesa, prolijamente puesta y decorada.

—¿Por qué tres lugares? —preguntó.

—Bueno... Musclebinder, tú y yo...

—Solamente George y yo —corrigió—. Tú puedes comer en la cocina cuando terminemos. Apúrate, empieza a servir.

Se volvió a Musclebinder con una hechicera sonrisa y le dijo:

—No te enojas con él: es tan imbécil...

Mr. Droop se precipitó en la cocina. Suspiró.

—¿Qué ocurre? —preguntó solícitamente Tinnie mientras cubría la *entrée* con una tapa de plata.

—Nada, nada —mintió Mr. Droop desesperadamente.

Sabía el trabajo que se había tomado Tinnie para preparar esta comida y no tenía corazón para entristecerla ahora.

—Todo saldrá bien —dijo—. Comeré con usted aquí para acompañarla.

El robot le dirigió una mirada de gratitud, combinada con cierta ansiedad maternal.

—Espero que al jefe le guste lo que le he preparado —dijo ella—. Éste es el plato de Agatha, pero éste otro es especial para él.

—Espléndido —dijo Mr. Droop.

Llevó la comida. Agatha y Musclebinder reían ruidosamente. A la vista de Mr. Droop, la mandíbula de su esposa se cerró con firmeza.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Es una sopa.

—No me refiero a eso, estúpido. ¿Qué es esto de servir la mesa sin estar vestido como se debe? Vuelve a la cocina y ponte el delantal.

—Ja, ja —rió Musclebinder—. ¡Muy bien! Le tienes bien enseñado, ¿eh?

—Está bien claro quién lleva los pantalones en esta casa —se jactó Agatha—. Y

él obedece, como hacen los hombres en la fundición.

—Así es —declaró Musclebinder—. En todos mis años de hombre de acero jamás he visto a nadie que pueda manejar los hombres como tú, Aggie. ¿Qué te parecería un ascenso a capataz?

Mr. Droop no oyó la respuesta. Humildemente retiró los platos de sopa, y regresó de la cocina con el resto.

Musclebinder recibió una fuente con tapa de plata.

—Algo especial para usted —dijo Mr. Droop.

—¡Espléndido! ¡Es el ama de casa perfecta! —dijo Musclebinder, pellizcándole la mejilla a Mr. Droop con picardía.

Alzó la tapa y se sirvió generosamente el contenido cubierto de salsa.

—Por Dios, estoy muerto de hambre —mugió—. Voy a comer y comer y comer...

Tomó una enorme porción en su tenedor y se la tragó vorazmente.

De pronto se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Gazup! —farfulló—. ¡Ug! ¡Fffffffugg! ¡Ulp!

—¿Qué ocurre? —murmuró Agatha.

—¡Glurg! ¡Plop! ¡Aaaargh! —dijo Musclebinder.

Su cara adoptó un púrpura profundo mientras se sofocaba y tosía.

—George... Qué...

Con un ahogado esfuerzo, Musclebinder logró expectorar la obstrucción de su garganta.

Algunos objetos cayeron tintineando en su plato.

Con los ojos muy abiertos, Mr. Droop vio una colección de pernos, tuercas y recortes de chapa.

—¿Qué diablos? —graznó Musclebinder.

—¡Ven aquí... tú! —chilló Agatha.

Mr. Droop se lanzó hacia la puerta de la cocina, con Agatha pegada a sus talones.

—¿Quién hizo esto? —gritó, frente a su marido y al robot.

—¿Quién hizo qué? —preguntó con calma Tinnie.

—¿Quién le sirvió al jefe esas tuercas?

—Yo, naturalmente —dijo Tinnie—. ¿Por qué... también usted quería? No lo pensé.

—¡Basta de insolencias! Lo que quiero saber es quién preparó ese plato para George Musclebinder.

—¿Acaso no es eso lo que le gusta? —preguntó Tinnie—. Si es un hombre de acero, un rey del acero.

—¿De acero?

Agatha se volvió loca.

Se lanzó hacia el robot a través de la habitación. A mitad de camino cogió de la mesa de la cocina un abrelatas. Blandiendo esa arma letal cargó contra Tinnie en un

intento asesino.

—Idiota de metal —dijo—, ¡te cortaré en tiras de hojalata!

Mr. Droop permaneció paralizado un instante. Pero sólo un instante. Algo estalló en su interior.

—¡Suéltala! —gritó Mr. Droop.

—¿Cómo te atreves a interferir, gusano? —dijo Agatha, volviéndose.

—Suéltala inmediatamente —ordenó Mr. Droop—. ¡No le harás daño a la mujer que amo!

—¿Amor...? —alcanzó a decir Agatha.

También Mr. Droop estaba sobresaltado. Las palabras habían acudido sin querer a sus labios, pero comprendía que estaba diciendo la verdad.

—¿Que amas a este montón de desechos?

—Sí —dijo desesperadamente Mr. Droop—. Y si la tocas... ¡No! ¡No lo harás!

Agatha se volvió y golpeó a Tinnie.

En el mismo momento, Mr. Droop entró en acción. Aferró un rodillo de amasar y lo descargó firmemente sobre la cabeza de Agatha: la madera se resquebrajó y partió, pero Agatha se detuvo.

En ese momento, George Musclebinder apareció en la cocina.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo, con su vozarrón, el Rey del Acero.

Sus ojos desconcertados y muy abiertos vieron el robot. Tinnie trataba de escapar, y se lanzó contra él: al ver el brillante cuerpo de acero, la cara metálica y los duros brazos mecánicos tendidos hacia él, gritó:

—¡Un monstruo! ¡Socorro! ¡Es magia! ¡Llévenselo!

Temblando de pánico, Musclebinder huyó a la carrera.

Agatha le siguió.

—¡George, espérame! —gimió—. Me voy contigo.

Se detuvo en el umbral y le dijo, lloriqueando, a Mr. Droop:

—Te darás cuenta de que éste es el fin —le dijo—. Me voy para siempre. Le has destrozado los nervios al pobre George. Y si prefieres a mí la compañía de un basurero andante... Bueno, es tu propio funeral.

Mr. Droop hizo un gesto con medio rodillo de amasar y Agatha cerró apresuradamente la puerta.

Él se quedó allí, y escuchó el ruido de los pasos que se alejaban.

Tinnie estaba a su lado. Sus mandíbulas se abrían en una lenta sonrisa.

—Gracias —le dijo—. Gracias por salvarme.

—No es nada —murmuró Mr. Droop, con voz avergonzada—. Olvídelo.

—No puedo olvidarme —dijo Tinnie, acercándose. Su voz era muy dulce—. ¿Era verdad lo que le dijiste a Agatha?

—¿Qué? —dijo Mr. Droop.

—Acerca de la mujer que amas... —Tinnie bajó tímidamente la cabeza.

—Creo que sí —respondió muy despacio Mr. Droop.

—Entonces, puedo quedarme —dijo Tinnie—. Cocinar para ti, ocuparme de la casa y lo que sea.

Mr. Droop se volvió hacia ella con una flamante energía.

—Por supuesto que sí —dijo—. Yo saldré a buscar trabajo y volveré a sentirme un hombre. Y tú te quedarás. Siempre he querido una chica como tú.

Así quedó resuelto. Mr. Droop le escribió al doctor Moke y le pidió permiso. Desde entonces los dos viven juntos y son felices.

Sólo el tiempo puede decir si puede dar buen resultado la unión de un hombre con una robot.

Pero por el momento, Tinnie y Mr. Droop están muy cerca del día en que celebrarán las bodas de hojalata.

## SOMBRA, SOMBRA EN LA PARED...

Theodore Sturgeon

Era mucho después de la hora de acostarse y Bobby dormía y soñaba con un lugar con mariposas estables y un perro de morro suave y dientes romos y amistosos de goma blanda. Era un lugar oscuro y cómodo, con los ángulos borrosos y suaves, y podía hacer que todo y todos cambiaran de lugar si lo quería.

Pero entonces una aguda flecha de luz barrió con todo (excepto en la sombreada suavidad de la pared vacía junto a la puerta: allí *siempre* había algo vivo) y Mommy Gwen entró a la habitación con un retazo de pasillo a sus espaldas. Oprimió el interruptor alto, al que él no llegaba, y la luz estalló cruelmente. Mommy Gwen dejó de ser un conjunto chato, negro e iluminado en los bordes de triángulos de cartón y se convirtió en una especie encendida, diurna de Mommy Gwen.

Tenía un peinado ancho y agudo mentón; amplios hombros y cintura estrecha, caderas generosas y una falda estrecha sobre los duros palillos cubiertos de seda de sus piernas. Sus brazos colgaban de los hombros, rectos y sin codos cuando caminaba. Nunca los movía a menos que quisiese hacer algo con ellos.

—Estás despierto.

Su voz era rígida, extensa, chata, puntiaguda.

—Estaba dormido —dijo Bobby.

—No me contradigas. Levántate.

Bobby se sentó y se frotó los ojos con los puños.

—¿Está papá...?

—Tu padre no está en casa. Ha salido, y no volverá en lodo el día, y quizás en dos días. Así que de nada sirve que le llames a gritos.

—No pensaba llamarle a gritos, Mommy Gwen.

—Muy bien. Levántate.

Intrigado, Bobby se levantó. Su osito de franela le tironeaba en los hombros y en las suelas de sus pies abrigados. Se sentía despeinado.

—Reúne tus juguetes, Bobby.

—¿Qué juguetes, Mommy Gwen?

Su voz fue un chasquido como el de la ropa mojada en la sogá un día de mucho viento.

—Tus juguetes. ¡Todos!

Fue hasta la gran caja y alzó la tapa. Se detuvo, se volvió, la miró. Tenía los brazos colgando a los lados, tan rectos como sus ojos bajo la recta repisa de las cejas.

Se inclinó sobre la caja. Salieron Gollywick, Humptydoodle y los cubos; el trozo del viejo fonógrafo, el huevo de azúcar roto con la chica que se ve por un agujerito; el caleidoscopio de cartón y el juego mágico de los siete anillos plateados con el que se hacía un truco que papá podía hacer y él no. Los sacó todos y los puso sobre el piso.

—Aquí —dijo Mommy Gwen.

Movió un brazo rígido y con el índice señaló sus pies. Él recogió los juguetes y se los llevó uno por uno, luego de a dos, hasta que estuvieron todos.

—Con orden —dijo ella. Se dobló por el medio como la puerta de una cochera e hizo cosas veloces con los juguetes de modo que el disperso montón se convirtió en una pila cuadrangular—. Trae el resto —dijo.

Él miró en su caja y cogió la vieja pizarra con marco de madera y sus pasteles, un libro de cuentos y una vieja vela, y ya no quedaba nada. En el ropero había unos pequeños guantes de boxeo y una raqueta de tenis con el encordado dañado y un viejo ukelele sin cuerdas, y tampoco allí quedaba nada más. Se los llevó todos, y ella los apiló junto con los otros.

—Esas cosas también —dijo, y dobló el codo para señalar.

De la cómoda salieron dos ardillas y un mono que papá había hecho con escobillas para limpiar caños, un cuadrado de vidrio plateado que había encontrado en Henry Street, una campanilla de despertador que sonaba como una iglesia hablando, y el reloj roto que Jerry había dejado la semana pasada en la galería. Bobby le dio todo a Mommy Gwen.

—¿Me llevas a otro cuarto?

—De ninguna manera.

Mommy Gwen tomó la pila de juguetes en sus brazos. Los de más arriba cayeron al suelo, rebotaron, se dispersaron en un círculo inclinado.

—Recógelos —dijo Mommy Gwen.

Bobby los cogió y se los alcanzó. Ella se inclinó para que él alcanzara a ubicarlos, apretados entre la raqueta y la caja de pasteles. Mommy Gwen no dijo gracias; salió y dejó a Bobby de pie a sus espaldas. Oyó sus duros pies en el hall, y el ruido de la puerta del cuarto de los huéspedes que abrió con su rodilla. Luego oyó repicar los juguetes sobre la cama extra, la que no tenía colcha sobre el colchón revestido de una tela azul polvorienta. Luego regresó.

—¿Por qué no estás en la cama? —dijo, golpeando las manos con sonido seco, como el de una ramita que se quiebra.

Asombrado, se metió en la cama y alzó los cobertores hasta su barbilla. Había habido alguien que le ofrecía una mejilla cálida y una palabra suave cuando él hacía eso, pero hacía mucho tiempo. Se quedó con los ojos abiertos, mirando a Mommy Gwen.

—Has sido malo —dijo ella—. Rompiste una ventana del cobertizo y entraste en

mi cocina con los pies embarrados, y has sido ruidoso y grosero. De modo que te quedarás en esta habitación sin tus juguetes hasta que te diga que puedes salir. ¿Me comprendes?

—Sí —dijo él. Y agregó rápidamente, porque lo recordó a tiempo—: Sí, señora.

Ella apagó la luz sin avisar, de modo que la oscuridad le deslumbró, y le hizo parpadear. Pero en seguida volvió a ser su cuarto, con la flecha de luz y la cosa de sombras escondida en alguna parte de la pared, arriba, cerca de la puerta. Siempre había algo allí que se movía.

La mujer salió, golpeó la puerta, dejó la oscuridad y se llevó la luz, excepto una borrosa franja amarillenta debajo de la puerta. Bobby apartó la vista de ella, y por un segundo, sólo un segundo, estuvo entre las figuras de la sombra, donde estaba el perro de colmillos de goma y las carnosas mariposas negras. A veces se quedaban, pero por lo general se iban cuando él se movía. O quizá, cambiaban y se convertían en otra cosa. De cualquier modo, a él le gustaba ese lugar donde todas vivían, y deseaba poder estar con ellas en el país de las sombras.

Justamente antes de dormirse, las vio moverse en la pared vacía junto a la puerta. Les sonrió y se durmió.

Cuando se despertó era muy temprano. Aún no había olor a café abajo. En la pared había un deforme cuadrado de sol amarillo: saltó de la cama y se lavó las manos en él, en cuclillas y con los brazos extendidos.

—Ahora —dijo. Unió los pulgares e hizo aletear despacio sus manos. Y en la pared apareció una mariposa negra, aleteando como él—. Hola, mariposa —dijo Bobby.

La hizo saltar, girar, bajar hasta el pie del trozo de luz, y plegar sus alas hacia arriba hasta que se unieron. De pronto alzó una mano, echó atrás la manga de su pijama y ¡presto! apareció un pato de largo cuello.

—Cuac-ac —dijo Bobby, y el pato abrió el pico y alzó la cabeza para decir cuac.

Bobby le dobló el pico hasta que se convirtió en un águila. No sabía qué clase de ruido hacía un águila, de modo que dijo «águil-águil-águil-águila», y eso sonó muy bien. Se rió.

Entonces Mommy Gwen abrió la puerta en una bata blanca de baño y chinelas lisas.

—¿Con qué estás jugando?

Bobby alzó sus manos vacías.

—Estaba...

Ella dio dos pasos hacia el interior.

—Levántate —dijo. Tenía los labios pálidos. Bobby se puso de pie, preguntándose por qué estaría enojada—. Te oí reírte —dijo con un susurro sibilante. Le miró de arriba abajo, y miró el piso—. ¿Con qué jugabas?

—Con un águila —dijo Bobby.

—¿Con qué? ¡Dime la verdad!

Bobby agitó vagamente los brazos y apartó la vista de ella. Tenía cara tan enojada...

Ella avanzó y le cogió la muñeca con su mano dura: alzó tanto el brazo que él quedó de puntillas, y con la otra mano le palpó el cuerpo de un lado y del otro.

—Estás escondiendo algo. ¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Con qué jugabas?

—Con nada, de verdad con nada —dijo Bobby mientras ella temblaba y le cacheaba.

No eran azotes, jamás le daba azotes. Hacía otras cosas.

—Estás castigado —le dijo con su agudo susurro furioso—. Estúpido, estúpido... demasiado estúpido para saber que estás castigado. —Le soltó de golpe y fue hasta la puerta—. ¡Que no vuelva a oírte reír! Te has portado mal y no estás en tu habitación para jugar. Quédate aquí y piensa en lo malo que fuiste. Rompiste la ventana. Entraste embarrado. Mentiste.

Salió y cerró con una firmeza parecida a un portazo, pero silencioso. Bobby miró la puerta y pensó un momento en esa ventana rota. Se había entristecido muchísimo; la pelota de golf rebotaba con tanta fuerza... Papá le había dicho que debía tener más cuidado, y había mirado con tristeza a papá poniendo un vidrio nuevo. Luego papá le dio un pedacito de masilla para jugar y le pidió que no lo hiciera de nuevo y él se lo prometió. Y durante todo el tiempo, Mommy Gwen no había dicho una palabra. Simplemente le miró con la boca fina apretada y esperó. Esperó hasta que papá se fue.

Volvió al rayo de sol y se olvidó completamente de Mommy Gwen.

Después de hacer otra mariposa y una cabeza de perro y un lagarto, el rayo de sol se volvió tan delgado que no pudo hacer nada más, excepto rápidas sombras de dedos que subían y bajaban como hormigas por una cerilla. Pronto no hubo más sol y se quedó sentado al borde de la cama, mirando las vagas fluctuaciones del algo que vivía en la pared. Era una clase distinta de algo. No era un algo humano, ni tampoco malo. Simplemente vivía ahí, y la diferencia entre él y las otras cosas, las mariposas, los perros, los patos y las águilas, era que ese algo no necesitaba que sus manos le dieran vida. Ese algo permanecía. Algún día él también podría hacer un perro, o una mariposa, o un caballo que se quedaran después de que él apartara las manos. Mientras tanto, lo único que se quedaba, lo único que vivía todo el tiempo en el país de las sombras era ese algo que se movía en el lugar donde las dos paredes se unían con el cielorraso.

—Voy a ir allí a jugar contigo —le dijo Bobby—. Ya verás.

En el jardín había un carro colorado con tres ruedas y un árbol retorcido al que se podía trepar. Jerry vino y le llamó, pero Mommy Gwen le alejó. «Se ha portado mal»,

le dijo, y Jerry se fue.

Malo, malo, malo. Qué raro, las cosas no eran malas antes que papá se casara con Mommy Gwen.

A Mommy Gwen no le agradaba Bobby. Estaba bien: a Bobby tampoco le gustaba Mommy Gwen. Papá a veces le decía a otros adultos que Bobby estaba mucho mejor con alguien que le cuidara. Bobby podía recordar una época en que papá lo decía con su brazo alrededor de los hombros de Mommy Gwen y en voz alta; y también otra época en que papá lo decía tranquilamente, desde el otro extremo de la habitación, y en el tono de un dolorido «Lo siento». Y ahora hacía mucho tiempo que papá no decía nada.

Bobby estaba sentado en el borde de la cama, canturreando para sus adentros, pensando estos pensamientos, y luego canturreó y no pensó en nada. Encontró un bichito que subía por el ropero y lo cogió cuidadosamente, rodeándolo con el índice y el pulgar, de modo que subió a su mano por sí solo. A veces, si uno los cogía con fuerza, reventaban. Examinó la ventana hasta que encontró en la malla metálica el agujerito por donde debía haber entrado. Puso el bichito en la tela metálica y lo condujo hasta el agujero. Se voló, muy contento.

La habitación estaba inundada de cálida luz mate reflejada por el techo negro del cobertizo, y no podía hacer animales del país de las sombras, así que los hizo en su cabeza hasta que sintió sueño. Y durante toda la larga tarde, la cosa de la pared se movía, y brillaba y vivía.

Al anoecer regresó Mommy Gwen. Bobby debió oír sus pasos en la escalera; de cualquier modo, cuando la puerta se abrió, estaba sentado en la cama frotándose los ojos con los pulgares.

El cielorraso se iluminó.

—¿Qué estabas haciendo?

—Estaba dormido, creo. ¿Es de noche?

—Falta poco. Me imagino que tendrás hambre.

Traía un plato cubierto.

—Mmm.

—¿Qué clase de respuesta es ésa?

—Sí, señora, tengo hambre, Mommy Gwen —dijo rápidamente.

—Así es mejor. Aquí tienes.

Le alcanzó el plato. Él lo tomó, quitó el plato de arriba y lo puso debajo del otro. *Quaker*. Lo miró, la miró.

—¿Y bien?

—Gracias, Mommy Gwen.

Empezó a comer con la cuchara que había encontrado hundida en la masa gris pardusca. No tenía azúcar.

—Supongo que querrás que te traiga un poco de azúcar —dijo ella después de una pausa.

—No, señora —dijo él sinceramente, y se preguntó por qué ella parecía de pronto furiosa y decepcionada.

—¿Qué has hecho durante todo el día?

—Nada. Jugué. Después, me dormí.

—Pequeño perezoso. —De pronto empezó a gritarle—: ¿Qué te ocurre? ¿Eres demasiado estúpido para asustarte? ¿Eres demasiado estúpido para pedirme que te deje bajar? ¿Eres demasiado estúpido para llorar? ¿Por qué no lloras?

Él la miró con los ojos redondos.

—No me hubieras dejado bajar si te lo pedía —dijo reflexivamente—. Así que no te lo pedí. —Comió un poco—. No tengo ganas de llorar, Mommy Gwen. No me duele nada.

—Eres malo y te estoy castigando y te debería doler —dijo ella con rabia.

Apagó la luz con un maligno movimiento de su dura mano y salió golpeando la puerta.

Bobby se quedó sentado en la oscuridad, deseando poder entrar al país de las sombras como muchas veces había soñado. Allí jugaría con las mariposas y con los perros de dientes blandos y contornos borrosos, y con las jirafas, y se quedaría muchísimo tiempo y Mommy Gwen no podría encontrarle jamás. Sólo que papá no podría reunirse con él, ni Jerry tampoco, y eso no estaría bien.

Se deslizó silenciosamente de la cama y se quedó un momento mirando la pared junto a la puerta. Casi podía ver de verdad la cosa fluctuante que vivía allí, incluso en la oscuridad. Cuando había luz sobre la pared, se veía una sombra más oscura que la noche. A la noche, una luminosidad apenas más clara que el negro. Siempre estaba allí, y Bobby sabía que estaba viva. Lo sabía sin duda, como «me llamo Bobby», o como «Mommy Gwen no me quiere».

Despacio, despacio, andando de puntillas, fue hasta el otro lado del cuarto, que había una mesita con una lámpara, que depositó cuidadosamente en el suelo. Sacó el enchufe, y pasó el cable por debajo del estante inferior de la mesa: luego volvió a enchufar. Ahora podía poner la lámpara mucho más lejos, casi en el centro del cuarto.

Tenía una pantalla redonda abierta en la parte superior. Con la lámpara puesta de costado, la abertura de la pantalla apuntaba directamente a la pared vacía junto a la puerta. Bobby, con la seguridad de una larga práctica, se movió a oscuras hasta su ropero, y cogió su bata de baño de franela roja. La dobló y cubrió la parte inferior de la pantalla. Entonces la encendió.

En el país de las sombras apareció un brillante disco de luz, cruzado por la mera sospecha de los cuatro hilos que retenían la pantalla en posición. Había una mancha oscura en el punto donde se reunían.

Bobby miró críticamente. Luego, acucillado entre la lámpara y la pared, extendió la mano.

Un pato.

—Cuaquel-aquel —susurró.

Un águila.

—Águil-águil-águil-águil —dijo suavemente.

Un lagarto.

—Bap-bap —dijo el lagarto mientras abría y cerraba el largo hocico.

Retiró las manos y estudió el círculo de luz cruzado por los hilos en la pared. El borroso centro de sombra y las líneas que irradiaban parecían un poco una araña de agua, de las que corren por encima de la superficie. Pronto dejó de gustarle y se quedó sentado sin hacer nada. Se puso el pulgar en la boca y se lo mordió suavemente hasta que tuvo una idea: entonces regresó hasta la cama, buscó debajo sus chinelas, puso una en el piso frente a la lámpara, y apoyó la otra sobre la primera, con la punta hacia arriba. Miró gravemente la pared un rato, y luego se acostó boca abajo sobre el piso. Observando cuidadosamente la sombra, se apoyó sobre los codos, entrelazó sus brazos y unió la sombra de su mano a la de la chinela.

El resultado le encantó. Era algo como una araña, un poco semejante a un gorila. Una cosa absolutamente nueva que nadie había visto nunca. Retorció los dedos y luego los dejó quietos, y ahora la nudosa cabeza de la cosa tenía ojos triangulares luminosos y una mandíbula que se abría. Sus brazos eran muy largos, y tenía también una delicada maraña de tentáculos. Se movió un poquito, y sacudió la gran cabeza y le guiñó un ojo. De pronto tuvo la seguridad de que la cosa que vivía en el ángulo superior había bajado para ver la bestia que él había hecho y de pronto —¡whoosh! — se había unido silenciosamente con ella, en un acto tan rápido y completo como la fusión de las gotas de lluvia en el cristal de una ventana.

Bobby dijo con alegría:

—Quédate, quédate. ¡Oh, quédate! Te cuidaré y te daré cosas ricas de comer. Quédate, por favor, *por favor*.

La cosa brillaba. Pensó que se iba a quedar, pero no se atrevió a mover las manos todavía.

La puerta se abrió súbitamente, y una explosión de luz llenó el cuarto.

—¿Qué estás haciendo?

Bobby se quedó congelado, con los codos apoyados sobre la alfombra, los brazos unidos, las manos entrelazadas. Apoyó el mentón sobre el hombro para poder mirar a la mujer rígida y amenazante.

—Estaba... estaba...

Ella se lanzó contra él. Le alzó del suelo y le llevó a la cama. Luego pateó y dispersó sus chinelas. Levantó la lámpara, arrancando con el movimiento el enchufe de la pared.

—No tienes que tener ningún juguete —dijo, con su voz sibilante—. Eso quiere

decir que no debes hacer ningún juguete. Para eso estás encerrado... ¿qué miras?

Bobby abrió los brazos y volvió a unirlos, apretando mucho las manos. Le brillaban los ojos, y sus dientecillos blancos señalaban a quién le dirigía su sonrisa.

—Se ha quedado —dijo Bobby—. Se ha quedado.

—No sé de qué estás hablando y no pienso quedarme para averiguarlo —dijo Mommy Gwen—. Creo que estás loco.

Avanzó hacia la puerta, y apagó la luz.

La habitación quedó a oscuras, con excepción de la pared vacía junto a la puerta.

Mommy Gwen gritó.

Bobby se cubrió los ojos.

Mommy Gwen volvió a gritar, esta vez más. Era como el aullido de un perro, muy prolongado.

Después hubo un largo silencio. Bobby espió entre los dedos la pared que brillaba un poquito. Dejó caer las manos, luego se sentó, subió las rodillas hasta el mentón y puso sus brazos alrededor.

—¡Bueno! —dijo.

Oyó pasos en la escalera.

—¡Gwen! ¡Gwen!

—Hola, papá.

Papá entró y encendió la luz.

—¿Dónde está Mommy Gwen, Bob? ¿Qué ocurría? Oí un...

Bobby señaló la pared.

—Está allí —dijo.

Papá sin duda no le entendió, porque se volvió y salió gritando: «¡Gwen!»

Bobby se quedó mirando la sombra que se desvanecía en la pared, muy visible aún con la luz encendida. La sombra se movía. Era un triángulo con la punta hacia abajo superpuesto a un segundo que se montaba sobre un tercero. Debajo se veían los duros palillos de las piernas. Tenía los brazos levantados, los puños de sombra apretados, y golpeaba y golpeaba con ellos silenciosamente la pared.

—Ahora no iré nunca al país de las sombras —dijo Bobby, satisfecho—. *Ella* está allí.

Y nunca fue.

# ***EL HOMBRE QUE VIO EL FUTURO***

*Edmond Hamilton*

Jean de Marselait, inquisidor extraordinario del rey de Francia, alzó la cabeza de los pergaminos que cubrían el rústico escritorio. Su mirada se movió por la larga habitación de paredes de piedra, iluminada por antorchas, hasta una hilera de soldados de cotas de malla que custodiaban la puerta como estatuas de acero. Dijo una palabra, y dos de ellos se lanzaron al frente.

—Pueden traer al prisionero —dijo.

Ambos desaparecieron por la puerta, y un momento más tarde se oyó el ruido de pesados cerrojos en algún otro lugar de la casa, y luego el de los soldados que regresaban trayendo a un hombre con grilletes en las manos.

Era una figura altiva, vestida con una túnica y pantalones de tela cruda. Tenía largo pelo negro, y de su cara emanaba una energía soñadora, muy distinta de las caras fatigadas de los soldados, o de la máscara invariable del inquisidor. Éste miró al prisionero un momento, luego alzó uno de los pergaminos que tenía delante de sí y leyó en voz clara y suave:

—Henri Lothiere, boticario asistente de París, acusado de ofender a Dios y al rey con el delito de brujería este año del Señor de 1444.

El prisionero habló por primera vez, en voz grave y firme:

—No soy hechicero, señor.

Jean de Marselait continuó leyendo el pergamino:

—Muchos testigos afirman que durante mucho tiempo la región de París que se suele llamar Nanley ha sido perturbada por la obra del demonio. Se han oído grandes truenos sin causa visible en campo abierto, causados evidentemente por algún poderoso hechicero ya que ni siquiera los exorcistas han logrado impedirlos.

»Numerosos testigos afirman que el acusado Henri Lothiere ha pasado mucho tiempo en ese campo, a pesar de la naturaleza diabólica del lugar. Dicen también que el nombrado Henri Lothiere ha declarado que según su opinión dichos truenos no eran de origen diabólico y, que si fueran estudiados sería posible descubrir su causa.

»Esto fomentó la sospecha de que Henri Lothiere fuera el hechicero que causaba dichos truenos. Se le observó, y el tercer día de junio se le vio dirigirse a ese lugar sacrílego con ciertos instrumentos. Allí procedió a extraños conjuros diabólicos: se oyó un gran trueno y el nombrado Henri Lothiere desapareció enteramente de la vista. Este hecho está comprobado sin lugar a dudas.

»Cuando cundió la noticia, muchos cientos de personas empezaron a vigilar el

lugar. Y esa misma noche, antes de la medianoche, se oyó un nuevo trueno y todas esas personas le vieron aparecer en el centro del campo, tan rápida y misteriosamente como había desaparecido. Los espantados testigos que rodeaban el campo le oyeron narrar, cómo, por medio de un poder diabólico, había viajado cientos de años al futuro, cosa que sólo es posible para el diablo y sus adeptos, y pronunciar otras terribles blasfemias antes de capturarlo y traerle ante el inquisidor del rey, pidiendo que fuera quemado para acabar con sus brujerías.

»Por lo tanto, Henri Lothiere, como se te ha visto aparecer y desaparecer como sólo pueden hacer los servidores del maligno, y como muchos atestiguan que te oyeron decir las mencionadas blasfemias, te acusamos de brujería y te condenamos a morir por el fuego. Si algo puedes alegar en descargo de tan negros crímenes, hazlo ahora.

Jean de Marselait dejó el pergamino y alzó la vista hasta el rostro del prisionero. Éste miró a su alrededor con un pánico momentáneo y luego se rehízo.

—Sire, ya es tarde para que pueda modificar la sentencia —dijo con calma—. Sin embargo, deseo relatar en forma completa todo lo que me ocurrió y todo lo que he visto. ¿Se me permitirá que lo haga?

El inquisidor asintió y Henri Lothiere pudo hablar. Su voz se tornaba más firme y fervorosa mientras avanzaba en su narración.

—Sire: yo, Henri Lothiere, no soy un hechicero, sino simplemente un boticario asistente. Desde la primera juventud estuvo en mi naturaleza el deseo de investigar los asuntos que están ocultos para el hombre, los secretos de la tierra, el cielo y el mar, y los conocimientos escondidos. Sé perfectamente que esto no es bueno, que la Iglesia enseña todo lo que necesitamos saber y que el cielo frunce el ceño cuando intentamos descubrir su misterio; pero tan violento era mi deseo de conocer, que muchas veces me ocupé de asuntos prohibidos.

»Yo quería desentrañar la naturaleza del relámpago y el vuelo de las aves, y la forma en que los peces logran vivir debajo de las aguas, y el misterio de las estrellas. De modo que, cuando empezaron a oírse misteriosos truenos en la región de París donde vivía, no sentí miedo como muchos de mis vecinos. Quería saber qué los causaba, porque pensaba que era posible descubrir esa causa.

»Empecé a frecuentar ese campo. Esperé allí y en dos oportunidades oí los truenos. Me pareció que procedían del centro del campo, y estudié particularmente ese punto: no pude ver nada que los explicara. Cavé el suelo, contemplé durante horas el cielo, pero nada se veía, y, sin embargo, los truenos se escuchaban a intervalos.

»Seguí visitando el lugar, aunque muchos de mis vecinos empezaban a murmurar que practicaba la hechicería. Y esa mañana del 3 de junio, se me ocurrió llevar algunos instrumentos, entre ellos algunos trozos de piedra imán, para ver si con ellos

podía averiguar algo. Vi que varias personas supersticiosas me seguían a cierta distancia. Llegué al centro del campo y empecé a realizar los exámenes que planeaba. En ese momento se oyó un gran trueno y con él desaparecí de la vista de los presentes.

»Sire: no puedo describir exactamente qué ocurrió en ese momento. Me pareció que ese trueno venía de todas partes; y quedé ensordecido por tan violento estallido sonoro. Al mismo tiempo, me sentí arrebatado por un terrible viento y caí hacia las profundidades. Y en medio de ese estrépito di contra una superficie dura, y todos los ruidos cesaron.

»Yo había cerrado involuntariamente los ojos, y los abrí lentamente. Miré en torno, con creciente asombro. Porque ya no me encontraba en ese campo, sire; estaba en una habitación como jamás viera anteriormente, tendido sobre el suelo.

»Las paredes eran lisas, blancas, resplandecientes. Había ventanas, cerradas con hojas de un material tan liso y transparente que no parecía cristal, sino un espacio vacío. El piso era de piedra, pero sin juntas, como si hubiese sido labrado en una sola gran piedra. Al mismo tiempo, no parecía exactamente piedra. Había un gran aro de metal incrustado, y yo estaba en su centro.

»En la habitación había muchos grandes objetos desconocidos. Algunos parecían de metal negro, a manera de aparatos o máquinas de alguna especie. Estaban unidos unos a otros por hilos o cables negros, y de algunos surgía un zumbido incesante. Otros mostraban al frente tubos de vidrio, y en otros había una placa negra llena de pequeñas palancas y botones.

»Oí voces, y me volví: dos hombres, inclinados sobre mí, me miraban. Eran hombres como yo, y al mismo tiempo muy distintos. Uno tenía una barba blanca, y el otro era lampiño y regordete. No llevaban manto ni túnica, sino un vestido de tela suelto y largo.

»Parecían muy excitados y hablaban entre sí. Reconocí sus palabras: hablaban francés, si bien no era nuestro francés, y con tantas palabras distintas que casi parecía una lengua distinta. Logré con todo comprender el sentido general de lo que decían.

»—Lo hemos logrado —decía muy excitado el más grueso—. Hemos conseguido traer a alguien.

»—Nunca lo creerán —respondió el otro—. Dirán que es un engaño.

»—Tonterías —dijo el primero—. Podemos repetirlo, Rastin, ante los ojos de todos.

»Vieron que yo les miraba.

»—¿De dónde es? —gritó el gordo—. ¿De qué época, qué año, qué siglo?

»—No comprende, Thicourt —murmuró el de barba blanca—. ¿Qué año es éste, amigo mío?

»Recuperé mi voz:

»—Seguramente, señores, quienesquiera que seáis, sabréis que éste es el año 1444.

»Se pusieron a hablar muy excitados, y sólo pude comprender alguna palabra aquí y allá. Me ayudaron a ponerme de pie al ver que estaba débil y mareado, y me arrimaron un sillón extraño y muy cómodo. Continuaron hablando entre sí y finalmente el de barba blanca, Rastin, se volvió hacia mí. Me habló muy lentamente, para que pudiera comprenderle, y me preguntó cómo me llamaba. Se lo dije.

»—Henri Lothiere —repitió—. Debe usted tratar de comprender. No está en el año 1444, sino quinientos años en el futuro, o bien lo que para usted es el futuro. Éste es el año 1944.

»—Y Rastin y yo le hemos traído cinco siglos más allá de su propia época —dijo el otro, sonriendo.

»Miré a uno primero y luego al otro.

»—Eso no es posible, señores —dije.

»Rastin movió la cabeza.

»—No lo cree —dijo. Y luego, dirigiéndose a mí—: ¿Dónde estaba antes de encontrarse aquí, Henri?

»—En medio de un campo en las afueras de París.

»—Entonces, mire por esa ventana y díganos si cree estar todavía en el París del siglo xv.

»Fui hasta la ventana y miré. Madre de Dios, ¡qué vista se ofreció a mis ojos! Las casas grises familiares, las grandes extensiones abiertas, las callecitas sucias... Todo esto había desaparecido, reemplazado por una nueva ciudad terrible. Sus amplias calles eran de piedra, y a cada lado se veían edificios de muchas plantas. Grandes ciudades de personas vestidas como ellos dos se movían por las calles, así como unos extraños vehículos que no eran arrastrados por bueyes ni por caballos, y que marchaban a velocidades increíbles. Espantado, regresé a mi sillón.

»—¿Lo cree ahora, Henri? —dijo el de la barba blanca, Rastin, amablemente, y asentí; la cabeza me daba vueltas.

»Señaló el aro metálico del piso y las máquinas que rodeaban la habitación.

»—Éstos son los aparatos que hemos utilizado para traerle aquí —dijo.

»—Pero ¿cómo, señores? —dije—. Por amor de Dios, ¿cómo han logrado llevarme de un tiempo a otro? ¿Os habéis convertido en dioses o demonios?

»—Ni lo uno ni lo otro —respondió—. Somos solamente hombres de ciencia. Físicos, hombres que desean saber todo lo que el hombre puede conocer, y que pasan su vida en la búsqueda de conocimientos.

»Sentí que mi confianza retornaba. Eran hombres como yo mismo había soñado que alguna vez existirían.

»—Pero ¿cómo podéis torcer el tiempo? —pregunté—. ¿No es acaso algo inmutable, inalterable?

»Ambos movieron la cabeza.

»—No, Henri, no es así. La ciencia lo ha descubierto hace muy poco.

»Luego me hablaron de cosas que no logré comprender. Aparentemente, decían

que ellos y otros habían descubierto que el tiempo era una mera dimensión, como el largo, el ancho o el alto. Mencionaron con reverencia nombres extraños: Einstein, De Sitter, Lorentz. Sus palabras me asombraron.

»Dijeron que así como los hombres usaban fuerzas naturales para mover de un punto a otro los objetos por las tres dimensiones conocidas, también se podía desplazarlos de un punto a otro en el tiempo, si se usaba la fuerza apropiada. Dijeron que sus máquinas podían producir esa fuerza, y comunicarla a ese aro metálico.

»Habían tratado de hacerlo muchas veces, dijeron, pero nunca había nada en ese punto y sólo habían logrado traer aire de una época a la otra, y a la inversa. Les hablé de los truenos que se oían, y que habían motivado mi curiosidad, y dijeron que se debían a ese cambio del aire de un tiempo al otro. No pude entender bien estas cosas.

»Agregaron que yo estaba casualmente en el punto preciso cuando ensayaron su fuerza esta última vez, de modo que había sido trasladado de mi tiempo al de ellos. Siempre habían esperado coger a una persona viva de un pasado remoto, para probar a todos los demás hombres de ciencia que habían tenido éxito en su intento.

»Yo no comprendía claramente: me dijeron que no me asustara. Yo no estaba asustado, sino excitado ante todo lo que veía. Pregunté por todo, y ellos rieron, y me explicaron lo mejor que podían. No alcancé a penetrar muchas cosas que me dijeron, pero vi maravillas no soñadas en esa habitación.

»Me mostraron un objeto parecido a una botellita de vidrio con hilos metálicos en el interior, y luego me pidieron que tocara un botón: lo hice y la botella dio una luz tan brillante como veintenas de velas. Retrocedí, y ellos sonrieron, y Rastin volvió a tocar el botón, y entonces la luz se extinguió. Vi que había en el cielorraso muchos de estos objetos.

»También me mostraron un objeto redondo y negro de metal que tenía una rueda en el extremo. Alrededor de esta rueda pasaban unas correas unidas a otras ruedas de otras máquinas. Tocaron una palanca, y la rueda empezó a girar muy velozmente, moviendo también las otras máquinas. Giraba a una velocidad a la que ningún hombre podría haberla hecho girar, y sin embargo se detenía apenas tocaban nuevamente la palanca, y me explicaron que para hacer esa luz y mover esa rueda utilizaban la misma fuerza de los relámpagos del cielo.

»Mi mente vacilaba ante las maravillas que me mostraban. Uno de ellos tomó un instrumento de la mesa y lo acercó a su cara. Dijo que invitaría a otros hombres de ciencia a ser testigos de su experiencia. Habló a través de ese instrumento con otros hombres, y me dejó escuchar sus respuestas: esos hombres se encontraban a leguas de distancia.

»Yo no lo podía creer, y sin embargo lo creía. Estaba a la vez atontado y excitado. El hombre de barba blanca, Rastin, lo advirtió y me dio ánimos. Luego trajeron una caja oscura y pusieron sobre ella un lino objeto circular, que empezó a dar vueltas. Se oyó entonces la voz de una mujer que cantaba. Temblé cuando me dijeron que esa mujer había muerto años antes. ¿Cómo pueden hablar así los muertos?

»¿Y cómo puedo describir todo lo que vi? Trajeron también otra caja, que me pareció similar a la anterior, si bien ellos explicaron que era distinta. Tocarón unos botones y se oyó una voz en una lengua desconocida. Dijeron que ese hombre estaba hablando a miles de leguas de distancia, en una tierra extraña, del otro lado del océano occidental. Pero parecía hablar a mi lado.

»Vieron cuán asombrado estaba y me dieron vino. Y esto me reanimó, porque el vino, por lo menos, era como siempre ha sido.

»—¿Querrá ver París, Henri, el París de nuestra época? —preguntó Rastin.

»—Es terrible y diferente —dije yo.

»—Le llevaremos —respondió Thicourt—. Primero le buscaremos ropas.

»Tomó un largo vestido ligero que me echaron encima, cubrieron así mi túnica y mis calzas, y me dieron un grotesco sombrero. Me condujeron hacia fuera del edificio, a las calles.

»Miré con sorpresa. Las calles tenían una acera elevada a cada lado, por donde se movían centenares de personas vestidas de extraña manera. Muchos, como Rastin y Thicourt, parecían de sangre noble, aunque no llevaban espada ni siquiera daga. No se veían caballeros, sacerdotes ni campesinos, y todos parecían vestir de parecida manera.

»Unos muchachos corrían de un lado a otro con lo que parecían hojas de finísimo pergamino, plegado muchas veces y cubierto de letras. Rastin dijo que tenían escrito todo lo que había ocurrido en el mundo unas pocas horas antes. Dije que escribir tan sólo una de esas hojas le llevaría a un escribiente muchos días, y respondieron que eso se hacía muy rápidamente por medio de máquinas.

»En la parte central de la calle se movían esos curiosos vehículos que había visto desde la ventana. No eran arrastrados por animales, pasaban rápidamente y conducían a muchas personas a increíble velocidad. A veces, cuando quienes marchaban por las aceras descendían, de esas máquinas brotaban terribles gritos o quejidos que hacían apartarse a los caminantes.

»Uno de esos vehículos se detuvo delante de nosotros: entramos en él y nos sentamos en una silla de cuero suave. Thicourt se ubicó al frente, ante una rueda y unas palancas. Las tocó y se oyó un zumbido, y nuestro vehículo empezó a moverse, cada vez más rápido, aunque nadie parecía asustarse.

»Muchos miles de carruajes similares se movían por las calles. Pasamos por calles más amplias y ante grandes edificios: yo tenía los ojos y los oídos casi entumecidos ante todo lo que veía. Después los edificios se hicieron más pequeños, después de muchas millas, y llegamos hasta las afueras de la ciudad. Yo apenas podía creer que me encontraba en París.

»En un gran campo abierto, Thicourt se detuvo y todos descendimos del vehículo. Había grandes casas en un lado, y vi allí vehículos de otro tipo, con grandes proyecciones planas a los costados, a la manera de alas. Corrían muy rápido por el suelo y grité cuando vi que una se elevaba del suelo. ¡Madre de Dios, estaban

volando! ¡Los hombres que llevaban en su interior volaban!

»Rastin y Thicourt me llevaron a uno de los grandes edificios. Hablaron con los hombres que había allí, y uno acercó un pequeño carruaje alado. Rastin me indicó que subiera, y aunque estaba espantado, la fascinación me atrajo. Thicourt y Rastin entraron tras de mí y nos sentamos en sillas, con otro hombre que tenía delante palancas y botones. En la parte delantera del aparato, al frente, afuera, había una cosa muy grande como un remo doble. Se oyó un fuerte rugido, y ese remo doble empezó a girar tan rápidamente que no se lo veía. Entonces el carruaje empezó a avanzar, luego a golpear contra el suelo, y después estos golpes cesaron. Miré abajo y temblé: el suelo estaba muy lejos, abajo, y yo también estaba volando en el aire.

»Subimos a terrible velocidad. El ruido era terrible, y cuando el hombre de las palancas modificaba su posición, girábamos en un sentido y en el otro, o bien subíamos o bajábamos como los pájaros. Rastin trató de explicarme cómo volaba ese carruaje, pero era todo tan maravilloso que no le comprendí. Sólo sabía que experimentaba una loca excitación y que si volar así una sola vez significaba la muerte, valía la pena, porque siempre había soñado yo que los hombres algún día volarían.

»Subimos y subimos. La tierra estaba muy lejos y pude ver que París era una gran ciudad, y que su vasta masa de construcciones se extendía casi hasta el horizonte. Una poderosa ciudad del futuro, y a mí me había sido dado verla.

»Había otros coches alados en el aire: me dijeron que muchos de ellos iniciaban o terminaban viajes de cientos de leguas por el aire. Grité cuando vi una gran forma que se aproximaba por el aire. Tenía los dos extremos aguzados, y era un enorme barco que navegaba por el aire. Llevaba en su parte inferior una gran cabina, y en ella se veía gente que se movía, miraba, y hasta bailaba. Me dijeron que esos barcos del aire podían recorrer miles de leguas con cientos de personas a bordo.

»El inmenso barco pasó, y luego nuestro carruaje alado empezó a descender. Bajó describiendo un círculo como un ave majestuosa y, cuando llegamos a tierra, Rastin y Thicourt me condujeron al vehículo de tierra. Era ya el fin de la tarde: el sol se hundía en el Oeste y la oscuridad descendió cuando ya estábamos en la gran ciudad.

»Pero allí no había oscuridad. En todas partes se veían luces, dentro de los edificios, y en las calles, y otras que parpadeaban o corrían como el agua en grandes símbolos sobre las más altas terrazas. ¡Su brillo era como el día!

»Nos detuvimos ante una gran casa y entré allí con Rastin y Thicourt.

»Era muy grande, y se veían muchas personas sentadas en hileras e hileras de sillones. Al principio pensé que era una catedral, pero pronto vi que no. En la muralla del frente, hacia la que todos mirábamos, aparecieron figuras de personas de gran tamaño. Sus imágenes se movían como si estuvieran vivas, y hablaban unas con otras con voces vivas. Tuve gran temor. ¡Era mágico!

»Sentado entre Rastin y Thicourt miré esas figuras maravillado. Era como mirar un mundo extraño por una vasta ventana. Vi el mar, lleno de olas rugientes, y luego

un barco sin velas ni remos y habitado por miles de personas. Yo me sentía, mientras miraba, dentro de ese barco. Me dijeron que ese barco cruzaba el océano occidental que jamás los hombres han cruzado.

»Luego vi otra escena. Desde el barco se veía tierra, y una gran estatua que sostenía una antorcha. El barco parecía pasar por debajo. Me dijeron que el barco se acercaba a una ciudad, la ciudad de Nueva York, pero la niebla la escondía. Luego la niebla se disolvió y allí estaba la ciudad.

»¡Qué ciudad, madre de Dios! Edificios como grandes montañas parecían querer trepar al cielo. Y debajo, estrechas calles corrían entre esos edificios. El barco anclaba en el puerto, y salíamos a esas calles. Era una increíble ciudad de locura. Las calles parecían abismos entre los edificios, y millones y millones de personas caminaban de prisa por las calles interminables. Muchísimos vehículos de tierra iban de un lado a otro, y había otros —distintos— que pasaban por encima y otros por debajo.

»Carruajes alados y grandes naves voladoras volaban en el cielo de esa ciudad titánica, y en las aguas había muchos barcos grandes y pequeños, tantos como el hombre jamás soñó, atracados a muelles que se extendían en todas direcciones. Y también allí, al llegar la oscuridad, la ciudad se llenaba de vivida luz.

»Las figuras cambiaron, mostraron otras grandes ciudades, aunque ninguna tan grande como ésta, y luego extraños mecanismos, unos que podían levantar tanta tierra y piedras a la vez como un hombre en muchos días, y otras que vertían metal fundido como si fuera agua, y otras aún que alzaban enormes pesos, que cientos de hombres y bueyes no podrían haber movido.

»Y aparecieron hombres de ciencia como Rastin y Thicourt, algunos realizaron maravillosas curas que no podía comprender, y otros miraban las estrellas a través de tubos gigantes. Y las figuras mostraban lo que ellos veían; las estrellas eran soles tan grandes como nuestro Sol, y nuestro Sol era más grande que la Tierra, y la Tierra se movía alrededor del Sol. Pregunté cómo podía ser así. Insistieron en que así era, y me dijeron que la Tierra era redonda como una manzana, y que otras tierras semejantes, los planetas, giraban como ella en torno del Sol. Lo oí, pero no comprendí el significado de esto.

»Por fin Rastin y Thicourt me llevaron de regreso al vehículo de tierra. Regresamos a través de las calles al edificio donde había aparecido originariamente. Cuando entramos, observé que nadie se oponía a que pasara, ni me preguntaba quién era mi señor. Y Rastin dijo que no había señores, sino que cada persona era noble, señor y rey, y que nadie tenía más poder que otra persona. Cada ser era su propio dueño. No me atrevía a esperar una cosa así en mi propio tiempo, y pienso que ésta fue la mayor de las maravillas que me mostraron.

»Volvimos a entrar en su casa, pero Rastin y Thicourt me llevaron a otra habitación. Dijeron que otros hombres de ciencia se habían reunido allí para oír la historia y convencerse de que era verídica.

»—¿No teme regresar a su propio tiempo, Henri? —preguntó Rastin.

»Yo moví la cabeza.

»—Quiero regresar —dije—. Quiero decirle a mi gente lo que he visto, cómo será el futuro que terminarán por lograr.

»—¿Y si no le creyeran? —preguntó Thicourt.

»—Igualmente debo ir, y explicar.

»Rastin me oprimió la mano.

»—Es un hombre muy valiente, Henri —me dijo.

»Luego echaron a un lado el manto y el sombrero que me había puesto, y me llevaron a la gran habitación blanca donde me había encontrado al comienzo.

»Estaba brillantemente iluminada por muchas de esas botellitas de vidrio en el cielorraso y las paredes, y había allí muchos hombres. Todos me miraron asombrados, y hablaban con gran excitación y tal rapidez que no podía comprender. Rastin se dirigió a ellos.

»Aparentemente les explicó que me había traído de un tiempo anterior. Usó muchos términos y frases incomprensibles. Oí de nuevo los nombres de Einstein y De Sitter, repetidos frecuentemente por esos hombres que discutían con Rastin y Thicourt. Parecían disputar acerca de mí.

»Un hombre de elevada talla decía: “Imposible. Rastin, este hombre está disfrazado.”

»Rastin sonreía. “¿No creen que Thicourt y yo le hemos traído de su propio tiempo, hace cinco siglos?”

»Un coro de nerviosas negativas le respondió. Hizo que yo me pusiera de pie y les hablara. Me hicieron muchas preguntas, que en parte no pude comprender. Les hablé de mi vida, y de la ciudad de mi época, y de los reyes, los nobles y los sacerdotes, y de muchas cosas sencillas que ellos parecían ignorar. Algunos me creían, pero otros no, y nuevamente estalló la discusión.

»—Hay una forma de resolver la discusión, señores —dijo finalmente Rastin.

»—¿Cómo? —gritaron todos.

»—Thicourt y yo hemos traído a Henri mediante la rotación de la dimensión temporal en este punto —dijo—. Si invertimos esa rotación y le enviamos de regreso ante los ojos de todos, ¿será prueba suficiente?

»Todos dijeron que sí. Rastin se volvió hacia mí y me indicó que pasara al interior del aro metálico, y así lo hice.

»Todos estaban mirando de cerca. Thicourt hizo algo con las palancas y botones de las máquinas que había en la habitación. Empezaron a zumbar, y los tubos de vidrio de algunas empezaron a dar una luz azul. Yo estaba de pie ante sus miradas y encontré los ojos de Rastin, y algo me impulsó a decirle adiós. Él agitó su mano, sonriendo. Thicourt oprimió más botones y el zumbido del mecanismo se hizo más fuerte. Luego se dirigió hacia una palanca. Todos parecían en tensión, y yo también.

»Vi moverse el brazo de Thicourt: un terrible trueno estalló sobre mí. Cerré los

ojos y sentí que giraba y caía como por un remolino, como me había ocurrido antes. La espantosa sensación de caída cesó en un momento, el ruido disminuyó, y cuando abrí los ojos estaba en el suelo, en el centro del campo donde había estado horas antes. Era ahora de noche, aunque en ese día habían transcurrido para mí quinientos años.

»Había mucha gente reunida alrededor del campo. Algunos gritaron y otros huyeron cuando aparecí. Fui hacia los que se quedaron. Tenía la mente llena de las cosas que había visto y quería narrarlas. Quería decirles que debían dirigir sus esfuerzos a ese futuro de maravilla.

»Pero no me escucharon. Antes de que hablara, me llamaron brujo y blasfemo, y me aprisionaron y me trajeron aquí, ante el inquisidor, ante usted, sire. Y ahora le he dicho la verdad completa. Sé bien que al hacerlo así he terminado de sellar mi destino, puesto que solamente un hechicero podría contar una historia semejante. Lo mismo estoy contento de haberle contado, al menos a una sola persona de esta época, lo que vi quinientos años más adelante. Estoy feliz de haber visto lo que vi, y feliz, de enterarme de las cosas que alguna vez serán.

Una semana después fue quemado en la hoguera Henri Lothiere; Jean de Marselait alzó su vista de los infinitos pergaminos que contenían las acusaciones y declaraciones de esa tarde. Miró por la ventana una densa nube de humo gris que se alzaba de la distante plaza.

—Un caso extraño —se dijo—. Un hechicero, por supuesto; pero distinto de todos los demás. Me pregunto si no habría algo de verdad en ese loco relato. El futuro... ¿Quién puede saber qué harán los hombres?

Hubo silencio en el cuarto mientras meditaba un momento. Luego sacudió la cabeza, como alguien que se libera de absurdas especulaciones.

—Silencio —se dijo— y basta de estas absurdas fantasías. Me tendrán a mí por un hechicero si cedo al encanto de esas visiones del futuro.

Se inclinó sobre el pergamino, con la pluma en la mano, y continuó gravemente su tarea.

## FLAUTISTAS EN EL BOSQUE

Philip K. Dick

—Y bien, cabo Westerburg —dijo suavemente el doctor Henry Harris—, ¿por qué cree usted ser una planta?

Mientras hablaba, Harris miraba a la tarjeta que tenía sobre su escritorio. Era de la propia mano de Cox, el comandante de la Base, y estaba escrita con su característica letra pesada: *Doctor, éste es el hombre del que le hablé. Hable con él y trate de averiguar cómo cayó en esta ilusión. Pertenece a la nueva guarnición, la estación de control del Asteroide Y-3, y nos preocupa que algo funcione mal allí. Y especialmente una maldita tontería como ésta.*

Harris hizo a un lado la tarjeta y miró al joven que tenía al frente. Parecía incómodo y eludía responder a las preguntas de Harris. El doctor frunció el ceño. Westerburg era un joven bien parecido, a quien le sentaban bien el uniforme de la patrulla y el mechón rubio que le caía sobre el ojo. Era alto, casi un metro ochenta, sano, y había salido del Entrenamiento dos años antes. Nacido en Detroit. Sarampión a los nueve años. Le interesaban los motores a chorro, el tenis, las chicas. Veintiséis años.

—¿Por qué cree que es una planta, cabo Westerburg? —repitió Harris.

El cabo le miró con timidez. Se aclaró la garganta.

—Soy una planta, señor. No es que lo crea. Y lo soy hace ya varios días.

—¡Ajá! —dijo el doctor—. ¿Quiere decir que no ha sido siempre una planta?

—No, señor. Desde hace poco.

—¿Y qué era anteriormente?

—Era como el resto.

Hubo un silencio. El doctor Harris tomó su bolígrafo e hizo algunas anotaciones, pero no surgió nada importante. ¿Una planta? Un joven de aspecto tan sano... Harris se quitó las gafas con montura de acero y las limpió con su pañuelo. Luego se las puso de nuevo y se echó atrás en su silla.

—¿Quiere un cigarrillo, cabo?

—No, señor.

El doctor encendió uno y apoyó el brazo en el borde de la silla.

—Cabo, debe comprender que muy pocos hombres se convierten en plantas, especialmente con tanta rapidez. Debo admitir que es usted la primera persona que me cuenta una historia parecida.

—Sí, señor. Comprendo que es extraño.

—Comprenderá entonces por qué me interesa. Cuando dice que es una planta, ¿sugiere usted que no es capaz de moverse? ¿O simplemente que es un vegetal, y no un animal? ¿Qué es lo que quiere decir?

El cabo desvió la mirada.

—No puedo decirle nada más —murmuró—. Lo siento, señor.

—¿Y no podría contarme *cómo* se convirtió en planta?

El cabo Westerburg vaciló. Miró el piso, luego el puerto espacial que se veía por la ventana, finalmente una mosca que caminaba por el escritorio. Por fin se puso de pie lentamente.

—Ni siquiera eso puedo decirle, señor —respondió.

—¿Por qué no?

—Porque... Porque he prometido no hacerlo.

La habitación estaba en silencio. El doctor Harris se levantó, y ambos quedaron frente a frente. Harris frunció el ceño y se frotó la mandíbula.

—¿A quién se lo prometió, cabo?

—No se lo puedo decir. Lo siento.

El doctor consideró esto. Finalmente fue hasta la puerta y la abrió.

—Está bien, cabo. Puede irse. Y gracias por concederme su tiempo.

—Siento no poder ayudarle más.

El cabo salió y Harris cerró la puerta. Luego fue hasta el videófono. Marcó las letras del comandante Cox, y un momento después apareció en la pantalla la cara bovina y amable del comandante de la Base.

—Cox, aquí Harris. Le hablé. Sólo repitió que era una planta. ¿Qué más se sabe? ¿Cuál es su conducta?

—Lo primero que se vio —respondió el comandante— es que no quería hacer ningún trabajo. El jefe de la guarnición informó que Westerburg salía de la guarnición y se pasaba sentado todo el día. Nada más.

—¿Al sol?

—Sí. Se sentaba al sol. A la noche regresaba. Cuando le preguntaron por qué no trabajaba en el edificio de reparación de motores a chorro, respondió que tenía que estar afuera, al sol. Y después dijo que... —Cox vaciló.

—¿Sí? ¿Dijo que...?

—El trabajo no era natural. Que era pura pérdida de tiempo. Y que lo único útil era sentarse afuera y ponerse a contemplar.

—¿Y qué más?

—Entonces le preguntaron de dónde había sacado esa idea, y anunció que se había convertido en una planta.

—Voy a tener que hablar con él otra vez —dijo Harris—. Y, además, ha pedido la baja permanente de la patrulla, ¿verdad? ¿Qué razón dio?

—La misma. Que ahora es una planta y no tiene más interés en ser un patrullero. Todo lo que quiere es sentarse al sol. Es la cosa más absurda que he oído nunca.

—Está bien. Le visitaré en su habitación. —Harris miró el reloj—. Iré después de comer.

—Buena suerte —dijo Cox sombríamente—. ¿Quién ha sabido de un hombre que se convirtiera en una planta? Le dijimos que eso no era posible, y él simplemente se limitó a sonreír.

—Le tendré al corriente —dijo Harris.

Harris caminó lentamente por la sala. Eran más de las seis. La comida de la tarde había terminado. Un concepto borroso surgía en su mente, pero era demasiado pronto para estar seguro. Apresuró el paso, y dobló a la derecha al final de la sala. Pasaron apresuradamente dos enfermeras. Westeburg estaba alojado con un compañero, un hombre que había sufrido una quemadura con un motor, y estaba ahora casi totalmente recuperado. Harris se acercó al ala de los dormitorios y miró los números de las puertas.

—¿Puedo ayudarle, señor? —dijo un robot asistente.

—Busco la habitación del cabo Westeburg.

—La tercera puerta a la derecha.

Harris continuó. El Asteroide Y-3 tenía una guarnición desde muy poco tiempo atrás. Había llegado a ser el principal puesto de control para detener y examinar las naves que entraban al sistema procedentes del espacio exterior. La guarnición se aseguraba de que no entrasen hongos, bacterias u otros elementos perniciosos al sistema. Era un hermoso asteroide, cálido, bien provisto de agua, con árboles y lagos y mucho sol. Y la guarnición era la más moderna de los nueve planetas. Movi6 la cabeza, y golpeó la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—Quiero ver al cabo Westeburg.

La puerta se abrió. Un joven de gafas de asta le miró. Tenía un libro en la mano.

—¿Quién es usted?

—El doctor Harris.

—Lo siento, señor. El cabo Westeburg duerme.

—¿Le molestaría despertarle? Tengo gran interés en hablar con él.

Harris miró el interior. Pudo ver un cuarto ordenado, con un escritorio, una alfombra, una lámpara y dos literas. En una de ellas estaba Westeburg, boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos firmemente cerrados.

—Señor —dijo el otro muchacho—, no creo que pueda despertarle, por más que quiera.

—¿No puede? ¿Por qué?

—El cabo Westeburg simplemente no se despierta después que el sol se pone. No hay forma de despertarle.

—¿De veras? ¿Catalepsia?

—Apenas sale el sol por la mañana, salta de la cama y sale. Permanece afuera todo el día.

—Ajá —dijo el doctor—. Bueno, muchas gracias, de cualquier modo.

Regresó a la sala y la puerta se cerró tras él. «Es más complicado de lo que pensaba», murmuró, y volvió por donde había venido...

Era un cálido día soleado. El cielo estaba casi libre de nubes y suave viento se movía entre los cedros junto a la orilla del arroyo. Un sendero llevaba allí desde el edificio del hospital. Un puentecito llevaba hasta la costa opuesta. Sobre él estaban varios pacientes, con sus batas de baño, mirando ociosamente el agua.

A Harris le llevó varios minutos encontrar a Westerburg. El joven no se encontraba con el grupo, ni en el puente ni en las cercanías. Había ido más lejos, más allá de los cedros, hasta una franja brillante de pradera, cubierta de hierba y amapolas. Estaba sentado sobre una piedra gris chata, junto a la costa, inclinado hacia atrás y mirando hacia arriba, con la boca entreabierta. No advirtió al doctor Harris hasta que estuvo casi a su lado.

—Hola —dijo Harris.

Westerburg abrió los ojos y le miró. Sonrió y se puso lentamente en pie, con un movimiento fluido y gracioso que resultaba sorprendente en un hombre de su talla.

—Hola, doctor. ¿Qué le trae por aquí?

—Nada. Quería tomar el sol.

—Puede compartir mi roca.

Harris avanzó y se sentó, con cuidado de no desgarrar sus pantalones en el borde filoso de la roca. Encendió un cigarrillo y miró silenciosamente el agua. A su lado, Westerburg había retomado su anterior extraña posición. Estaba inclinado hacia atrás, apoyado sobre sus manos, y miraba hacia arriba con los ojos cerrados.

—Hermoso día —dijo el doctor.

—Sí.

—¿Viene aquí siempre?

—Sí.

—¿Le gusta más que adentro?

—No puedo quedarme adentro —respondió Westerburg.

—¿Que no puede? ¿Qué quiere decir?

—Usted se moriría sin aire, ¿no es verdad?

—¿Y usted se moriría sin la luz del sol?

Westerburg asintió.

—Cabo, ¿puedo preguntarle algo? ¿No piensa hacer otra cosa el resto de su vida, aparte de tomar el sol sobre una roca?

Westerburg movió la cabeza.

—¿Y su trabajo? Fue a la escuela durante años para ser un patrullero. Quería realmente entrar en la patrulla. Obtuvo excelentes calificaciones y luego una posición de primera clase. ¿No le duele abandonar todo eso? Usted sabe que no le será fácil

recuperarlo. ¿Lo comprende bien?

—Lo comprendo.

—¿Y está dispuesto a perderlo?

—Así es.

Harris permaneció en silencio un rato. Por fin se quitó el cigarrillo de los labios y miró al joven.

—Muy bien. Supongamos que deja su trabajo y se sienta al sol. ¿Qué ocurre entonces? Algún otro debe hacer su trabajo en cambio, ¿no es verdad? Alguien tiene que hacer su trabajo, porque es una tarea necesaria.

—Supongo que sí.

—Westerburg... ¿se imagina qué pasaría si todos hicieran como usted? ¿Si todos quisieran sentarse al sol todo el día? Nadie se ocuparía de controlar las naves que vienen del espacio exterior, entrarían al sistema bacterias y cristales tóxicos y causarían muertes en masa y graves sufrimientos. ¿No es así?

—Si todo el mundo hiciera como yo, nadie saldría al espacio exterior.

—Pero tienen que hacerlo. Hay que comerciar, conseguir minerales, productos, plantas nuevas...

—¿Para qué?

—Para que la sociedad siga desarrollándose.

—¿Para qué?

—Bueno... —Harris hizo un gesto—. La gente no puede vivir sin su sociedad.

Westerburg nada dijo ante esto. Harris le miró, pero el joven no le contestó.

—¿No es así?

—Quizás. Es una cosa rara, doctor. Usted sabe, el entrenamiento fue un duro esfuerzo. Tenía que estudiar y pagar al mismo tiempo: lavé platos, trabajé en la cocina y estudiaba por las noches. Y al día siguiente, de vuelta al trabajo. ¿Sabe lo que pienso ahora?

—¿Qué?

—Habría querido convertirme en una planta mucho antes.

El doctor Harris se puso en pie.

—Westerburg, cuando regrese, ¿querría pasar por mi consultorio? Querría hacerle unos tests, si no le molesta.

—¿La caja de sorpresas? —Westerburg sonrió—. Sabía que eso era lo que me esperaba. Pero iré, no me importa.

Irritado, Harris abandonó la roca y se alejó unos pasos.

—¿A eso de las tres, cabo?

El cabo asintió.

Harris regresó por la colina al sendero que llevaba al hospital. Todo empezaba a aclararse. Un muchacho que había luchado toda su vida. Inseguridad financiera. Su

meta idealizada era llegar a la patrulla. Cuando la alcanzó, la carga era demasiado pesada. Y en el Asteroide Y-3 había demasiada vegetación. Una identificación primitiva con la flora.

La inmovilidad y la permanencia involucran un concepto de seguridad. El bosque no se inmuta.

Entró en el edificio. Un robot le detuvo inmediatamente.

—El comandante Cox le llama urgentemente por el videófono, señor.

—Gracias.

Harris fue a su consultorio. Marcó las letras de Cox, y el rostro del comandante apareció.

—¿Cox? Le habla Harris. He estado hablando con el muchacho y empiezo a comprender lo que ocurre. Ya se ven los planteamientos principales. Demasiado esfuerzo. Y cuando consigue lo que siempre quiso, su idealización se destruye al ver que...

—¡Harris! —exclamó Cox—. Calle y escuche. Acabo de recibir un nuevo informe de Y-3. Un cohete expreso está en camino.

—¿Un cohete expreso?

—Cinco casos más. Todos se creen plantas. El jefe de la guarnición está preocupadísimo. Dice que debemos descubrir lo que ocurre o la guarnición no podrá seguir funcionando. ¿Me comprende, Harris? ¡Hay que descubrir qué es!

—Sí, señor —murmuró Harris—. Sí, señor.

Al fin de la semana había veinte casos. Todos, naturalmente, en el Asteroide Y-3.

El comandante Cox y Harris estaban juntos en la cumbre de la colina, mirando sombríamente el arroyo. Dieciséis hombres y cuatro mujeres estaban al sol a lo largo de la costa. Ninguno se movía ni hablaba. Había pasado una hora desde que ambos llegaron, y en ese lapso ninguna de las veinte personas había pestañeado.

—No comprendo —dijo Cox, sacudiendo la cabeza—. No puedo comprender, Harris; ¿es el principio del fin? ¿Todo se va a derrumbar en torno de nosotros? Me causa una sensación indescriptible ver a toda esta gente sentada al sol.

—¿Quién es el pelirrojo?

—Ulrich Deutsch. El segundo jefe de la guarnición. ¡Mírelo ahora! Sentado con la boca abierta y los ojos cerrados. Hace una semana ese hombre estaba ascendiendo a la cumbre: él debía reemplazar al jefe cuando se retire. Sólo le faltaba un año, y ha estado luchando toda su vida para eso.

—Ahora, toma el sol —dijo Harris.

—Esa muchacha. La morenita de pelo corto. Una chica de carrera. Cabeza del equipo administrativo de la guarnición. El hombre que está a su lado: portero. Esa chica vivaz, de pechos grandes: secretaria, recién salida de la escuela. De todas clases. Y recibí una nota esta mañana: hoy llegarán tres más.

Harris asintió.

—Lo más extraño es que realmente *quieren* estar allí. Son completamente racionales. Podrían hacer otra cosa, y simplemente no quieren.

—¿Y bien? —dijo Cox—. ¿Qué piensa? ¿Ha descubierto algo? Contamos con usted. ¿Qué sabemos?

—No he obtenido nada directamente de ellos —dijo Harris—. Pero la caja de sorpresas ha dado algunos resultados interesantes. Vamos adentro y le mostraré.

—Muy bien —Cox se volvió y se dirigieron hacia el hospital—. Es muy grave. Ahora comprendo cómo se sentía Tiberio cuando apareció el cristianismo.

Harris apagó las luces. El cuarto estaba totalmente a oscuras.

—Le pasaré el primer rollo. El sujeto es uno de los mejores biólogos de la guarnición, Robert Bradshaw. Llegó ayer. Pudo obtener buen material con la caja de sorpresas porque la mente de Bradshaw es altamente diferenciada. Hay también una cantidad extraordinaria de materiales reprimidos de carácter no racional.

Oprimió un interruptor. El proyector se puso en marcha y en la pared más lejana apareció una imagen tridimensional en color, tan realista que podría haber sido el hombre mismo. Robert Bradshaw tenía unos cincuenta años, macizo, de pelo gris acero y mandíbula cuadrada. Se sentó con calma, con las manos apoyadas en los brazos del sillón, nada molesto por los electrodos atados al cuello y las muñecas.

—Ahora comienza —dijo Harris—. Mire.

Apareció su propia imagen filmada. Se acercaba a Bradshaw.

—Esto no le va a hacer el menor daño, Mr. Bradshaw, y nos puede ayudar mucho.

Su imagen activó los controles de la caja de sorpresas. Bradshaw se endureció y apretó la mandíbula, pero nada más. La imagen de Harris le miró unos momentos, y luego se alejó de los controles.

—¿Puede oírme, Mr. Bradshaw? —dijo su imagen.

—Sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Robert C. Bradshaw.

—¿Qué posición desempeña?

—Jefe de Biología en la estación de control de Y-3.

—¿Está usted allí ahora?

—No, estoy de vuelta en la Tierra. En un hospital.

—¿Por qué?

—Porque admití ante el jefe de la guarnición que me había convertido en una planta.

—¿Eso es verdad? ¿Es usted una planta?

—Sí, en un sentido no-biológico. Conservo, por supuesto, la fisiología de un ser humano.

—Entonces, ¿qué entiende usted por ser una planta?

—Se trata de una actitud, de una *weltanschauung*.

—Continúe.

—Es posible para un animal de sangre caliente, para un primate superior, adoptar hasta cierto punto la psicología de una planta.

—¿Sí?

—Esto es lo que quiero decir.

—Y a los otros, ¿les ocurre lo mismo?

—Sí.

—¿Por qué ha adoptado usted esa actitud?

La imagen de Bradshaw vaciló. Torció los labios.

—¿Ve? —le dijo Harris a Cox—. Un violento conflicto. De haber estado consciente no habría continuado.

—Yo...

—¿Sí?

—Me enseñaron a ser una planta.

La imagen de Harris mostró sorpresa e interés.

—¿Qué significa que le enseñaron a ser una planta?

—Comprendieron mis problemas, y me enseñaron a convertirme en una planta.

Ahora estoy libre de problemas.

—¿Quién le enseñó?

—Los Flautistas.

—¿Quiénes son los Flautistas?

No hubo respuesta.

—Mr. Bradshaw: ¿quiénes son los Flautistas?

Después de una larga y dolorosa pausa, los pesados labios se abrieron.

—Viven en los bosques...

Harris apagó el proyector y encendió las luces. Los dos hombres parpadearon.

—Esto es todo —dijo Harris—. Y fue una suerte conseguirlo. No esperaba que me lo dijera. Todos se comprometieron a no decir quién les enseñó a convertirse en plantas. Los Flautistas que viven en los bosques de Y-3.

—¿Los otros veinte contaron la misma historia?

—No. —Harris hizo un gesto—. La mayoría ofreció más resistencia. Con ningún otro conseguí tanto.

Cox reflexionó.

—Los Flautistas... ¿Y bien? ¿Qué se propone hacer? ¿Esperar a completar la historia? ¿Es ése su programa?

—No —dijo Harris—. De ninguna manera. Voy a Y-3 a averiguar por mí mismo quiénes son los Flautistas.

La pequeña nave patrullera aterrizó con cuidado y precisión, y sus toberas tosieron antes del silencio final. Se abrió la escotilla y el doctor Henry Harris se encontró en un campo de aterrizaje inundado de sol. En un extremo del campo se veía una alta torre de control. A los lados se veían los largos edificios grises de la estación de análisis de la guarnición. Cerca estaba estacionado un inmenso crucero venusino, un inmenso casco verde semejante a una gran babosa. Los técnicos de la estación pululaban a su alrededor, examinando cada centímetro cuadrado en busca de formas letales de vida o tóxicos que pudieran haber quedado adheridos al casco.

—Ya estamos, señor —dijo el piloto.

Harris asintió. Tomó sus dos maletas y descendió despacio. El suelo estaba caliente, y guiñó bajo la brillante luz. Júpiter estaba alto en el cielo: el vasto planeta reflejaba una considerable cantidad de luz solar.

Harris cruzó el campo con sus maletas. Un empleado del campo abría el depósito de la nave de la patrulla para sacar su baúl. Luego lo bajó hasta un pequeño vehículo de carga y siguió al doctor conduciendo con fatigada pericia.

Cuando Harris llegó a la entrada de la torre de control, una puerta se abrió y se adelantó un hombre mayor, grande y robusto, de pelo blanco y paso seguro.

—¿Cómo está, doctor? —le dijo, y le tendió la mano—. Soy Laerence Watts, el jefe de la guarnición.

Le dio un apretón de manos. Watts sonrió. Era un anciano gigantesco, bien plantado, y llevaba un uniforme azul oscuro y charreteras doradas en los hombros.

—¿Tuvo buen viaje? —preguntó Watts—. Pase, le invito a beber algo. Hace calor aquí, gracias al Gran Espejo.

—¿Júpiter? —Harris entró en el edificio. El interior era fresco y sombreado, un verdadero alivio—. ¿Por qué la gravedad es tan parecida a la de la Tierra? Pensé que saltaría como un canguro. ¿Es artificial?

—No. El asteroide tiene un denso núcleo de alguna especie, quizás un depósito metálico. Por eso lo elegimos. Los problemas de construcción son mucho más simples, y además el asteroide tiene agua y aire naturales. ¿Vio las colinas?

—¿Las colinas?

—Desde lo alto de la torre verá el panorama. Esto es un parque natural, con hermosos bosques donde hay de todo. Venga, Harris. Éste es mi despacho. —El anciano le condujo a un ambiente muy grande y bien amueblado—. Agradable, ¿verdad? Me proponía que mi último año aquí fuera lo más llevadero posible... —Frunció el ceño—. Aunque ahora que Deutsch se ha ido, puede ser que me quede aquí para siempre. Bueno... —Se encogió de hombros—. Siéntese, Harris.

—Gracias. —Harris se sentó y estiró las piernas. Miró a Watts, que cerraba la puerta—. ¿Ha habido más casos?

—Otros dos, hoy. —Watts se ensombreció—. Son casi treinta en total. Tenemos

aquí a trescientos hombres. A este paso...

—Jefe, habló usted de un bosque en el asteroide. ¿Permite que los hombres vayan allí cuando quieren? ¿O sólo les deja circular por los edificios y el campo?

Watts se frotó el mentón.

—Es una situación compleja, Harris. Tengo que permitir que los hombres salgan del terreno de la estación a veces. Los bosques se ven desde los edificios, y basta ver un lugar hermoso para descansar para querer ir. Una vez cada diez días tienen un período completo de descanso. Entonces suelen salir y andar por ahí.

—¿Y luego vuelven así?

—Supongo. Pero quieren ir al bosque cuando lo ven. No puedo impedirlo.

—Lo sé. No le censuro. ¿Pero qué piensa? ¿Qué es lo que les ocurre? ¿Qué hacen?

—¿Qué les ocurre? Después de unas horas de descanso no quieren volver a trabajar. No quieren trabajar y se van.

—¿Y qué piensa de su extraña fantasía?

Watts rió sin maldad.

—Escúcheme, Harris. Usted sabe tan bien como yo que eso es pura charla. No son más plantas que nosotros. Simplemente, no quieren trabajar. Cuando yo era cadete se usaban varios métodos para hacer trabajar a la gente. Me gustaría probar algunos.

—¿Así que piensa que todo es un embuste?

—¿Y a usted no le parece?

—No —dijo Harris—. Creen realmente ser plantas. Les he sometido al tratamiento de choque por altas frecuencias, la caja de sorpresas. Todo el sistema nervioso se paraliza, y las inhibiciones desaparecen. Dicen la verdad. Y todos dicen lo mismo.

Watts empezó a caminar de un lado a otro, con las manos unidas a la espalda.

—Usted es un médico, Harris, y supongo que sabe de qué habla. Pero piense en lo que ocurre. Ésta es una guarnición, una excelente guarnición moderna. Probablemente, la mejor del sistema. Tenemos los últimos métodos y aparatos descubiertos. Harris, esta guarnición es una gran máquina. Los hombres son partes de ella, tanto el Equipo de Mantenimiento, como los biólogos, la guardia y la Administración.

»Cuando una persona abandona su trabajo, todo se resiente. No podemos arreglar los desperfectos si alguien no atiende las máquinas. No podemos pedir los alimentos necesarios si nadie se ocupa de los inventarios y los informes. No podemos organizar la actividad si el segundo jefe decide marcharse y sentarse todo el día al sol.

»Treinta personas. Un décimo de la guarnición. Y no podemos operar sin ellos. La guarnición está hecha así. Si se quitan los soportes, todo el edificio se derrumba.

Nadie se puede ir. Estamos todos ligados, y la gente lo sabe. Saben que no tienen derecho a retirarse por su propia voluntad. Estamos demasiado integrados para que nadie empiece a hacer lo que quiere. Es injusto para con el resto, para con la mayoría.

Harris asintió.

—¿Puedo preguntarle algo, jefe?

—¿Qué es?

—¿Hay alguna especie de habitantes nativos en el asteroide?

—¿Nativos? Sí. Algunos aborígenes viven por allí.

—¿Cómo son? ¿Les ha visto?

—Sí. Por lo menos les vi cuando llegamos. Nos observaron durante un tiempo, y luego desaparecieron.

—¿Murieron? ¿Algún tipo de enfermedad?

—No. Simplemente desaparecieron. Se metieron en sus bosques. Deben estar allí todavía, en algún lugar.

—¿Qué clase de gente es?

—Bueno, se dice que provienen originariamente de Marte. No se parecen mucho a los marcianos, sin embargo. Son oscuros, de un color como el cobre. Delgados, muy ágiles a su manera. Cazan y pescan. No tienen lenguaje escrito. No nos hemos preocupado demasiado de ellos.

—Ajá —dijo Harris—. ¿Ha oído hablar de unos seres llamados Flautistas?

—¿Flautistas? —Watts frunció el ceño—. No. ¿Por qué?

—Los pacientes se refirieron a ellos. Según Bradshaw, los Flautistas le enseñaron a convertirse en planta. Él aprendió de ellos.

—Los Flautistas... ¿Y qué son?

—No lo sé —dijo Harris—. Pensé que usted sabría algo. Mi primera sospecha fue, por supuesto, que se trataba de nativos. Pero ahora, después de oír su descripción, no estoy tan seguro.

—Los nativos son gente muy primitiva. No tienen nada que enseñarle a nadie, y menos a un biólogo de primera.

Harris vaciló.

—Me gustaría echar un vistazo por los bosques, jefe. ¿Será posible?

—Naturalmente. Uno de los hombres puede acompañarle.

—Preferiría ir solo. ¿Hay peligro?

—Que yo sepa, no. Excepto...

—Excepto los Flautistas —terminó Harris—. Lo sé. Pero no hay más que una manera de encontrarlos, y es ésa. Así que correré el riesgo.

—Si camina en línea recta —dijo Watts—, se encontrará de vuelta en la guarnición en unas seis horas. El asteroide es muy chico. Hay un par de ríos y lagos, así que tenga cuidado de no ahogarse.

—¿Serpientes, o insectos ponzoñosos?

—No sabemos de nada. Al comienzo hicimos bastantes exploraciones, pero la hierba ha vuelto a crecer y jamás encontramos nada peligroso.

—Gracias, jefe —dijo Harris—. Le veré antes de la caída de la noche.

—Buena suerte.

El jefe y sus dos guardias armados salieron y se dirigieron hacia la guarnición. Harrison les vio desaparecer en el edificio. Luego salió y avanzó hacia los bosques.

El silencio le rodeaba. Los árboles eran muy abundantes, unos enormes árboles verde oscuro, semejantes a eucaliptos. El suelo era suave: estaba hecho de infinitas hojas caídas, podridas e integradas a la tierra. Después de un rato de marcha llegó a un claro seco, donde la hierba estaba quemada y amarillenta por el sol. De los tallos secos surgían insectos que revoloteaban. Algo corrió a esconderse entre la vegetación: pudo ver una bola gris con muchas patas, y antenas temblorosas, que huía furiosamente.

El claro terminaba al pie de una sierra. Ahora Harris subía y subía. Desde lo alto vio una infinita extensión verde y salvaje. Estaba jadeante y resoplaba, y se detuvo a recobrar el aliento.

Prosiguió. Ahora bajaba hacia una quebrada profunda, cubierta de helechos grandes como árboles. Era una especie de bosque del Jurásico. Descendía con cuidado. El fondo de la quebrada era húmedo y silencioso, y el suelo parecía mojado.

Luego llegó a un terreno nivelado. Estaba oscuro por la densidad de los helechos, y muy silencioso. Encontró un sendero natural, el lecho de un antiguo arroyo, irregular y rocoso, pero fácil de seguir. La atmósfera parecía opresiva. Más allá de los helechos pudo ver la ladera de la próxima colina, una verde pradera que se elevaba.

Tenía enfrente algo gris. Grandes rocas amontonadas. El sendero conducía directamente hacia ellas. El lugar parecía una especie de antiguo lago, de donde partía un antiguo arroyo. Trepó a la primera roca, con cierta torpeza, y descansó cuando llegó arriba.

Hasta este momento no había visto señales de los nativos. Y sólo ellos podían explicarle cómo encontrar a los misteriosos Flautistas que enajenaban a los hombres, si realmente existían. Si hallaba a los nativos y podía hablar con ellos, quizá descubriría algo. Pero hasta ahora no había tenido suerte. Miró en torno. El bosque en silencio. Sólo el roce de la leve brisa entre las hojas. ¿Dónde estarían los nativos? Probablemente tendrían algún tipo de construcción, cabañas, un claro. El asteroide era pequeño; debería encontrar algo antes de la noche.

Bajó de la roca y trepó a la siguiente. De pronto se detuvo a escuchar. A lo lejos oyó un ruido de agua. ¿Se acercaba a un río o a un lago? Siguió, tratando de orientarse por el ruido, entre las rocas. No se oía nada en ninguna parte, excepto ese ruido de agua. Quizás una catarata, o un arroyo. Si encontraba un río o un arroyo, podrían conducirlo hasta los nativos.

Las rocas se acabaron y reencontró el lecho anterior, sólo que ahora estaba

mojado. El suelo estaba cubierto de musgo. Estaba en el buen camino. Seguramente poco antes el cauce había tenido agua, quizá durante la estación lluviosa. Subió por una de las márgenes, a través de los helechos y las enredaderas. Una serpiente dorada escapó hábilmente de su camino. Algo brillaba más adelante. Agua. Un estanque. Se apresuró, haciendo a un lado la vegetación.

Estaba al borde de un lago, un profundo lago engastado entre las rocas grises, rodeado de plantas. El agua parecía clara y brillante, y surgía de una catarata en el extremo opuesto. Era hermoso, y permaneció un instante asombrado ante el carácter flamante e intacto del lugar. Probablemente había sido así siempre, desde que existía el asteroide. ¿Era la primera persona que lo veía? Quizás. Estaba tan bien escondido entre los helechos... Tuvo una sensación extraña, casi de propiedad. Descendió hacia el agua.

Y entonces la vio.

La muchacha estaba sentada en la costa opuesta. Miraba el agua, con la cabeza apoyada en una rodilla replegada. Se había estado bañando: su cuerpo color de cobre estaba aún húmedo y brillaba al sol. Ella no le había visto. Se detuvo, conteniendo la respiración, y la miró.

Era hermosísima. El largo pelo negro se enroscaba en torno de sus hombros y sus brazos. Tenía un cuerpo muy delgado y flexible que le impresionó, aunque estaba familiarizado con todas las formas de anatomía. ¡Y qué silenciosa! Miraba el agua, inmóvil, y pasaba un tiempo extraño igualmente inmóvil, mientras la miraba. Incluso podía haber cesado de fluir el tiempo mientras la chica miraba el agua y los helechos estaban tan quietos como si fueran pintados.

De pronto la muchacha levantó la vista. Harris vaciló consciente de su intrusión. Retrocedió un paso.

—Lo siento —murmuró—. Soy de la guarnición. No la estaba espiando.

Ella asintió sin hablar.

—¿No le importa?

—No.

¡Hablabla la lengua de la Tierra! Se acercó un poco, por la costa del lago.

—Espero no molestarla. No me quedará mucho tiempo en el asteroide: es mi primer día aquí. Acabo de llegar de la Tierra.

Ella sonrió.

—Soy médico. Me llamo Henry Harris. —Miró el leve cuerpo de color cobre que brillaba al sol, cubierto por una delicada capa de humedad en los brazos y los muslos—. Quizá le interese saber a qué he venido, y quizás hasta pueda ayudarme.

Ella alzó la mirada.

—¿Eh?

—¿Querría ayudarme?

—Sí, por supuesto —dijo, sonriendo.

—Muy bien. ¿Le molesta que me sienta aquí? —Miró a su alrededor, y tomó

asiento sobre una roca lisa. Se sentó frente a ella—. ¿Un cigarrillo?

—No.

—Yo encenderé uno. —Lo hizo y aspiró profundamente—. Tenemos un problema en la guarnición. A algunos de los hombres les ha ocurrido algo grave, y parece que se estuviera extendiendo. Si no podemos descubrir su causa, no podremos seguir manteniendo la guarnición.

Harris hizo una pausa. La muchacha asintió. Era tan serena y silenciosa como los helechos.

—Me han contado algunas cosas, y hay un hecho interesante. Dicen que unos seres llamados Flautistas son los responsables de su estado. Dicen que los Flautistas les enseñaron... —Se interrumpió. Una extraña expresión atravesó la carita oscura de la muchacha—. ¿Conoce a los Flautistas?

Ella asintió.

Harris sintió una aguda satisfacción.

—¿De veras? Estaba seguro de que los nativos sabrían. —Se volvió a poner de pie—. No podía ser de otra manera si los Flautistas existen realmente. ¿Es así?

—Existen.

—¿Y viven aquí, en los bosques?

—Sí.

—Ajá. —Tiró el cigarrillo—. ¿Y no podría conducirme hasta ellos?

—¿Conducirle?

—Sí. Tengo que resolver el problema. El comandante de la Base en la Tierra me ha encargado que resuelva este problema. Para mí es muy importante encontrarles. ¿Comprende?

Ella asintió.

—¿Me llevará hasta ellos?

La muchacha guardó silencio. Durante un rato siguió mirando el agua, con la cabeza apoyada sobre la rodilla. Harris empezaba a impacientarse. Se movía, ponía el peso de su cuerpo primero sobre un pie, luego sobre el otro.

—¿Me llevará? —repitió—. Es muy importante para toda la guarnición. ¿Qué le parece? —Buscó algo en sus bolsillos—. Tal vez podría darle algo... ¿Qué tengo?... Podría regalarle mi mechero...

La muchacha se paró suave y graciosamente, sin esfuerzo. Harris estaba boquiabierto. ¡Con qué agilidad se había puesto de pie en un solo movimiento, sin esfuerzo, aparentemente sin cambio! Simplemente, de pronto estaba parada y no sentada, mirándole con su cara apacible e inexpresiva.

—¿Vamos?

—Sí. Sígame.

La muchacha se dirigió hacia los helechos.

Harris la siguió trastabillando sobre las rocas.

—Muchas gracias —dijo—. Quiero encontrar a los Flautistas. ¿Adónde me lleva, a su pueblo? ¿Falta mucho para la noche?

La chica no respondió. Ya estaba entre la espesura, y Harris alargó el paso para no perderla. Parecía deslizarse.

—Espéreme —pidió Harris.

La muchacha se detuvo, esbelta y hermosa, mirando hacia atrás.

Harris penetró de prisa entre los helechos, siguiéndola.

—Caramba, que me condenen —dijo el comandante Cox—. ¡Pues no le ha llevado mucho tiempo! —Bajó los escalones de dos en dos—. Permítame que le ayude.

Harris sonrió, mientras depositaba su pesada maleta, con un suspiro de alivio.

—No vale la pena —dijo—. Nunca más volveré a llevar tantas cosas.

—Pase adentro. Soldado, ayúdele al doctor.

Un patrullero se acercó y tomó una maleta. Los tres hombres entraron y tomaron por el pasillo que llevaba hasta las habitaciones de Harris. Éste abrió la puerta y el patrullero colocó la maleta en el interior.

—Gracias —dijo Harris. Puso la otra al lado—. Es bueno volver, aunque sea por poco tiempo.

—¿Poco tiempo?

—He venido a poner en orden mis cosas. Debo regresar a Y-3 mañana por la mañana.

—Entonces, ¿no ha resuelto el problema?

—Lo he resuelto, pero no curado. Volveré a trabajar inmediatamente. Hay muchísimo por hacer.

—Pero ¿sabe de qué se trata?

—Sí. Es lo que los hombres decían. Los Flautistas.

—¿Los Flautistas existen?

—Así es.

Se quitó el abrigo y lo colocó sobre el respaldo de la silla. Luego abrió la ventana: el cálido aire de la primavera se precipitó en la habitación. Se sentó en la cama.

—Los Flautistas existen... ¡en la mente de los hombres de la guarnición! Para ellos, los Flautistas son reales. Se trata de una hipnosis de masa, una proyección de grupo, y todos los hombres la padecen hasta cierto punto.

—¿Cómo ha comenzado?

—Los hombres de Y-3 han sido seleccionados por ser altamente entrenados y de excepcional capacidad. Durante todas sus vidas han sido modelados por la compleja sociedad moderna, y sometidos a un ritmo acelerado y a una forzada integración con las demás personas. Experimentan una presión constante para llegar a alguna meta, o

cumplir alguna tarea. De pronto se les lleva bruscamente a un asteroide donde existen nativos que viven una existencia primitiva y casi vegetal. Ningún concepto de meta, ni propósito, y por lo tanto, ninguna capacidad para plantar. Viven como los animales, al día, durmiendo, cogiendo su comida de los árboles. Una especie de existencia en el Jardín del Edén, sin luchas ni conflictos.

—¿Entonces...?

—Los miembros de la guarnición ven a los nativos e inconscientemente evocan su propia vida, en especial la infancia, en que no tenían preocupaciones ni responsabilidades, antes de unirse a la sociedad moderna. Niños tendidos al sol.

»Y no pueden admitirlo ante sí mismos. No pueden admitir que quieren vivir como los nativos, y no hacer nada en todo el día. Entonces inventan a los Flautistas. Un grupo misterioso que vive en los bosques, les captura y les enseña otra forma de vida. Así pueden acusar a los Flautistas, en lugar de acusarse a sí mismos. Ellos “les han enseñado” a convertirse en una parte del bosque.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Hará quemar los bosques?

—No —repuso Harris—. Ésa no es la solución. Los bosques no tienen la culpa. La respuesta correcta es la psicoterapia. Por eso volveré a emprender la tarea. Es preciso hacerles ver que los Flautistas están en su interior, y que es su propia voz inconsciente la que les llama a abandonar sus responsabilidades. Es preciso que comprendan que no hay Flautistas, al menos en el exterior de ellos mismos. Los bosques son inofensivos y los nativos no tienen nada que enseñarle a nadie. Son salvajes primitivos que carecen incluso de lenguaje. Lo que tenemos delante es una proyección psicológica de toda una guarnición que desea abandonar su trabajo y descansar.

—Comprendo —dijo Cox—. Bueno, por lo menos tiene sentido. —Se puso de pie—. Espero que pueda hacer algo por los hombres.

—También yo lo espero —dijo Harris—. Y creo que es posible. Después de todo, sólo se trata de aumentar su propia conciencia. Cuando esto se logre, los Flautistas se desvanecerán.

—Continúe desempacando, doctor —dijo—. Le veré a la hora de la cena. O quizá mañana, antes de que se marche.

—Espléndido.

Harris abrió la puerta y el comandante salió. Luego, el primero cerró y miró un momento por la ventana, con las manos en los bolsillos.

Era casi de noche, y el aire estaba más fresco. El sol se puso mientras miraba, y desapareció detrás de los edificios de la ciudad; luego regresó a sus maletas. Estaba muy cansado del viaje, y una gran laxitud se apoderaba de él. Había tantas cosas que hacer, tantas... ¿Cómo podía esperar hacerlas todas? De regreso al asteroide... ¿Y después, qué?

Bostezó. Se le cerraban los ojos. ¡Qué soñoliento se sentía! Miró la cama, se sentó en ella, se quitó los zapatos. ¡Había tanto que hacer el día siguiente!

Dejó los zapatos en un rincón. Se inclinó y abrió el cierre de una maleta. La abrió, y extrajo un enorme saco de tela. Con cuidado, vació su contenido en el piso. Tierra, tierra rica y suave. Tierra que había recogido cuidadosamente en las últimas horas que pasara en el asteroide.

La extendió con cuidado sobre el suelo, y se sentó en el centro. Se estiró y se echó hacia atrás. Cuando se sintió perfectamente cómodo, plegó sus manos sobre el pecho y cerró los ojos. Tanto que hacer... Pero más tarde, por supuesto... Mañana... Qué cálida era la tierra...

Se durmió en un instante.

# Notas

[1] Tin: en primera acepción estaño, normalmente hojalata, en sentido figurado y como adjetivo, «metálico». <<

[2] Tin Lizzie: Nombre popular de los primeros modelos de coches «Ford». <<